

JOSÉ MARÍA CANTILO.

UN LIBRO MÁS.

COLECCIÓN DE ARTÍCULOS.



BUENOS AIRES, | PARÍS,
F. LAJOUANE, EDITOR | CH. BOURET, EDITOR

1887.

UN LIBRO MÁS.

AL

DOCTOR DON JOSÉ M^a. RAMOS MEJÍA

dedica este libro

SU AUTOR.

UN LIBRO MÁS.

¿OCASO?... ¡AURORA!

... AÑO NUEVO.

La división convencional del tiempo, que han establecido y aceptado los hombres, hace que no podamos mirar indiferentes que termine un año más de esta vida siempre renovada de la naturaleza y de los seres animados.

. Menos que esto, aún — ¿quién puede ser indiferente á una puesta de sol? ¿quién da la espalda con menosprecio á ese soberbio espectáculo de la naturaleza? ¿quién puede sustraerse al recogimiento y á los pensamientos melancólicos, cuando las nubes arreboladas de occidente tejen su corona de fuego sobre la frente del sol moribundo?

Sólo pueden ser ajenos á la escena sublime del crepúsculo, semblanza de todas las agonías, el hombre encerrado en la estrecha cárcel de sus habitaciones de ciudad, el aturdido por la felicidad del momento ó el absorbido por las preocupaciones del bullicio mundano.

La puesta de sol del 31 de Diciembre encierra todos los misterios de los eternos secretos : tiene todas las vaguedades de la luz y la sombra, fundidas en el lienzo inconmensurable de la naturaleza.

El mañana será la muerte ó será la vida : será la sonrisa inspirada por un alma espandida por la felicidad, ó el grito de dolor del corazón, herido por el infortunio : será la tristeza que marchita la faz, ó la dicha deslumbrante que aviva la mirada y alienta con el soplo de las ambiciones generosas el corazón humano.

Aquí está el inmenso campo de batalla de la vida alumbrado todavía por los resplandores de la tarde del último día del año.

¡ Muertos queridos que se llevaron, con la última palabra que vibró en sus labios, un pedazo de nuestra alma, poblando por jamás de sombras el horizonte de los recuerdos y de las esperanzas ! ¡ Pérdidas irreparables, nunca bastante lloradas, ausencias eternas, viajes sin retorno ! Tumbas coronadas de flores, lápidas de mármol regadas con el llanto de tantas madres, de tantas esposas, de tantos hijos.

Los que cayeron heridos de muerte descansan en el seno de la tierra, que sigue estremecida por el paso de millares y millares de legiones : son los luchadores de todos los días, los héroes de la gran jornada, que marchan resueltos al cumplimiento de su misión de prueba y de sacrificio.

Los que se fueron para siempre, reemplazados

por los que abren por vez primera sus ojos al sol : la renovación incesante de la vida : la luz que se apaga y la luz que se enciende en la pupila : el ocaso y la aurora tocándose y confundándose; los eslabones infinitos del cariño y de las afecciones estrechando á los miembros de la familia humana.

¡El lúgubre tañido de las campanas del Cementerio y el alegre repique en las altas torres de la iglesia vecina, que saluda al infante llevado al templo en los brazos triunfantes de sus padres!

¡Cuántos desfallecidos, que se arrastran en el camino de sus desgracias, abatidas las frentes, temblorosas las manos, jadeantes y rendidos, sin rumbo y sin esperanzas, como pájaros de alas rotas lanzados en el espacio!

Y cuántos valerosos soldados, de altivas cabezas, de serenos semblantes, de tranquila mirada, resignados y fuertes, ó atrevidos y desafiantes, con todo el orgullo de las almas templadas en el deber y el honor.

Amores bendecidos por los cielos, nobles pasiones, locas ambiciones, sueños de gloria, decepciones sombrías, dramas de hogar, amigos probados, deslealtades y traiciones.....

¡Ahí están á lo largo del camino víctimas y victimarios, triunfadores y derrotados!

Cada uno ha seguido la impulsión de su espíritu, probándose los caracteres en la adversidad : los unos han tropezado y caído en el desencanto y la cobar-

día; los otros han caído y han sabido volver á levantarse para subir la montaña, dilatado el pecho, altiva la frente, vigoroso el brazo.

Los grandes *pioneers* del progreso se han perdido en las profundidades de los bosques hasta ayer impenetrables, y el hacha, vibrando como el relámpago de la victoria humana, ha echado abajo los árboles seculares, abriendo ancha brecha á la locomotora que esperaba impaciente, rugiendo sus calderas y el largo penacho de negro humo tendido sobre las espaldas.

Las riberas dilatadas y desiertas antes y bañadas por caudalosos ríos que apagaban la sed de ricas é inexploradas regiones, están hoy cubiertas de alegres cabañas y rústicas tiendas, moradas de inmigrantes que vinieron de la Europa envejecida, á derramarse por millares por esas costas vírgenes, transformando con el arado y la reja la tierra antes estéril.

Ya no crece allí el pasto salvaje, duro y recio como la tierra misma que lo produjo espontáneo : ahora las verdes zonas semejan mares de oro reluciente, superficies pajizas que tienen las ondulaciones de las grandes masas de agua. Las mieses doradas han compensado el trabajo del colono, y ellos sí que, echados sobre ellas y sudorosas las frentes, pueden contemplar satisfechos y confiados la puesta solemne de ese sol, bendecidos por la misma humanidad.

Aquí y allá, por todas partes, altísimas y rojas chimeneas por donde se escapa en espirales el denso

humo. Son las fábricas donde las industrias se perfeccionan, donde la maquinaria suprime los brazos y el trabajo mecánico obedece á la ley inteligente, precisa, maravillosa, de la ciencia.

¡ Las fábricas ! Bajo los techos de zinc y de pizarra, donde se quiebran los rayos del sol, dentro de sus murallas de pulidos ladrillos ¡ el trabajo en efervescencia ! Allá abajo y á la luz que penetra por las altas claraboyas, se mueven, como en un tejido animado, los complicados resortes de las máquinas, y entre músculos de acero y poleas deslizadas sobre ruedas que giran con el vértigo de las rotaciones, la fuerza motriz va distribuída á cumplir el detalle del trabajo, alzando el enorme martillo, doblando la masa de hierro enrojecido, puliendo la placa metálica, cortando el inmenso tronco, tajando la madera, modelándose la obra de la industria que surge completa de las manos de los últimos obreros perdidos en la penumbra, á lo largo de los talleres, alumbrados de pronto por las rojas luces de los hornos y de las fraguas.

Para esos pacientes industriales, el sol del 31 de Diciembre sólo señala la víspera de un día de descanso.

Allí no penetra la idea de la muerte : la muerte es la inacción, mientras que la actividad y el movimiento de los talleres sólo producen y estimulan los pensamientos de la vida ardorosa.

Levantad los ojos sobre los campos : tended la

mirada hacia aquellos otros horizontes. Por allá serpea el Paraná entre islas en que florece el ceibo con sus rojos penachos que, reflejados sobre las aguas, parecen gotas de sangre generosa: el Paraná con sus mansas y sonoras corrientes, encajonadas entre murallas de vegetación, con su infinita fila de sauces que bajan la frente para refrescarse en las ondas caudalosas. La chalana, el esquife, la barca, el hermoso buque de vapor corriendo todos sobre la lámina de líquido cristal, se siguen, y se encuentran, y desaparecen, y aparecen, llevando los mástiles todas las banderas de los pueblos libres: ¡movimiento pintoresco de esta faz de la vida de trabajo! Las primeras luces del 1.º de Enero sorprenderán al marinero en lejanas costas; los pueblos ribereños recibirán á los viajeros incansables; los muelles se cubrirán de enormes fardos que aprisionarán el contingente de la industria y el comercio europeo en su cambio con los productos propios que bajarán en atestadas embarcaciones por las mismas corrientes del Paraná, para atravesar más tarde el Océano.

Aquí está Buenos Aires, la inmortal, la gloriosa, la querida Buenos Aires, extendida sobre el Plata con sus caseríos, sus templos de altas torres, sus edificios elegantes, sus grandes monumentos. De aquí parten caminos de hierro bajo el dosel tejido por los hilos conductores de la palabra humana.

Allá se empalman las vías férreas vinculándonos con lazos indestructibles á la república entera, á las

provincias hermanas. Trenes coronados de viajeros que se pierden en lontananza. Trenes que vuelven cargados con todas las primicias de esa campaña de riquezas inagotables donde millares y millares de hombres, nacionales y extranjeros, centuplican la producción.

Ese hormigueo humano, ese bullicio interminable, ese ir y venir de gentes, esas voces confusas, ese murmullo inmenso, es la vida que palpita en las arterias de este pueblo idolatrado, niño ayer, gigante mañana.

Esta población agitada, que crece y se desenvuelve como los anillos de una serpiente colosal, se extenderá mañana hasta el desierto, el desierto de ayer entregado hoy al trabajo fecundo de la civilización.

¡Sí, la vida palpita en todas partes!

Do quiera se tiende la mirada, allí está el hombre, forjando en el yunque de la labor diaria el instrumento de trabajo para mañana.

La vida se impone. Hay la ansiedad de la producción, el ensueño de la prosperidad, la noción clara de la felicidad futura.

Los rendidos han quedado olvidados á mitad de la jornada; rezagados de este ejército nunca vencido que marcha hacia el porvenir con sus armas de combate pacífico á la espalda.

Los heridos por las penas, los perseguidos por la desgracia, los desamparados de la fortuna, alzada la cabeza enérgica sobre los hombros : ¡ ea ! ¡ cumplid

vuestra misión; luchad y morid en plena batalla con el escudo de la fe sobre el pecho y á la luz plena de ese sol ardiente!

Vosotros los felices, los ricos, los favoritos de la fortuna, que coronáis de flores las mesas del banquete para saludar el año nuevo al choque de las copas y entre músicas alegres, no olvidéis á los pobres, á los desheredados, á los que necesitan amparo y protección. Partid con ellos vuestro pan y extended hasta los hospicios, los hospitales y los asilos la mano secreta que derrama los dones de la caridad.

¡Ah! ¡ese no es ya un sol que se pone: es una aurora, es el sol de Franklin que se levanta! ¡Vosotros, por fin, gobernantes y legisladores, los que tenéis en vuestras manos los destinos de esta nación que se adelanta en el camino del progreso humano con la corona triunfal sobre la frente, abridle paso, alumbrándole el porvenir con la luz de la libertad y de la justicia!

LA FAMILIA QUILLANGO.

I.

Don Santiago Quillango era un hombre feliz : tanto como puede serlo un individuo que ha llegado á los 60 años con una esposa, cuatro hijas, una estancia con tres mil vacas, casa en la capital y treinta mil patacones en el Banco de la Provincia.

Don Santiago era grueso de cara, de cuello, de pecho, de estómago, de vientre y de piernas : su estatura mediana y algo cambado.

Su fisonomía era abierta y franca hasta fastidiar al que lo veía, sus cabellos eran castaños, sus ojos negros, pequeños y vivos ; su nariz corta y ancha con dos agujeros que parecían ojos por lo visibles ; su boca grande, cortada en tajo y estirada por las constantes afeitadas con que se mantenía sin bigote D. Santiago.

De temperamento sanguíneo exagerado y de buen diente, el Sr. Quillango tenía las mejillas siempre encendidas y hacía resaltar aquel *apelonado* color la barba escasa, castaña, crespa y dura que á manera de barbijo circundaba su rostro.

Doña Concepción Calventos, esposa de D. San-

tiago, tenía cincuenta años y era flaca y muy alta. Su mirada era terrible. Las cejas constantemente contraídas, sus ojillos grises, su nariz afilada, su labio inferior algo saliente y la actitud agresiva de su cabeza, le daban un aspecto de dominio y mal humor, que contrastaba con el semblante plácido y benévolo de su marido.

Llamábanse las hijas de estos padres, Andrea, Casilda, y Tránsito, y eran las tres de un parecido tal, que bastaría al lector conocer una para sacar por la cara y aspecto á las demás, confundiendo sus nombres si las viera juntas.

Rubias, de pelo colorado, flacas como la madre, bajas como el padre, de boca grande como sus manos y sus pies, de color blanco amarilloso, de ojos celestes desteñidos, de frente y mejillas cubiertas de pecas, las tres hermanas se hallaban unas á otras feas y antipáticas y de ahí probablemente el malestar profundo que reinaba entre ellas, sus continuas reyertas y burlas y la contradicción constante en que vivían.

Aquel grupo de familia, no hay que decirlo, vivía anarquizado.

Don Santiago Quillango, pacífico por naturaleza y por instinto, era el *Ecce homo* de la madre y las hijas.

De sus labios no salían sino sonrisas, y en los momentos críticos, cuando llovían los dieterios ó se formulaba contra su persona una serie de cargos, él apenas balbuceaba disculpas pestañeando con tan

acelerado movimiento de párpados, que parecía un muñeco obedeciendo á un resorte.

Y sin embargo, D. Santiago declaraba á todos los que querían y no querían oírle, que era un hombre feliz.

Y á su juicio lo era efectivamente, porque para él la felicidad consistía exclusivamente en tener siempre una buena mesa, mucha lana que vender en verano y dormir mucho en el invierno.

De vez en cuando hacía sus viajes á su estancia y no recibía mientras estaba ausente sino una ó dos cartas de su mujer pidiéndole dinero ó mandándole alguna cuenta, y á vuelta de galera venían fondos por la agencia para D^a. Concepción Calventos de Quillango.

La familia Quillango había vivido siempre retirada : los instintos y la educación de sus miembros los mantenía alejados de todo centro de sociedad distinguida.

Vivían en los suburbios en una casa grande, espaciosa, con tres patios, corral y huerta : gran puerta de cedro á la calle, los patios enladrillados, las piezas con papeles ordinarios, manchados y algo rotos en los alrededores de las camas.

En la sala había una alfombra descolorida, un piano de caoba oscura, desafinado : sus teclas amarillas parecían dientes de vieja, y formaba el pedal una lira de bronce á la que le faltaba una cuerda, amén de no ceder á la presión del pie.

Dos rinconeras con fanales dentro de los cuales había dos canastas de papel una rosada y otra azul; un espejo pequeño de luna ordinaria sobre el piano, una mesa de madera negra con cuatro patas, figurando grandes garras de una fiera desconocida (quizá las de D^a. Concepción) y encima de la mesa una lámpara de kerosene con pantalla de flores de papel, dos cajas de cartón recuerdo del primer Corso, como decía Andrea, un perrito hecho de lana teniendo dos cuentas negras por ojos, una de ellas rota y algo caída del hilo, un florero forma Catedral sin una asa y en él un ramo de flores del mismo género de las de la pantalla; frente al piano y contra la pared un gran sofá de caoba y crin, con remolinos, como las cabezas de los muchachos y con puntas de crines que pinchaban como alfileres; una alfombrita cuyo dibujo representaba un perro y un gato en actitud hostil y agresiva (quizá era una alusión al grupo de la familia); sillones y sillas de caoba y esterilla contra la pared; muchos retratos al daguerreotipo sobre el sofá, en tal estado, que al mostrarlos la familia Quillango á alguna visita, colocaban á ésta en el paraje desde el cual medio se alcanzaba á divisar un bulto en el centro del cuadro.

Esa era la sala de la casa.

Seguía á ella *el escritorio* de D. Santiago, como pomposamente decía D^a. Concepción, obligándole á su marido á rectificar cuando decía *voy á escribir*, asegurando que debía decirse *voy al escritorio*.

Una mesa, seis sillas, un sillón de paja, varios cuadros, un estante de libros : hé ahí el mueblaje del escritorio.

En la mesa había un gran tintero de barro cocido, pintado de negro y con toscos golpes de polvos de bronce : representaba á Laoconte y sus hijos, y D. Santiago, D^a. Concepción y las hijas de éstos decían que « aquello había pasado una vez en una casa á donde se habían entrado unas serpientes á la hora de la siesta. »

¿ De qué año era la mesa escritorio de D. Santiago? ¿ Á qué época pertenecía? ¿ Dónde había podido comprarse aquel rico mueble en un tiempo, hoy echado á perder por las composturas y remiendos de pino pintado, por los tajos hechos de propósito con cortaplumas?

Imposible averiguar la historia de aquella pieza de jacarandá, llena de molduras, con graciosos filetes de bronce hoy destruídos, con sus ocho cajones cuyos frentes era un enjambre de dibujos de mérito.

Doña Concepción decía que aquel mueble lo había comprado en la calle de la *Federación*.

La cartera que en la mesa servía para escribir, era un empedrado de cuentas y mostacillas : de lejos creía uno que era un incendio, algo más cerca parecían frutas, después flores, más tarde una escena infernal y por último lo que se ponía á tiro de certidumbre se caía en que todo aquello eran letreros que decían :

« Recuerdo á nuestro querido papá, en el día de su *nasimiento* (tal cual). — 31 de Mayo de 1870. — Sus hijas le dedican este recuerdo ».

Aquel frontis tenía la loca alegría de un carnaval por los colores y traía á la vez un recuerdo de cementerio : parecía una lápida por su dedicatoria.

¿Cómo podía escribir D. Santiago sobre aquella cartera? De ningún modo, porque él como su mujer y sus hijas cuando escribían en aquella mesa, lo hacían poniendo á un lado la cartera : era imposible escribir sobre aquel verdadero empedrado.

Además del tintero de barro cocido, D. Santiago tenía otro de su preferencia, de mármol de la Sierra de la Tinta del Tandil, obra de arte pampeano debida á la mano del capataz de la Estancia *El Pajarito*, de propiedad del Sr. Santiago Quillango.

El susodicho capataz había tallado una torre de ocho lados, con una gran base cuadrada y arriba en la cúspide de la torre, que tendría una cuarta de alto, estaba el pozo, es decir el depósito de la tinta.

La rectas eran dudosas, las proporciones estúpidas. En los ocho lados que tenía la torre había dibujos incomprensibles, destacándose en uno de aquellos en dimensiones que acusaban el gozo secreto del proyecto de artista *la marca* del establecimiento que D. Santiago compró á la testamentaria de su padre.

Aquel tintero tenía dos millones de defectos, pero el más grave de todos era la altura ; de ahí que la pluma tropezara á menudo y el famoso monumento

se cayera sobre la mesa llenándolo todò de tinta, con grandes gritos de las hijas y opóstrofes insultantes de la madre dirigidos al bonachón de D. Santiago que no sabía decir otra cosa que : ¡ si no es nada ! ¡ si no es nada !

La biblioteca de D. Santiago era curiosa. Doy su catálogo porque es digno de conocerse :

— Manual del Estanciero (sin tapas).

— Thiers, Historia de la Revolución Francesa, 1 tomo.

— Anales de la Sociedad Rural, 2 tomos truncos, rotos y muy usados.

— Manual del Cabo y Sargento.

— Camino del cielo ó sea arte de vivir en gracia.

— Manual del Jardinero.

— Manual de Cocina, lleno de papeles señalando páginas.

— Los tres Mosqueteros.

— Lafuente, historia de España, 1 tomo.

— Dos libros en alemán.

— Las iras de Satanás ó los grandes dramas de la existencia, novela en 4 tomos, por D. Alejandro de la Cruz Tronchada. El Sr. Quillango se suscribió á ella cuando se repartía por entregas y la mandó encuadernar y poner en marco las láminas que adornaban después las paredes del escritorio.

— Los siete pecados capitales, 2 tomos.

— Medicina Popular ó sea el Recetario al alcance de todos, anónimo.

-
- Historia de los Papas, trunco.
 - Ramilletes fragantes, poesías de autores desconocidos.
 - Historia de un malvado, novela por D. Andrés Terrible.
 - Geografía Universal, 1 tomo, con los cantos hechos pedazos.
 - Folletos, 2 tomos (Almanaques, Guías, Tesis de médicos y abogados, Registro Oficial del año 53, etc., etc.)
 - La raza caballar, 1 tomo.
 - La Biblia.
 - La Dama de las Camelias.
 - Manual del Zapatero.
 - Los ferrocarriles del mundo, trunco.
 - Estudio sobre los bichos colorados, con láminas, anónimo.
 - Obras de Lord Byron, en inglés, trunco.
 - Los pleitos, los pleitistas y la gente de pega, novela de D. Hilarión del Escabeche, completa, las láminas clavadas con alfileres en el cuarto de Andrea.
 - Historia de Belgrano, 1 tomo.
 - Enfermedades del estómago, anónimo.
 - Memorias del General Paz, 1 tomo.
 - Diccionario de Legislación de Escriche (comprado como un servicio de amistad por D^a. Concepción á la viuda de un Escribano).
 - Fábulas de Iriarte.

Ollendorf para aprender el inglés.

— El año cristiano.

— Arte de domar potros, anónimo, las láminas puestas en cuadro adornaban las paredes del escritorio.

— El terremoto de la Martinica, novela en 3 tomos, anónima.

— Biblioteca de la Juventud.

— Notas al Código Civil, 1 tomo.

Las demás tablas de la Biblioteca estaban ocupadas por una tijera de esquilar rota, muestras de lana, un churrinche embalsamado, un gran huevo de avestruz, un montón de semillas de alfalfa, una pila de *latas* para la esquila, un cuchillo cabo de plata, folletos, papeles, paquetes de cartas del mayordomo, etc.

Arriba del estante se veía un busto con media cabeza rota. Era Garibaldi hecho en yeso. Un día jugando al volante D. Santiago con una de sus hijas volteó el busto y aunque su hija corrió con el vestido tomado haciendo bolsa, el busto perdió la frente. Esto no impidió que dando grandes gritos, D^a. Concepción volviere á colocarlo en su sitio.

En una de las paredes del cuarto se veía un gran cuadro. Era una vista de la estancia hecha por D. Santiago, simple aficionado.... á los mamarrachos.

D. Santiago cuando concibió la idea de hacer aquel desgraciado trabajo, compró una cajita de pinturas de diez pesos y pasó un mes en la Estancia dedicado á su empresa.

Formaba *el lienzo*, lo llamaremos así, dos pliegos de papel pegados en sus bordes.

Había allí una casa torcida, animales raros, vacas que parecían ovejas, caballos que parecían burros, pasto que parecía un monte de duraznos, árboles que parecían hombres y hombres que tenían el aspecto de troncos ó de ramas.

Lo que estaba mejor eran los corrales : al menos las líneas iguales no dejaban duda de la intención.

Aquel era el escritorio de D. Santiago Quillango, donde el lector presenciará escenas que le llenarán de asombro.

Después del escritorio de don Santiago seguía el cuarto matrimonial con su enorme cama camera de jacarandá tallada, con grandes pilares y teniendo á la cabecera un altísimo respaldo con labores : en las paredes de éste una media docena de cuadros al óleo, casi borrados, de mérito dudoso, cuyos temas eran escenas de la vida romana ; una imagen de la Concepción, un Cristo tallado, obra escandalosa de algún desalmado cortador de madera ; una rinconera con una palma bendita de una vara de alto, trenzada de ocho, en dos partes, y salpicada de moños de raso color ladrillo y azules ; un gran lavatorio de caoba con un cajón sin perillas, sobre él un juego de loza piedra con la jarra sin asa, la palangana con un pico y la jabonera punzó con medallones con cabezas griegas ; un sofá de caoba y crin, una mesita de noche y sobre ella un gran candelero de loza y una caja de

rapé que vivía allí y era de pertenencia exclusiva de doña Concepción; cuatro sillas anchas de caoba y esterilla en el asiento y en el respaldo..... Todo esto formaba el cuarto de los esposos.

Seguía después el comedor que tenía sólo una larga mesa de caoba, un aparador de idem muy maltratado, sin perillas en los cajones, sin llaves y con grandes trozos de chapa arrancados ó caídos; una docena de sillas, dos alacenas, y sobre el marco de la chimenea unos cuantos muñecos de porcelana pintada, y un reloj americano descompuesto y sin minuterero.

Después del comedor ocupaban tres piezas las señoritas Quillango.

¿ Para qué describirlas? Eran análogas en sus muebles á las anteriores, con sus tres camas de hierro iguales, con sus idénticas colchas de damasco amarillo, sus tres lavatorios pequeños de hierro y sus tres estantes de pino pintado de colorado, no imitando, sino insultando á las hermosas vetas de la coaba legítima.

Debemos hacer una salvedad : en el cuarto de Andrea, la más presumida de las hermanas, había *un tocador*, hecho, arreglado, ó dispuesto por aquélla.

Formaba este tocador un cajón de pino en que envió de su estancia una vez don Santiago dos avestruces pichones (que llegaron muertos). Este cajón estaba forrado de damasco de lana color verde; sobre él y clavado en la pared había un espejo de pésima

luna, marco de pino con viruelas rojas y sobre ellas un barniz que brillaba como la luna del espejo. De un gran clavo colocado á distancia de un metro y medio de la mesa, pendían dos cortinillas de muse-lina que se abrían dando paso al espejo, cortinillas tan ajadas y manoseadas que parecían de papel de seda.

Aquel tocador soportaba el peso de infinidad de zarandajas recogidas por Andrea de *yapas* de tiendas, mercerías, baratillos y almacenes, amén de algunos regalos hechos por la ventana en dos ó tres carna-vales por vecinos de la casa, grandes jugadores á huevos y bombas.

Queda por describir el resto de la casa.

Cuarto de baño : Una tina de zinc inmensa y abo-llada, dos sillas y una mesa con una pata rota y re-costada á la pared.

Patios : Plantas, en tinas y en el suelo, jaulas con jilgueros y cardenales, un loro en un aro de hierro pendiente del techo del segundo zaguán. — Aljibe y pozo.

Huerta : Varios árboles frutales, un gallinero de cañitas, patos, pavos, dos teros, gran cantidad de pollos, seis gansos, un charco de agua, tres sogas, ocupadas siempre, con ropas para secar.

La casa estaba alumbrada á kerosene, y de noche un gran perro de agua echado en el zaguán hacía *de farol de gas*, según decía doña Concepción, re-firiéndose á su vigilancia.

Á las seis de la mañana todos se hallaban en pie : se almorzaba á las nueve, se comía á las cuatro y media y doña Concepción y don Santiago cenaban (y lo hacían en regla) á las diez, y á las diez y media todos dormían como los seres más felices de este mundo.

Á aquella casa no iban otras visitas que las del barrio : dos viejos amigos de don Santiago, el boticario de la esquina que solía ir á tomar mate á las siete de la noche, y unas cuantas *señoras* bien vulgares y chismosas, razón por la cual congeniaban con doña Concepción.

Las hijas de esos visitantes eran amigas de las hijas de don Santiago y todas juntas estaban cortadas por la tijera del más refinado mal gusto, sobre el paño de la más dolorosa ignorancia.

No sospecharon jamás ni don Santiago ni doña Concepción que aquella vida monótona, que aquellas grescas domésticas, que aquella existencia tan garantida por los cueros y las lanas, pudiera ser alterada por acontecimientos que habían de llegar á conmover profundamente su hogar.

II.

Un día conversaban de sobremesa tres amigos en el Café de París, á eso de las 7 de la noche.

Eran tres jóvenes elegantes, de esos que viven en el año siguiente, por las deudas que les acarrea la

vida de lujo y sibaritismo en que malgastan su salud y esterilizan su inteligencia.

La comida de aquel día había terminado alegremente. Humeaba el café en las tazas, y hacían compañía á éstas, pequeñas copas de cristal cortado, llenas de un oporto pálido de alto precio.

Los ricos y largos cigarros habanos recién encendidos perfumaban el ambiente con aroma agradable. Eran la firma puesta al pie de la cuenta que acababa de pagar uno de los anfitriones.

Sobre la mesa se veía una botella de Chambertín, una de Sauterne y dos medias de Château Larose que estaban vacías como las diversas copas en que se había servido cada vino; algunos restos de frutas, un poco de mayonesa caída sobre el mantel, platillos con sólo las señales de que allí hubo manteca, dos ó tres rábanos, mucha miga de pan, algunas manchas de vino, cáscaras de queso, y unos ramilletes de flores que una vendedora acababa de dejar á los jóvenes amigos.

Todo aquello acusaba una comida de gastrónomos.

A la verdad que eran aquellos tres buenos mozos, de hermosas cabezas, finos modales y trajes irreprochales — tenían los tres ciertos golpes de peine en el cabello, ciertos cortes de navaja en las barbas ó bigotes, ciertos detalles de pecheras, botones de camisa, anillos, etc., que cuadraban admirablemente á sus maneras desenvueltas, de esas que no

se adquieren en un día ni se pierden en cien años.

No era difícil calcular la edad de aquellos tres amigos; debían ser poco más ó menos de la misma edad: 30 á 35 años.

Llamémosles Carlos, Daniel y Arturo y entremos de lleno á escuchar su conversación.

— Miren ustedes, decía Daniel, dirigiéndose á los otros dos, sobre esta cuestión de cómo se vive bien, se come bien y se duerme bien, he pensado mucho sin hallar hasta hoy solución al problema. Una fortuna da tranquilidad de espíritu hasta para hacerse un sabio. Vaya uno á leer y estudiar cuando está preocupado del sastre, del peluquero ó del sombrerero.....

— Se renuncia al sastre, al peluquero y al sombrerero, interrumpió Carlos con una sonrisa burlesca.

— Primero renuncio á la fortuna. No comprendo la vida sin buena ropa, perfume en el cabello y..... ¡dinero!

— Es decir, terció Arturo, que no podemos comprender la vida sin deudas. ¡Á fe que lo sabemos!

— Luego el busilis, prosiguió Daniel, está en encontrar la fortuna de alguna manera. ¿Cómo puede encaminarse uno á ese anhelado fin? Para mí por sólo tres caminos: un buen negocio, una lotería ó una mujer rica...

— ¿Aunque sea un espanto? preguntó riéndose Arturo.

— ¿Aunque sea una harpía? preguntó á su vez Carlos.

— ¡Aunque sea una espantosa harpía! contestó resueltamente Daniel.

— Primero morirse, dijo Arturo.

— Mejor es suicidarse, añadió Carlos.

— Pues les digo á ustedes que así **discurría** yo también antes; pero estoy fastidiado de caritas bonitas y bolsillos vacíos. No soy de la escuela de contigo pan y cebolla, y me conozco lo bastante para saber que así no me he de morir. Eso de sentimiento y de corazón será muy bueno, y comprendo que haya jóvenes que se casen al entrar al mundo queriendo con toda su alma, pero á mi edad, ya cerca de los cuarenta... ya no es posible alimentarse de ilusiones y esperanzas.....

— ¿Pero hablas seriamente ó es el vino el que te inspira? le interrumpió Carlos.

— Les hablo á ustedes **des** con mi cabeza despejada. El buen marino no se marea, y ustedes conocen mi cabeza.

— Pues me asombran tus reflexiones, murmuró Arturo, que dan por **resultado** esta aberración: ¡posibilidad de que te cases!

— ¿Posibilidad dices? plan hecho y próximo á ponerse en ejecución.

— ¿Qué dices? exclamaron Carlos y Arturo con semblante sorprendido.

— Que era este el postre que les reservaba. Oiganme ustedes.

Encerrado en el círculo formado por estas palabras, negocio feliz, lotería ó casamiento, no tenía cómo elegir : elige quien puede libremente optar por uno, entre dos ó tres caminos, pero cuando no es posible tomar sino una senda, se lanza uno á ella...

— ¡ Aunque lo lleve al infierno ! exclamó irónicamente Carlos.

— Sea, continuó Daniel, pero entre el infierno actual sin medios de fortuna y el infierno con riquezas prefiero este último.

¿Cómo se busca una mujer rica y se alcanza su mano pronto?

Es esto más difícil de lo que parece y aquí entra lo gracioso. Resuelto á casarme con una... fortuna, ¿ á qué creen Vds., que acudí?

— Á recorrer nombres propios...

— Á las listas de los Clubs...

— Nada de eso : eso era salir de mi plan. Acudí al..... Registro Gráfico de la Provincia !

— Cada vez entiendo menos y me parece que te estás burlando de nosotros, dijo Arturo.

— No tal, no hay tal burla. En el registro gráfico están las zonas de tierra de propiedad particular y por lo tanto...

— Buscabas un rico...

— ¡ Con una hija casadera y lo encontré!

— ¡ Mozo, Chartreuse verde ! grito Carlos riéndose de buena gana y echándose de brazos sobre la mesa como quien se dispone á oír algo muy interesante.

— Pues sí, continuó Daniel, hallé mi hombre primero y ayer hallé á mi mujer... Estudié el gran mapa una noche entera : tomé datos sobre posición de las tierras, cañadas, lagunas, arroyos y sobre todo, de las leguas pertenecientes á cada propietario. Encontré un hombre que tenía cinco leguas en el partido de... ¡ nada menos que en este partido!

— ¡Eres un cínico! murmuró Arturo, moviendo la cabeza.

— Lo reconozco : te prevengo que es pobre esa clasificación para la que yo mismo me he dado. Con decirte que si hasta aquel momento tuve un alma, la colgué de la percha de mi cuarto de baño, te lo digo todo.

Continúo. El propietario feliz de aquella zona deliciosa, con aguadas permanentes, pastos tiernos...

— Ya has estudiado á Pérez Mendoza y Lima.

— ¡ Podías ser mayordomo de un establecimiento!

— Digan vds. todo lo que quieran después, pero déjenme explicar mis trabajos...

Supe que el propietario de aquellas cinco leguas tenía en ellas muchas vacas, muchas ovejas, muchos... pesos : total de su fortuna, calculada por lo bajo, doscientos mil patacones.

— ¡ Doscientos mil patacones!!!

— ¡ Alabado sea ese señor!

— Pues sí, efectivos, reales, contantes casi en su totalidad.

— ¿Y ese afortunado propietario se llama?

— ¡Se llama D. Santiago Quillango! exclamó Daniel levantando la cabeza y llevándose el pañuelo á la boca para ahogar una carcajada.

La risa de los tres amigos duró largo rato. Costaba reanudar la narración. Daniel fué á llevar á los labios su copa de Chartreuse y estalló en otra carcajada salpicando con el licor á sus amigos y manchándose él la pechera y la levita.

Los tres se levantaron para seguir riéndose á no poder más.

En aquellos momentos D. Santiago Quillango tomaba tranquilamente mate con el boticario en la huerta de su casa, ambos en mangas de camisa, montados en sus sillas respectivas y uno enfrente del otro como dos gallos en pelea.

El bueno de D. Santiago no podía sospechar que á la misma hora su nombre levantaba tal tormenta de carcajadas estruendosas.

Costó mucho trabajo volver á la seriedad.

Sempé mismo no pudo menos que reirse, acercándose á la mesa á presenciar aquella escena alegre.

La presencia de Sempé hizo volver poco á poco á la mesa á los amigos, continuando Daniel su narración.

— Pues bien, D. Santiago Quillango es padre de tres hijas, feas como no han visto vds. otras.

— Más que las de...

— Y las de...

— ¡Mil veces más!

— ¡Jesucristo!

— Las tres hijas del respetable D. Santiago Quillango...

— ¡Mentira, la respetable es su fortuna!

— Esas tres ninfas se llaman Andrea, Casilda y... no me acuerdo de la tercera.

— Nombres de cueros recién descubiertos, dijo Arturo, que tú tratas de adquirir...

— ¡Saladerista! vociferó Carlos tirándole una miga de pan á la cara.

— Todo sea por amor... ¡á las cinco leguas! continuó por la centésima vez. De las tres hijas...

— *La más fea te llevarás*, volvió á interrumpir Arturo.

— Exactamente. He elegido á Andrea; un espanto, una mujer horrible, llena de pecas, de pelo rojo, de formas grotescas, vulgar, ignorante...

— ¡Vaya, eso y un remington sobre la frente es la misma cosa! murmuró Arturo.

— Peor, porque un remington mata y Andrea promete los más horribles martirios á su futuro... si es que tengo *la felicidad* de que me acepte. D. Santiago Quillango es un *infeliciano*; cobarde como una gallina, se mete bajo la cama á un grito de su mujer: no sabe más que vender lana, cueros, astas, etc, cobrar, embolsar, depositar en el Banco...

— ¡Depositar en el Banco!

— Como Vds., oyen. D^a. Concepción Calventos de Quillango es la horrible esposa de mi suegro...

— ¡Luego ya te das por yerno!

— ¡Sueño con esa dulce felicidad... de que la libreta de depósito esté á nombre de los dos!

Doña Concepción y sus hijas viven en los arrabales, en un caserón con veinte patios, corral, gallinas...

— ¡Otra estancia!

— Pues, como que es de propiedad de mi futuro papá político y según el registro de Contribución Directa que vi ayer...

— ¡Oh previsión!

— Está valuada en veinte mil pesitos... Cómo me puse en comunicación con Andrea, lo van á saber también Vds.

— ¿Entonces ya le hablaste?

— No.

— ¿Le escribistes?

— Sí.

— ¿Y te contestó?

— Sí y aquí tengo su contestación.

Y al decir esto Daniel sacó una cartera de cuero de Rusia y dentro de ella un papel rosado doblado en cuatro.

Desplegó la carta de Andrea y cayó de ella un pensamiento seco.

Los tres amigos rieron de nuevo á descotillarse, según la frase consagrada.

— ¡Yo creía que iba á caer de la carta una flor de cardo! dijo Arturo.

— Y yo un vellón de lana, añadió Carlos

— Voy á leer... es decir, voy á traducir... es decir, voy á descifrar...

— Pues, patas de moscas...

— De ovejas, dijo seriamente Daniel : ¡ miren Vds. el tamaño de la letra!

Daniel pasó la carta á sus dos amigos, disputándose cada uno el derecho de leerla primero.

Arturo la arrebató de manos de Carlos y cediendo éste y Daniel se puso á leer á media voz, suspendiendo la lectura á cada momento para mostrar el original á los otros.

La carta estaba concebida textualmente en estos términos.

« Cabayero — Tomo la pluma para escribirle á V. contestando su biyete que mea echo sufrir loque V. no tiene una idea apenas la resivi mescondi pa lerlo sola escondida però no savia loque me pazava de ber su atrebimiento se conoce que V. no conose ami mama y mi papa que son muy rigido y llo soy muy birtuosa asies que no zavia que hacer hasta que me resolbi acontestarle porque considero que V. es un ombre desente incapas de engañar auna povre niña como llo V. me pide una sita y llo no puedo aseder acso mas bien agáse presentar con un amigo y lindico pa eso a mi primo Valdomeros que es empliao y V. deve conoser pues esempliao como le digo no tengo inconbeniente en asetar su amor espero pase por casa todas las tardes lo esperaré en la puerta ola bentana llo sufro mucho es-

pero que no aorará deligencia por nuestra felicidad no me olvide su serbidora. »

Andrea Quillango.

— Es un plan bien curioso, dijo Arturo al terminar, que bien llevado puede dar por resultado que seas dueño de Andrea.....

— Y de los millones consabidos, añadió Carlos.

— Y lo que es por ahora, puede costarnos la risa una enfermedad, volvió á decir Arturo.

— ¡Pero Vds. no me dejan terminar! exclamó Daniel con impaciencia.

— Luego tienes algo más.....

— ¡Pero mucho mas! Ese Baldomero.....

— ¡Valdomeros! gritó Carlos.

— Ese primo de mi futura es empleado.....

— ¡Empliao!.....

— ¡En el telegraffffuff! como dice Cubas en la Familia Improvisada.

— Pues como decía, ese Baldomero es ya *¡mi amigo!*

— ¡Nuestro amigo!

— Exactamente. Mañana come con nosotros.

— ¡Sempé! gritó Carlos, para mañana una comida para cuatro... y ¡criolla!

— Es, continuó Daniel, un paisanito refinado, con levita negra muy prendida, pantalón ancho, zapato y sombrero chambergo. Usa toda la barba que es un monte espeso impenetrable, fuma todo el día cigarros negros, uno tras de otro; es pasionista

furioso de las riñas de gallos á las que es infaltable los Domingos.....

— ¡Magnífico! y ¿cómo hiciste amistad con él?

— En sólo media hora. Fuí el primer día á su mesa, inventé un asunto en despacho, me invitó á sentarme, trabamos conversación y de uno en otro tema llegó la hora de irse.

— Salimos los dos juntos.

— ¿Para dónde va Vd? me preguntó.

— Por donde Vd. vaya, me es indiferente; es temprano para retirarme. Si Vd. no tiene inconveniente, caminaremos unas cuadras.

Lo acompañé hasta su casa y allí le dejé una tarjeta mía, negándome á entrar, porque me pareció ya demasiado.

Al día siguiente me quedé en casa y le escribí cuatro líneas muy atentas pidiéndole tuviera la bondad de verme porque tenía algo que encargarle y me encontraba indispuerto.

Á las cuatro y media Baldomero golpeaba la puerta de casa y un momento después nos encontramos en mi cuarto bebiendo cerveza como dos grandes amigos.

Le propuse un negocio que él aceptó inmediatamente.

Le ofrecí una comisión de tres mil pesos.

El negocio era..... pero esto se los contaré después. Lo que les interesa á Vds. es saber el estado actual de mi negocio, es decir ¡de mi casamiento!

— ¡Lo primero, lo primero! ¡el negocio!

— Pues bien, Baldomero habló de todo, de política, de riquezas y pobreza, de la injusticia que se hacía en posponerlo cuando tenía su empleo desde 1868, *para el primer cólera*, como él decía.

— Pero no hay vacante allí ahora, le interrumpí.

— Sí, pero va á haber.

— Pues cuente Vd. con que será ascendido.....

— ¿Cómo? será posible que Vd.....

— ¿Y cómo nó, amigo? A mí me gusta servir á los amigos.

Yo lo conocía á Vd. mucho de vista; me ha sido siempre simpático y ahora con más razón.....

— Es decir que Vd. podría.....

— Délo por seguro. El jefe de su oficina es íntimo amigo mío. Délo por seguro.

Baldomero se levantó y me estrechó las dos manos. Éramos ya dos grandes amigos.

Rodó la conversación sobre muchachas lindas y feas.

Yo le hice largas digresiones sobre las mujeres; le conté historias de aventuras que aseguré me habían acontecido y por supuesto yo era siempre en ellas un Lovelace irresistible.

Baldomero estaba con la boca abierta.

De repente le dije mirándolo de frente:

Hombre, Vd. tiene unas primitas muy interesantes.

— ¿Quién? ¿yo? ¡ah! ¿las de Quillango? ¿Vd las conoce?

— Hace mucho tiempo. Es decir conozco á una á la que le huyo.....

— ¿Qué me cuenta? ¿y por qué le huye?

— Amigo, porque es una mujer muy interesante.....

— ¿Cuál? ¿Casilda?

— No, me parece que se llama Andrea.

— ¡Ah! exclamó mirándome azorado.

— Pues sí, varias veces he estado tentado de hacerme presentar y...

— ¿Y qué hace pues?

— ¡El miedo al casamiento, amigo D. Baldomero!

— ¡Y mi tío D. Santiago que *es lo más bueno!*

— ¿Sí? no lo conozco sino de vista.

— Si quiere lo presento.

— Más adelante, otro día, en fin, allá veremos.

Así terminó ese día, es decir anteayer, nuestra conversación. Ayer cuando me sentaba á almorzar recibí una carta de Baldomero por la cual me invitaba á comer con él, en su casa.

— ¿Y aceptaste? ¿y fuiste? interrumpieron Carlos y Arturo.

— Y acepté, y fui, y comí y charlamos y... todo quedó admirablemente arreglado. Mañana seré presentado en casa de mi idolatrada Andrea...

— ¿Y dices que mañana también comerá aquí Baldomero?

— Sí, pero sólo conmigo. Vds. van á echar á perder todo mi plan.

— ¡Las once de la noche! exclamó Arturo parándose, y yo que tengo que ir al Jardín Florida.....

— Y yo á acostarme y soñar con mi Andrea, dijo Daniel, riéndose de buena gana.

— ¡Y yo tengo miedo de soñar con la Doña Concepción y Don Santiago! añadió Carlos.

Los tres amigos siguieron conversando hasta despedirse en la puerta, tomando cada cual por rumbo distinto.

III.

DOS DÍAS DESPUÉS.

¿Qué pasaba dos días después en casa de Don Santiago?

Baldomero apareció allí á la hora del almuerzo.

— ¡Ahí está Baldomero! gritaron las muchachas levantándose de la mesa en tropel.

Baldomero entró y le acosaron á quejas y preguntas.

— ¿Qué milagro es éste?

— ¡Dichosos los ojos que te ven!

— ¿Qué te habías hecho, sobrino?

— Hace como un mes que no te veíamos.

— ¿Y tu mamá?

— ¿Y tus hermanas?

— ¿Has almorzado?

Baldomero que conocía á sus tíos y sus primas no contestó nada, tomó una silla y se sentó en la mesa sin más preámbulo, diciendo :

— Voy á almorzar.

— ¿Y qué traes de nuevo? preguntó Don Santiago comiéndose dos rábanos.

— ¡Ah! mi tío, ¡tenemos mucho que hablar!

Andrea se puso blanca como el mantel.

— Mi tío, mire la cara de Andrea.....

— Andrea está débil, dijo Doña Concepción.

— Si no come nada esta niña, murmuró Don Santiago, mordiendo un buen pedazo de pan.

— Nada de eso, nada de eso mi tío. Parece que Andrea... tiene por ahí alguna cosa.....

— ¡Qué ocurrencia! exclamó Doña Concepción. Cómo si no supiera yo que no hay nada.....

— Pues no sabe Vd. nada mi tía..... ¿no es verdad Andrea?

— Ya sé que estás burlándote de mí, por eso no te digo nada.

— Vas á comer un pastel de choclo, sobrino, murmuró Don Santiago.....

— ¡Jesús! le interrumpió su esposa, este Santiago no piensa sino en comer, aunque se trate.....

— ¡Del casamiento de mi prima Andrea! gritó Baldomero tirándole á ésta una pelotilla de pan.

Andrea se puso roja como su cabello : las hermanas chillaron, se levantaron, la abrazaron, la hablaron en el oído, se rieron á carcajadas; los esposos miraron sorprendidos á Baldomero, la chivilla que servía la mesa salió corriendo para adentro. En suma, reinó la más grande confusión sin

que Andrea pudiera decir una palabra á su favor.
— ¿Hablas serio? preguntó Doña Concepción con una mirada terrible.

— Formalmente mi tía. Hay un mozo interesado : me ha pedido que lo presente.....

— ¿Te ha pedido? dijo Don Santiago dejando caer una papa de la boca.

— Te ha pedido que lo.... murmuró Doña Concepción con el semblante radiante de felicidad.

— ¿Que le presentes? gritaron las muchachas, inclusa Andrea que no pudo contenerse y corrió á abrazar á su madre. Ésta sorprendida le dijo :

— ¿Luego lo conoces?

— Sí, mamá.

— ¡Y no me habías dicho nada!

— ¡Tenía vergüenza!

— ¡Vergüenza de tus padres!

— Perdóneme, mamá.

— ¿Y dónde lo has visto?

— Pasaba por aquí todas las tardes.....

— Sea lo que sea, torció Baldomero.... ¡aquí está el retrato de mi futuro primo!

Y al decir esto sacó una hermosa fotografía de esas que salen de casa de Witcomb y Mackern.

Todos querían arrebatarse el retrato : triunfó Doña Concepción que levantándolo en el aire corrió con él hasta una puerta.

— ¡Qué buen mozo!

— ¡Qué lindos ojos!

— ¡Qué elegante!

Andrea decía á todo llena de satisfaccion: ¡Ya lo creo!

Daniel había causado el mejor efecto: se había ganado la buena voluntad de todos.

Doña Concepción no podía disimular su inmensa satisfacción; pero su gozo se trocó en rabia cuando vió que Don Santiago le hacía los debidos honores á un choclo inmenso que mordía furiosamente.

Pero Quillango, ¡sigues comiendo! ¡no te importa nada! ¡ni la felicidad de tus hijos! ¡Jesús, que hombre!

— Es que esperaba el retrato...

— Tome papá, dijo Andrea pasándoselo.

Al tomarlo Don Santiago quiso la fatalidad que se escapara de sus manos cayendo la tarjeta en un plato de caldo.

El lector puede imaginarse la algarabía que causó aquel desastre.

Doña Concepción se agarró la cabeza con las dos manos vociferando, las muchachas levantándose se atropellaron, Andrea metió la mano en el plato y llorando limpió el retrato con el pañuelo.

Baldomero acostumbrado á aquellas escenas edificantes pinchó una aceituna y se la echó á la boca con toda tranquilidad.

Pasados los primeros momentos, todo volvió á quicio, dándose amplias explicaciones por Baldomero de quién era Daniel, qué aspecto tenía, lo simpático

que era y lo rico que debía ser por la casa que ocupaba, los trajes que vestía, las joyas que llevaba sobre su cuerpo.

Andrea participaba de la alegría general dando suspiros, riéndose sola, torciéndose las manos y levantando los ojos al cielo con el semblante inundado del más infinito gozo.

Hasta el loro, estimulado por el bullicio de aquellas cotorras, comenzó á dar grandes gritos, llamando á Don Santiago y Doña Concepción.

— ¿Con que mañana va á venir? preguntó ésta.

— Sí, mi tía, mañana á las ocho vendremos.

— ¡Y yo tengo que irme mañana en el tren de las seis á la estancia!

— ¡Pues no te irás! ¡vaya una ocurrencia! ¡ausentarse cuando viene una visita! ¡este Quillango tiene unas cosas...!

— Es que la esquila.....

— ¡Qué esquila me has dado á guardar! vociferó Doña Concepción derramando la leche con que servía el café... ¡Jesus! ¡mira lo que me has hecho hacer!

¡Ah! ¡Dios mío, si eres insoportable!

Don Santiago se sometió.

— Bueno, mi tía, vea cómo se porta Andrea.

— No faltaba más sino que también se hiciera la mona. ¿Cómo se ha de portar? perfectamente : con toda atención; ya sabes que estas ocasiones no se desperdician. Á bien que si andas lerda... Es pre-

ciso que te arregles bien y te pongas el vestido de seda azul con adornos rosados.

— Mejor es el verde mar, dijo Casilda.

— Mejor es el de percal blanco con motitas negras, murmuró Andrea. Con ese me conoció, añadió suspirando.

— Pues hija, con ese entonces. Puedes ponerte mis aros de esmeraldas.

— Yo te presto mi prendedor de ágata.

— Yo mi peineta de coral.

— Te pones una flor en la cabeza. Ahí está abriendo un jazmín.

— Más lindo es un ramito verde.

— Pues á mí me parece, dijo Andrea, que lo mejor es una vincha de la cinta de gró celeste...

— Está manchada con aceite de la lamparita.

— Eso no se ve. Yo te arreglaré la cabeza hija. No perdamos tiempo. Es necesario hoy ponerse á arreglar la casa : todos tienen que ayudar, empezando por ti Quillango.

— Yo...

— Sí, tú. Tienes que arreglar tu escritorio.

— Está arreglado y...

— ¡ Qué ha de estar arreglado! Allí ha de ir á fumar ese señor contigo. Debes invitarlo á comer, á que venga cuando quiera. Es natural que quiera conocer la casa, Vds. arreglan los patios ; que la china barra bien todo.

Tú Casilda lavas los paños de crochet...

— ¡El de las dos urracas está roto!

— Se zurce. *Andá china poné* planchas, y después *lavá* tu vestido negro y *lustráte* los zapatos, guardándolos bajo tu catre para mañana.

Tú, Tránsito, tienes que fregar bien el candelabro y el mate de plata y las saliveras de bronce, y después lustras el piano y estos otros muebles...

— Yo tengo nueces en mi cuarto, dijo Andrea.

— Y tú Andrea, prosiguió Doña Concepción con la gravedad de un general que da órdenes para librar una batalla, tú tienes que estar en todas partes, arreglándolo todo. ¡Jesus! ¡y no se mueven todavía! ¡ah! ¡qué diferencia de mis tiempos!

— Bueno, mi tía, hasta mañana, entonces. De manera que puedo decirle á mi amigo que...

— Sí, sí, que lo esperamos mañana, exclamó Andrea.

— Pero bueno es que le expliques, dijo muy formalmente Doña Concepción, que viene á una casa...

— ¡Ya! ¡ya! ¡no tenga Vd. cuidado!

— Conmigo no se ha de jugar ese mozo. Ante todo es preciso que sepa con qué gente vá á tratar.

Baldomero se despidió para ir en busca de Daniel, haciendo así la rabona al empleo, y la familia Quillango se puso en movimiento.

Las muchachas y Doña Concepción se levantaron los vestidos prendiéndoselos á la cintura con alfileres; se ataron las cabezas con grandes pañuelos de algodón de colores, y armadas de plumeros, de

cepillos, de escobas, comenzaron á revolver la casa entera, sacudiendo alfombras, limpiando muebles, moviendo estantes, sacando sillas al patio, etc., etc.

Don Santiago con una escalerita de mala muerte hacía viajes de un cuarto á otro repasando los cuadros.

En uno de los viajes con la escalera á cuestras se llevó por delante á Andrea, dándole un golpe en las narices : brotó la sangre, chilló la muchacha, corrió la madre y al ver lo que sucedía se cuadró como un sargento ante Don Santiago y lo anonadó á imperios.

— ¡ Mira cómo has puesto á tu hija ! ¡ Más te valiera haberte ido á la Estancia ! ¡ Virgen Santísima, si esto no tiene nombre ! ¡ Jesús que hombre tan inútil ! ¡ qué zángano ! ¡ Y tan luego á Andrea ! ¡ cómo va á presentarse mañana con las narices hinchadas !

Doña Concepción habló sola un cuarto de hora mientras Casilda y Tránsito le lavaban las ya hinchadas narices á Andrea.

Don Santiago agarrado de la escalera no sabía qué hacer hasta que á los gritos de Doña Concepción se decidió á volver á su escritorio y encaramarse de nuevo á sacudir los cuadros.

Andrea había recibido un buen golpe y fué necesario curarla, poniéndole Doña Concepción diversas unturas caseras, amén de un gran pañuelo de color con que le ató la cara.

¡ Andrea estaba horripilante !

IV.

Daniel comiendo con Baldomero supo, lleno de gozo, el buen recibimiento que le esperaba.

La noche convenida á las ocho partían en carruaje los dos *amigos* en dirección á la casa de Don Santiago Quillango.

En la puerta de calle la chinilla les salió al encuentro y sin darles tiempo á decir nada, les dijo :

— Dice la señora que pasen adelante.

Baldomero se adelantó golpeando las manos y apareció Don Santiago haciendo cortesías y sin acertar á decir otra cosa que :

— Pasen... sí... pasen... pasen...

La puerta de la sala se abrió con grandes rechina- mientos de los goznes y se presentaron en grupo la madre y las hijas haciendo cortesías, tosiendo, tirán- dose el vestido.

— Mi tía Doña Concepción Calventos de Quillango.

— Mi amigo, el Señor Don Daniel Campeón.

Mi tío el Señor Don Santiago Quillango, mis pri- mas Andrea, Casilda y Tránsito...

— Esta casa está á su disposición, prorrumpió Don Santiago sin poder dar en bola y entrando pri- mero que las visitas á la sala.

La rueda se formó y reinó un instante de silencio.

— Podías traer el candelabro Tránsito; está un poco oscura la sala, dijo Doña Concepción.

— Está un poco oscura, murmuró como un eco Don Santiago agitándose en la silla.

— Sí, repitió Doña Concepción.

El gran candelabro fregado por Tránsito apareció en la sala con sus tres velas y alumbró el cuadro más original que puede imaginarse el lector.

Las tres muchachas y la madre eran unas máscaras. Todo lo más chavacano, lo del más refinado mal gusto lo tenían puesto.

Doña Concepción había sacado á luz un vestido de damasco floreado, con el que se había casado : el vestido ancho, aglobado, duro y lleno de pliegues hacia la cintura, era bastante corto y dejaba ver un par de pies mal calzados con zapatos algo torcidos y medias coloradas.

En las manos se veían varios anillos con piedras, sobresaliendo uno de plata con un grueso brillante.

Tenía pendientes de las orejas unas largas caravanas de oro con esmeraldas, y en el pecho un gran prendedor, con retrato, marco dorado y cadenita que se unía al reloj colocado en la cintura con dos alfileres que brillaban acusando su existencia.

No hay que decir que aquel retrato era el de Don Santiago cuando tenía 35 años.

Dos cintas de terciopelo chafado prendidas con alfileres hacían de pulseras, un enorme lazo en la cabeza y un inmenso abanico que tenía pintado de un lado el Vesubiq en erupción, completaban el traje de Doña Concepción.

Sus hijas tenían puestos vestidos de lanilla, con muchos colorinches, enmendados y corregidos, grandes flequillos sobre los ojos, adornos de todas clases, *prendas* diversas de oro y plata, cintas y sarandajas.

Andrea, más fea que nunca, tenía la nariz amaratada. Los remedios caseros no habían conseguido hacer desaparecer los vestigios del golpe paternal.

Andrea estaba *casualmente* al lado de Daniel. Seguía después Doña Concepción, luego Don Santiago, después Baldomero, y en el sofá Casilda y Tránsito.

— Mi amigo Baldomero, dijo Daniel, me ha proporcionado la ocasión de conocer á Vds.

— Gracias, murmuró Andrea.

— La ocasión es para nosotros, dijo Don Santiago, colorado como un tomate.

Daniel oyó impasible aquel disparate. Estaba dispuesto á todo con tal de llegar á su objeto.

— ¿ Tiene Vd. familia? preguntó Doña Concepción.

— Si señora : tengo madre y dos hermanas...

— ¿ Muy crecidas? interrumpió Andrea.

— Son señoritas ya.

— Tocarán el piano, dijo muy resuelta Casilda.

— Una de ellas, la mayor.

— ¿ Que se llama? murmuró Don Santiago.

— Elisa. ¿ Y Vd. tiene tres niñas?

— Sí señor, las que Vd. ve... y una que perdió Concepción al nacer.....

— Un niño que murió al nacer, mi tío, exclamó Baldomero. Vd. ha dicho que mi tía al nacer...

— Eso es, eso es, me equivoqué.

— Mucho calor..... dijo Andrea.

— Es verdad, señorita.

— ¡ Ah! ¡ si es una cosa que se sofoca una! chilló Doña Concepción agitando convulsivamente el abanico.

— Es la estación, señora; estamos en Diciembre...

— La estación de las flores, dijo Baldomero echándose para atrás con aire satisfecho y como si hubiera dicho algo notable.

— ¿ El señor es afecto al campo? preguntó Don Santiago con la sonrisa más bondadosa de este mundo y pestañeando sin cesar.

— Sí señor, me gusta mucho. Tengo pasión por las flores.

— Pero no hay como el aire de las estancias, replicó Don Santiago abriendo las narices como si lo respirara.

— Es verdad, señor : hace mucho tiempo que tengo los más grandes deseos de dar un paseo...

— Pues aproveche Vd., que yo me voy mañana...

— No puedo señor, son tantas mis ocupaciones.

— Y al señor lo que le ha de gustar es Flores ó Belgrano : ¡ la aristocracia! dijo contoneándose la señora de Quillango.

— Al contrario, señora. Soy el hombre más humilde y demócrata que vd. puede figurarse.

— Que gracioso está eso, interrumpió Don Santiago con una carcajada, que era su salida cuando no entendía algo.

— Pues el día que vd. quiera haremos un paseíto por el *Pajarito*....

— ¿Cómo señor?

— ¡Ah! ¿no sabe vd. que así se llama mi estancia?

— No sabía.

Pues sí, así se llama. Hay un gran arroyo, un puente, mucha caza, grandes montes...

— ¡Me da envidia lo que vd. me dice! Qué feliz es vd. rodeado de sus cariñosas hijas, de su virtuosa esposa, con bienes de fortuna, al menos los suficientes para vivir tranquilamente....

— ¡Qué Señor Don Daniel éste! dijo Don Santiago, riéndose de buenas ganas. Es verdad que tengo alguna cosa....

— Unas pocas vacas y ovejas, murmuró Doña Concepción; ¡que vale eso! En cambio el señor es....

— Corredor, interrumpió Daniel.

— De calles, dijo Baldomero.

Todos se rieron, pero ninguno como Don Santiago que se secaba las lágrimas con el pañuelo y se apretaba el estómago como si se fuera á desmayar.

Daniel quiso seguir la broma con sonrisas, pero la verdad sea dicha, no quedó muy en caja con la gracia de su amigo. Sucede á menudo que hay bro-

mas que dichas inocentemente y sin intención alguna van á sorprender secretos pensamientos ó encierran verdades amargas : esto pasó con Daniel, que efectivamente no era más que un simple corredor... de calles.

— Un cigarrito negro, dijo Don Santiago, sacando una petaca de cuero negro y reluciente por el uso.

— Gracias, gracias....

— ¿Paja de trigo? preguntó Baldomero.

— No de la *Catedral*, contestó Don Santiago.

— ¿Por qué no fuma vd. Campeón? Se atrevió á murmurar dulcemente Andrea, sin levantar los ojos del suelo.

— Trátenos con toda confianza, terció Doña Concepción, ¿ya lo sabe vd? Fume, fume no más.

— Fume vd. repitió Tránsito.

— Fume vd., agregó Casilda.

— ¿Por qué no fuma vd.? gritó Don Santiago. Vamos al escritorio : venga, vamos, pase con confianza, con confianza....

— Es que... gracias.

— Déjese de cumplimientos, dijo Andrea, pase al escritorio.

La familia toda se levantó como bandada que alza el vuelo, y hé ahí como Daniel tuvo, quieras que no quieras, que pasar al famoso escritorio de Don Santiago.

Una vez en él y fumando como antiguos y buenos amigos, Daniel paseándose por el cuarto, se paró

ante el magnífico cuadro que representaba la estancia del *Pajarito*.

— ¡ Hermoso establecimiento ! dijo cínicamente Daniel.

— Qué, no señor, una estancita, no más.

— Yo tengo en vista un campo, cerca del de vd.

— ¿Qué me dice? ¿el de la Coja ó el de Don Panchito el tuerto? son los únicos por allí....

— Eso es, el de la Coja.

— Es media legua.

— Cabal. Piden....

— Seiscientos mil....

— No, quinientos.... dijo Daniel mintiendo á más no poder.

— Pues han bajado. El año pasado se formó testamentaría por el hijo Bartolo el del Horno, y él me ofreció el campo. Linda por un costado con el mío.

— Vea cómo vamos á ser vecinos.

— ¡ Superior, amigo, superior ! No hay como el negocio de campo : vea este año yo he vendido la lana bien.

— ¿A cómo?

— Á 130 pesos toda : es verdad que toda es fina....

— ¿Y cuánto importaba toda? volvió á preguntar Daniel insistiendo sobre lo que á él le *importaba* particularmente.

— Como 260 y tantos mil pesos.

— Buen producto. De modo que al año la estancia le da....

— Como cuatrocientos mil pesos, fuera de los aumentos.

Daniel soñaba con todo aquello; vacas, carneros, ovejas, dinero en el Banco, etc., etc.

Sólo llevado de la mano de Andrea podía atravesar sobre un abismo á las riberas de la felicidad.

La familia Quillango entró en el escritorio y tomó asiento con un desparpajo asombroso. La chinilla soñolienta y con la cabeza revuelta apareció con el mate de plata que se lo pasaba de una mano á otra, tal estaba de caliente.

Daniel hizo proezas por mantenerlo en las suyas, pero era aquello imposible de realizar : apercibida Andrea sacó su pañuelo empapado en agua florida y se lo pasó ruborosa á Daniel. Éste miró á Andrea con fijeza, se acordó del producto anual de la estancia y como un náufrago que se afana á una tabla de salvación dijo :

— Lo acepto, señorita, porque es vd. quien me lo da.

Doña Concepción carraspeó y se retorció las manos sacándose dos mentiras.

— Podías darle al señor unas florcitas, dijo Doña Concepción.

Andrea se levantó y se perdió en las piezas interiores. El ramillete estaba preparado hacía seis horas y colocado en el memorable tocador de Andrea.

Al enfrentarse al espejo ésta se abalanzó á la caja de polvos, tomó el cisne y se dió veinte golpes en la cara con él, volviendo al escritorio y dejando temblorosa en manos de Daniel las flores consabidas.

— Gracias, Andrea, dijo Daniel suspirando y añadió en voz casi imperceptible : ¡las conservaré siempre conmigo!

Andrea se agitó en la silla poniéndose color tomate : aquella era una declaración y comprendiéndolo así quiso decir algo y no pudo. Su corazón le latía dentro del pecho como un tambor sobre el que se toca una llamada en son de alarma.

Aquella pobre mujer, ridícula en su traje, fea de cara, sin educación, sin nociones casi del lenguaje culto, de la buena sociedad, sintió en su alma en aquel momento una ansiedad vaga mezclada á una tristeza profunda.

En pocos minutos y en una gran conmoción moral acababa de sentir agitarse en su cerebro una duda que abría un abismo ante sus ojos.

No hay mujer por torpe é ignorante que sea que no presienta las horas solemnes de su vida en que se juega su destino.

No hay mujer que no tenga en su corazón, si no en su cabeza, ese extraño y oculto sentimiento ó esas súbitas revelaciones que la hacen capaz del sacrificio ó del martirio.

Andrea había experimentado hasta aquel momento

las emociones comunes al atolondramiento y la monotonía de su vida : pero la mirada y las palabras de Daniel, aquella frente hermosa, aquel conjunto varonil, simpático, elegante, aquel timbre de voz, todo había producido en un instante dado una conmoción intensa de su sér, un sacudimiento de las fibras del corazón, una opresión angustiosa en el pecho, un temblor nervioso en las manos y por fin había sobrevenido este pensamiento terrible que hizo palidecer su semblante á punto de dejarlo cadavérico :

— ¿Será todo esto una burla? ¿Seré yo el objeto de ella?

Y en aquella lucha secreta y rápida, el orgullo de un corazón honrado se sintió herido y una lágrima brotó de los ojos de Andrea que pasó desapercibida á los demás, menos á Daniel que si hasta aquel momento se había reído para sus adentros de la gran farsa que allí representaba, se sintió muy incomodado por aquella escena que no estaba en su programa, seguramente.

Él quería una comedia y bien podría resultar un drama.

Daniel, después de un momento, se levantó para retirarse y así lo hizo con Baldomero.

Éste, ya en la calle, le dijo á su amigo :

— ¿Y cómo le ha ido?

— Perfectamente : ¡Andrea es encantadora!

¿Y qué hace pues?

— Hombre, ya veremos : yo soy pobre y ella rica y mi delicadeza....

— Déjese de eso, mire : mi tío Santiago tiene necesidad de un hombre como vd. para sus negocios : ni sabe lo que gana, no tiene administrador, él no más apunta en dos libretas. De seguro que todo eso lo había pensado....

— No me hable así, Baldomero; me ofenden sus palabras.... interrumpió Daniel en tono airado.

— ¿Cómo? por qué....

— ¿Qué tengo yo que hacer con la fortuna de Don Santiago? Precisamente es eso lo que me impide hacer tiempo solicitar la mano de Andrea. Lo que vd. acaba de decirme encierra una verdadera ofensa, porque significaría que he pensado alguna vez que puedo llegar á ser partícipe de la fortuna de Don Santiago, que mi visita de hoy y cariño por Andrea son interesadas, que soy un negociante ruin....

— Amigo, vd. no me ha entendido; le pido que me disculpe.... yo no he tenido intención.... tan luego vd....

Baldomero no sabía qué decir, tan sorprendido y arrepentido estaba de sus propias palabras.

Daniel supo hábilmente reanudar amistades, quedando su amigo dominado por completo para el futuro.

Cuando se despidieron, Baldomero estrechó con entusiasmo la mano de Daniel.

— No me guarde resentimiento....

- No, amigo.
— Déme la seguridad de que seremos siempre muy amigos....
— La tiene.

V.

Al salir Baldomero y Daniel de la casa de Don Santiago, la familia de éste se entregó á los más entusiastas comentarios sobre el pretendiente.

Los padres y las hermanas de Andrea hicieron las más grandes alabanzas de Daniel : por primera vez las opiniones de todos estaban de acuerdo. Sólo Andrea estaba callada.

Doña Concepción le increpó su falta de amabilidad.

— ¡ Si parecía que te habías tragado el palo de la escoba ! ¡ qué falta de atención ! ¡ qué indiferencia ! ¡ qué distracción para todo !

— ¿ Pero qué quería vd. que dijera ?

— Cualquier cosa, dijo Don Santiago.

— Por supuesto, agregaron las hermanas : es necesario que no lo pierdas, porque....

— Yo no puedo rogar que me quieran : si viene por mí, que me lo diga y veremos después....

— Eso es, eso, *hacéte* la mona ahora. ¿ Y qué más *querés* que ese mozo ? vociferó la madre.

— ¡ Ya lo creo ! murmuró el padre.

— De esos hay pocos, agregó Casilda.

— ¡Pues está bonito! terció Tránsito con semblante provocador.

Andrea oyó impasible todo aquello : tenía contraídas las cejas y la mirada fija en el suelo : su preocupación estaba concentrada en esta idea : ¿seré objeto de una burla?

Toda la familia se retiró á dormir y á fe que lo hicieron bien, por la hora extraordinaria á que se acostaron : las once de la noche.

Andrea había dormido mal; había rezado mucho y había llorado sin saber por qué ; cuando se levantó, ni su madre ni sus hermanas y menos, por supuesto, Don Santiago, notaron los rastros de la mala noche impresos en el semblante de Andrea.

No era aquella gente para notar melancolías y hallar semblantes pálidos y quebrantados y todo siguió en la casa el orden natural, siendo siempre el tema obligado la visita de Daniel.

Habían transcurrido cuatro días de la ruidosa visita, cuando á eso de las dos de la tarde golpearon la puerta de calle de la casa.

Salió Andrea á ver quién era y se encontró con un sirviente que llevaba un enorme ramo de pie, del que colgaba una tarjeta.

Era un obsequio de Daniel : en la tarjeta se leían estas palabras : *Daniel Campeón se permite ofrecer á la señorita Andrea Quillango este ramo de flores.*

Aquello causó el efecto de una bomba : se atropellaban las muchachas dando exclamaciones y el

ramo pasaba de mano en mano, hasta que Doña Concepción lo tomó y colocó sobre la mesa del comedor.

Una idea súbita alumbró el cerebro de Doña Concepción y saltando á despedir al sirviente, le dijo textualmente :

Dígale vd. al Señor Campeón que tendremos mucho gusto en que nos acompañe á comer mañana á las seis : que lo esperamos : que para qué se ha incomodado : que la niña Andrea le agradece mucho su regalo : que lo extrañamos y que no se pierda. Á ver, si se acuerda, repita usted.

El sirviente de Daniel, zorro viejo en estas campañas, repitió todo el recado de Doña Concepción y ésta quedó tan satisfecha que al retirarse aquél, exclamó dirigiéndose á sus hijas :

— ¡Qué alhaja de sirviente ! ¡vaya, es un hombre este Daniel completo ! ¡ Andrea, te has sacado una lotería !

Andrea hizo esfuerzos inauditos por sonreirse y seguir las bromas, pero su imaginación siempre preocupada y su instinto le decían para sus adentros, que todo aquello no era sincero ; que ella no era capaz de inspirar amor á Daniel.

En este orden de ideas se hizo prevenida y desconfiada y devoró en silencio sus dudas, comprendiendo desde el primer momento que no sería comprendida por ninguno de los que la rodeaban, incluso sus padres.

Daniel fué á comer al día siguiente, después de haberse reído grandemente con sus amigos de la visita, los trajes de la muchachas y la madre, de la conversación tenida y por último de la lágrima de inmensa felicidad, como él decía, que había sorprendido á Andrea.

De aquella manera transcurrieron dos meses, durante los cuales la amistad de Daniel se hizo íntima, ganándose por completo á la familia Quillango.

Andrea recibía á Daniel con cariño, pero hablaba poco y su madre la increpaba dura é inútilmente después de cada visita por su frialdad y su silencio: la víctima sin defenderse callaba, y Don Santiago solía decir que todo aquello era efecto de la misma pasión.

Las visitas de Daniel eran frecuentes, á veces seguidas, y tomando siempre resueltamente asiento al lado de Andrea le hablaba á ésta en un lenguaje lleno de fuego, aparentando una pasión que no sentía.

De clara inteligencia, de fácil palabra, con aquella hermosa fisonomía, aquellos ojos negros de penetrante mirada y aquel porte elegante, no hay que decirlo, interesó profundamente el corazón de Andrea.

Ésta escuchaba con la vista baja, constataba apenas y de vez en cuando levantaba sus ojos como para demandar suplicante que no abusara Daniel del efecto de sus palabras y de su situación.

Para un observador no hubiera pasado desapercibido el cambio completo operado en Andrea: no era ya la atolondrada muchacha de agudos chillidos, de risotadas estridentes, de trajes ridículos y de torpes modales.

Fea, tosca, de facciones groseras, para Daniel era siempre la misma: un sér detestable al que sólo podía ligar su vida para adquirir una fortuna.

Sólo la mirada penetrante de un hombre enamorado descubre ciertas transformaciones que se operan en la mujer amada.

El ojo vulgar de un indiferente no ve la melancolía y el sufrimiento en la palidez de una frente, ni la tristeza en cada mirada que se eleva al cielo: como no halla el dolor repercusión en el corazón de un desconocido, extraño, ajeno á nuestros sentimientos.

Así sucedía con Daniel; la sórdida avaricia le había cegado y no veía que estaba labrando el infortunio de una mujer cuyo corazón había interesado, sin quererlo, tan hondamente.

Andrea no era la misma ni en su aspecto, ni en su lenguaje, ni en su traje, ni en sus hábitos.

Sostenía consigo mismo una lucha terrible y le causaba un dolor extraño las palabras y el lenguaje de sus padres y hermanas: tenía en su alma algo como una repulsión á sus deudos, que le causaba miedo.

Una noche, afligida y combatido su espíritu, An-

drea tomó del estante del escritorio por primera vez la Biblia y trasnochó leyéndola y llorando. Aquella fuente inagotable de ternura y de consuelo vino en su auxilio, avivando su inteligencia y despertándola al mundo espiritual, desconocido ~~para~~ **para** ella, que estuvo siempre sometida á la estúpida **prosa** de la más vulgar de las existencias.

Había una luna espléndida : Andrea abrió los postigos de la ventana y aquella luz melancólica inundó su pobre cuarto. Apagó la lamparilla y sin hacer ruido, caminando apenas, acercó una silla á la ventana levantando sus ojos al cielo y quedó extasiada ante la contemplación de la bóveda inconmensurable.

Era aquella la primera vez que sentía vivir en sí misma su alma : era la primera vez que levantaba su espíritu sobre la miserable existencia que arrastraba y mucho debió pensar aquella noche la infeliz hija de D. Santiago Quillango.

Las primeras luces del amanecer la sorprendieron con el rosario en la mano y el rostro inundado en llanto : flotaba ante Andrea la imagen de su Daniel y los temores, y sobresaltos de su espíritu le arrancaban lágrimas amargas.

Á aquella misma hora Daniel se retiraba del teatro de la Ópera con una lujosa máscara que se apoyaba negligentemente en su brazo.

VI.

El lector por las líneas anteriores, comprenderá que el Carnaval estaba cercano.

Efectivamente, sólo faltaban ocho días para que llegaran los días de las grandes locuras.

Daniel temblaba fuera á ocurrírsele á la familia Quillango asistir á los bailes de los clubs ó los teatros, comprometiéndolo como acompañante, lo que trastornaba sus planes. Quería, por el contrario, despedirse de su vida alegre, en medio de una verdadera tormenta que adormeciera su alma antes de ir al sacrificio.

Convencido con sus amigos, se disponía á gozar de los tres días de Carnaval, en paseos, disfraces, bailes, corso, visitas, etc., con esa voracidad propia de quienes viven sólo para los placeres.

Cuando el Sábado antes de Carnaval supo de boca de Andrea que ella no iba á ninguna diversión, aparentó sentirlo, mientras le retozaba el corazón de gozo.

Doña Concepción echaba pestes contra los bailes de máscaras, defendiendo el juego de pomos y bombas.

— Voy á hacer levantar mañana la alfombra de la sala. Lo esperamos Daniel, dijo la madre de Andrea, mientras ésta se agitaba en la silla contrariada.

— Siento, señora, pero enemigo de estas diversiones, me ausento mañana, á una estancia por tres días.

Andrea sintió su alma inundada de un secreto placer. Daniel se ausentaba, huyendo de la alegría y el bullicio, y aquello podía ser una manifestación de cariño para ella. ¿Sería amada?

Aquellas reflexiones le hicieron sonreír y agradecer con una mirada á Daniel su resolución.

Daniel, preparado á seguir la farsa, había obligado á Baldomero á ir al Azul por algunos días, interesándolo en un mentido proyecto de compra de campos.

Al despedirse y verse en la calle, libre, sin testigos, con tres días de placeres por delante y como perspectiva para después un casamiento que le haría rico, se sintió completamente feliz.

Daniel no sabía que en aquellos momentos, como á todas horas, después que pisó la casa de Don Santiago, había un desconocido que espiaba todos sus pasos.....

Daniel se dirigió á una casa de la calle de Callao, golpeó una puerta, que se abrió en el acto dándole paso.

Momentos después llegaba un carruaje y se detenía á la puerta de la misma casa.

Daniel apareció con una lujosa máscara y entrando en el carruaje dijo al cochero :

— ¡ Á la Ópera !

Partió el coche velozmente y fué á detenerse en el teatro de la Ópera, donde descendió la interesante pareja.

Por vigésima vez Daniel no vió al hombre que le seguía y entraba en el teatro con él.

Aquel hombre fué su sombra toda la noche.

Guardando distancia, ocultándose á veces, poniéndose á escuchar después la conversación de Daniel y la máscara, no le perdió á éste de vista un solo momento.

A las 3 de la mañana cenaba Daniel y la máscara en el Café de París.

En la mesa del lado hacía lo mismo el desconocido con el aire más indiferente de este mundo.

Los amigos de Daniel se presentaron después, también acompañados de elegantes máscaras, y entre grandes risotadas y apretones de mano se hizo mesa redonda, cayeron las caretas y la conversación general y la alegría más completa reinó en la reunión.

El desconocido fué objeto de algunas pullas de los jóvenes alegres.

— Se ha divertido, no hay duda, dijo uno.

— Y después á dormir, dijo otro.

— ¿Pero no estará dormido por dentro?

— Sería capaz de quitarle la compañera, dijo Daniel.

— Es decir la de *Priorato*, ¡linda muchacha esa!
¡Es una compañera que se sienta sobre la mesa!

¡Y que él la bebe!

Grandes carcajadas saludaban estos dicharachos.

El desconocido, siempre indiferente, comía despaciosamente un bife que « no se acababa nunca » según había dicho Daniel.

— ¿Y cuándo hablaremos de aquella famosa historia? preguntó uno de los amigos de Daniel á éste.

Daniel hizo una seña hacia su compañera.

— ¿Ah? ¿el negocio aquel? va bien, viento en popa. ¡De esta vez me voy á hacer millonario!

Las mujeres, y eran muy bellas las tres, lo miraron con ojos codiciosos.

El desconocido se mordió los labios, comprendiendo que se hablaba de Andrea.

La conversación cambió de giro por una pregunta de Daniel y la alegría fué creciente, tomando en ella parte las mujeres aquellas de semblantes quebrantados por la mala noche.

Al amanecer, el desconocido se levantó de la mesa y salió sin que lo apercibieran los jóvenes.

¿Quién era aquel desconocido?

¿Lo es efectivamente para nosotros ó lo era sólo de Daniel y sus amigos?

De nosotros es ya un antiguo conocido.

Aquel hombre, que al retirarse del Café de París se dirigió á casa de Don Santiago Quillango entrando en ella con toda confianza, era el vecino de Don Santiago, el boticario de la esquina de la casa,

el antiguo amigo de ésta, el tertuliano infaltable al mate de la oración.

Se llamaba Don Pedro Gómez, y era un hombre como de cincuenta años, de cara seria y duro entrecejo, de mirada penetrante, de ojos negros y vivos, de cabellos entrecanos, de alta estatura, largas piernas y grandes manos y pies.

Despreocupado en el vestir, Don Pedro usaba siempre una levita negra algo raída, cuellos mal doblados y corbata mal atada.

Era un hombre honrado, incapaz de una mala acción, leal amigo de sus amigos, antiguo vecino arraigado de aquellos barrios, querido de todos los que le trataban de cerca.

Adusto en su aspecto, tenía un corazón tierno, un juicio recto que suplía su falta de instrucción y una palabra sobria que imponía respeto á sus muchos clientes.

Aquel hombre vió lo que no veía la familia Qui-llango: el contraste que formaban Daniel y Andrea, lo extraño de aquella presentación, lo inusitado de aquellas visitas, lo extravagante de aquella pasión súbita pintada por Daniel.

Le causó mala impresión el aspecto de Daniel.

Hombre de mundo y con experiencia de la vida, temió por Andrea, y de ahí que se pusiera en acecho é hiciera diversas averiguaciones.

Cuando tuvo vehementes sospechas de que el tiro de Daniel era dirigido á la fortuna de Don Santiago, se

lo contó todo á su mujer y sus dos hijas, en la más absoluta reserva, y exigiendo el más completo secreto.

Su mujer y sus hijas que eran dignas de Don Pedro, se convencieron como él de que Daniel traía consigo la ruina de Don Santiago y la desgracia de Andrea.

Fué entonces y después de largas deliberaciones de la familia, que Don Pedro resolvió, de acuerdo con ésta, seguir los pasos de Daniel, sin decir nada á la familia de don Santiago.

— Conozco á éste, á su mujer y sus hijas, y al tal Baldomero, que es un tonto. Si les digo cuáles son mis sospechas, es posible, es seguro, que lo pierdo todo : la amistad de todos ellos y cargo á la vez con la odiosidad de ese joven tunante. Cuando adquiere la convicción y tenga pruebas de su conducta falaz, yo hablaré á solas con Andrea. Ella es buena, me quiere, y con todos sus defectos, que los tiene, ha de saber comprenderme, y entonces procederá como le parezca.

Cuando don Pedro, después de la trasnochada, fué al aclarar á casa de don Santiago, los halló á todos durmiendo, las puertas todas cerradas y allá en el fondo barriendo, á la chinilla.

Conocedor de la casa, pidió á la muchacha un mate, y acercándose á la puerta del cuarto de Andrea, golpeó suavemente en los vidrios.

Un momento después se entreabrió el postigo, y luego pasado rato, la puerta se abrió y apareció Andrea con semblante sorprendido.

— ¿Qué hay, don Pedro? ¿Usted á esta hora? ¿Qué sucede?

— Nada, nada, no hay que alarmarse. Tenemos que conversar, Andrea, y conversar los dos y solos. La hora no puede ser más oportuna : he pedido un mate : vamos al último patio y allí bajo el emparrado hablaremos.

— Voy á sacar dos sillas, dijo Andrea, pálida por la emoción que experimentaba. Un vago temor, una secreta intuición, un dolor oculto, un terrible presentimiento le decía que don Pedro iba á hablarle de Daniel.

Sentados bajo la hermosa parra, don Pedro tomó una de las manos de Andrea y le dijo :

— Tú sabes cuánto los quiero á ustedes.

— Es verdad, don Pedro.

— Sabes qué clase de hombre soy yo : no deseo hacer mal á ninguno, pero tampoco dejo, cuando puedo impedirlo, que me lo hagan á mí.

Cuando hablo de mí ó de los míos, hablo de ustedes. Pues bien, Andrea, yo no sé qué efecto te producirán mis palabras, pero yo debo ser franco.

— ¡ Diga usted, por Dios!

— ¿Tú quieres á Daniel?

Andrea no respondió y bajó la cabeza.

— ¡ Eso quiere decir que lo quieres! ; Y sin embargo no debes quererlo! ; y debes romper con él cuanto antes! hoy mismo.

— ¿Romper? ; y por qué?

— Porque Daniel no es el hombre que te conviene, porque sus hábitos de vida airada, su educación, sus despilfarros, su corazón seco, su falta de.....

— ¡Es usted muy cruel!

— No lo creas : ¡y tú debes estar muy enamorada! ¡Si estás cambiada! ¡si no eres la misma! ¡si tus palabras, si tu actitud, si todo está cambiado en tí hace algun tiempo! ¡Ah! ¡todo eso es obra del amor!

— Es verdad.

— ¡Vaya si lo conozco! como que he vivido cincuenta años, y sé lo que son los hombres y las mujeres. Tú eres otra, repito, y Daniel no te merece...

— Al contrario..... Una mujer fea como yo.....

— Al menos no eres linda : ya sabes que yo hablo así. Pero tu eres una buena mujer, que harías feliz cualquier hombre, que conociéndote y apreciándote, quisiera enseñarte y modificar tus faltas de educación, que las tienes, y no es por tu culpa.

— Todo eso es verdad.

— Como es verdad que no es Daniel el hombre que ha de levantarte á donde tú mereces, porque tú puedes subir mucho, aprender mucho, leer mucho, observar mucho y ganar cada vez más en el concepto de tu marido. ¡Pero Daniel, hija! Daniel es un sér inservible, incapaz de mejorar él mismo, es uno de esos hombres que viven á costa de los demás, sin traer más que descreimiento y hastío como contingente al mundo.

— Eso, don Pedro.....

— Eso, eso es la verdad, Andrea. Comprendo que estás rebelándote contra mí.....

— No señor.....

— No tus labios, tu corazón que ama, Andrea, y que quisiera defender á Daniel.

— Es verdad.

— Si lo sé todo, sin que tú me lo digas. Comprendo la lucha que estás sosteniendo desde que conociste á Daniel, la que estás sosteniendo en este mismo momento.....

— Sufro mucho..... y no digo nada porque no veo.....

— Porque no ves á tu rededor una persona capaz de comprenderte : porque tus padres y hermanas no están..... en fin, no pueden comprenderte. Yo no tengo inteligencia ni hablo bien, pero soy capaz de dar un buen consejo y tengo previsión y hablo claro. Tú te has modificado, te has transformado. Mucho me hacía sufrir tu modo de ser antes : eras locuaz, gritona, vacía, fútil, hablabas de todo y decías muchas tonteras, y hoy..... vaya, ¡ estás cambiada !

— Siga Vd. Le estoy oyendo con verdadera satisfacción. Es verdad : yo misma me siento transformada. Es que durante este último tiempo me he reconcentrado, he ido á los libros y he leído y pensado mucho y se ha abierto para mí un mundo que no conocía. Pero..... también comprendo la causa de mi transformación.

— Es Daniel, es el amor que te inspira, ya lo

sé, y sin embargo es necesario romper con.....

— ¡No me lo diga Vd. por Dios!

— Al contrario, te lo digo y te lo repito : ¡Daniel no es digno de ti!

— Más bien yo.....

— Él es el indigno. ¡Se burla de ti! ¡Te lo juro!

Andrea se levantó como herida de un rayo. Don Pedro se sonrió complacido y agregó :

— ¡Se burla de ti, no te quiere, pretende tu mano para tener de qué vivir!

— ¿ Es verdad eso? Déme Vd. las pruebas y yo sabré proceder : déme las pruebas.....

Andrea se tomó de las rejas de una ventana : estaba lívida, con las cejas contraídas y la mirada centelleante.

Era algo más que una mujer fea en aquel momento : era una mujer colérica, herida en su orgullo, amenazada en su honor, que se erguía vengadora.

¡ Nadie hubiera reconocido en aquella mujer á la ridícula Andrea de otros tiempos!

— ¿ Quieres las pruebas? dijo Don Pedro levantándose y poniendo sus manos sobre los hombros de Andrea.

— Sí, las exijo por la amistad que Vd. nos profesa.

— ¿ Estás dispuesta á todo?

— Á todo.,

— ¿ Quieres seguirme? ¿ Quieres acompañarme esta noche á un baile de máscaras?

Andrea no contestó, se agarró la cabeza con ambas manos y permaneció largo rato silenciosa. Luego levantando la frente, con ira dijo :

— Comprendo : ¡ quiero verlo por mis propios ojos !

— Esta noche ~~mi~~ mujer y yo te acompañaremos. Es necesario que nadie lo sepa, ¡ ni tus padres !

— Haré lo que Vd. me diga.

Don Pedro y Andrea convinieron en la hora y manera de salir de la casa sin ser sentidos.

A las 12 $\frac{1}{2}$ de la noche tres personas disfrazadas con dominos y caretas negras entraban en el teatro de la Ópera.

Eran Don Pedro, su esposa y Andrea.

Ésta, apoyada en el brazo de Don Pedro temblaba como una azogada.

Aquel bullicio, aquella vocinglería, aquellos gritos y dicarachos, aquel mundo de máscaras y vestidos de todos colores, la música, las bromas, el baile, todo eso era desconocido para la pobre hija de Don Santiago Quillango.

Pero el orgullo herido da fuerzas á la más débil de las mujeres.

— Valor, le dijo al oído Don Pedro.

— Lo tengo : ¡ vamos, quiero verlo !

— ¡ Allí está !

— ¿ Dónde ? ¿ dónde ?

— En aquel palco.

— ¿ Y esa máscara que está á su lado ?

— ¡Es una máscara! murmuró Don Pedro irónicamente.

— ¡Vamos á hablar!

— Sería imprudente.

— ¡Quiero hacerlo!

— Espera..... más tarde, cuando yo te lo diga y en la ocasión precisa.

Efectivamente á las 2 de la mañana en el Café de París y en la misma mesa que la noche anterior, Don Pedro y las dos mujeres se sentaron.

Momentos después entró Daniel con su compañera, sus amigos y las compañeras de éstos.

Ocuparon la mesa inmediata y entre las mismas risotadas de la noche anterior se dirigieron al grupo de los dominos negros.

— ¿Qué tal mascaritas, se han divertido? les preguntó Daniel queriendo trabar conversación.

— Algo, dijo don Pedro en su voz natural.

— Alguna cosa, agregó la esposa de aquel también en voz natural.

— ¡Bravo! gritaron los amigos de Daniel. ¡A la salud de las máscaras que hablan!

— Y de las mudas, terció Daniel sorbiendo una copa de vino y aludiendo á Andrea que permanecía callada.

— ¡Que hable la muda!

— ¡Que diga alguna cosa!

— ¡Que nos cuente su historia! dijo Daniel.

Andrea lloraba bajo el antifaz, mientras sus puños se crispaban de ira.

— ¡Eso, eso es! ¡eso es! gritó don Pedro, ¡que la muda cuente su historia!

— Yo la sé y hablaré por ella si persiste en callar, dijo la esposa de don Pedro.

— ¡Hip, hip, hurra! ¡á la interesante mascarita que nos va á contar una historia en el primer día de carnaval! exclamó Daniel riéndose á carcajadas.

— Á los postres, dijo don Pedro, cenemos por ahora.

Andrea no quiso aceptar el primer plato, que retiró con la mano.

— ¡Y tampoco cena la muda!

— ¡No sólo le falta lengua, sino dientes!

— ¡Respeto á los inválidos!

Don Pedro se rió de buenas ganas, aparentando seguir las bromas.

Andrea siguió imperturbable: había reaccionado por completo y saboreaba el secreto placer de la venganza.

A los postres, la esposa de don Pedro comenzó á contar la historia de Andrea y Daniel suprimiendo nombres.

Pintó á Daniel y á sus amigos, como á unos calaveras del peor género.

Cuando llegó á la despedida del primero en la víspera de un carnaval, Daniel no pudo contenerse y parándose exclamó lívido.

— ¡Yo necesito saber quién eres, máscara!

Sus amigos, como él, estaban demudados: ha-

bían comprendido que se trataba de Daniel y Andrea.

— Te juro que me voy á quitar el antifaz... cuando termine, dijo la esposa de don Pedro.

— No, ya, inmediatamente, vociferó Daniel acercándose con ademán agresivo.

— ¡Alto ahí! exclamó Andrea levantándose : ¡ahora..... habla la muda!

Y se arrancó la careta con rabia.

— ¡Andrea! dijo Daniel dando dos pasos atrás. Quiso hablar y no pudo : de su pálida frente corrían gruesas gotas de sudor y le temblaban los labios.

Vamos, dijo Andrea. ¡Daniel, adiós!

Y salieron los tres dominoes negros dejando don Pedro sobre la mesa un billete de banco y entre las manos del absorto Daniel su tarjeta.

Andrea, una vez en la calle, no pudo resistir por mayor tiempo y se arrojó desolada en brazos de Don Pedro.

— No hay que rendirse, exclamó éste, levantando con decisión la cabeza. Mira que el día asoma, vienen máscaras y te van á ver sin antifaz. Póntelo y vamos.

Andrea se acomodó como pudo el antifaz y tomó el brazo derecho de Don Pedro. En el izquierdo se apoyaba la esposa de éste, valerosa y honrada mujer que había tomado parte en aquellas escenas con una indignación y una cólera que aún estremecían su cuerpo.

Con todo género de precauciones Andrea volvió á

su casa, penetró sigilosamente en ella con las primeras luces del día y al despedirse de Don Pedro y su esposa no pudiendo articular palabra los abrazó con efusión y sollozando.

— Hasta mañana, hija mía. Quizá he sido cruel y te he hecho sufrir demasiado para enseñarte la realidad, pero ahora no dudarás y sabrás proceder. Yo soy así, ya sabes.

Momentos después, Andrea se desplomaba sobre su lecho deshecha en lágrimas.

Cuando serenada un tanto se sentó en el borde de la cama y recostada la cabeza en una mano comenzó á recorrer los sucesos, unos después de otros, cualquiera que la hubiera visto la habría creído con su razón extraviada.

Dilatadas las pupilas, fijos los ojos en el pavimento, contraídas las cejas, pálido, amarilloso el semblante, la inmovilidad de sus músculos parecía acusar un trastorno cerebral.

Era que sus pensamientos y sus preocupaciones, era que sus facultades mentales estaban reconcentradas en un punto : Daniel.

Parecíale á Andrea imposible haber sido objeto de una burla tal. Era todo aquello una ofensa sangrienta que se le infería, era una infamia, una explotación indigna.... Daniel merecía un castigo severo, ejemplar, que no pudiera olvidar nunca.

Y entonces sobrevenían los recuerdos confusos y las esperanzas del pasado.

¿No podría todo aquello ser una broma disculpable? ¿una calaverada corregible? ¿no existiría en el corazón de Daniel un cariño secreto hacia ella? ¿No cometen faltas todos los hombres? ¿Somos acaso seres perfectos? ¿Y el arrepentimiento? ¿y el perdón? ¿y la enmienda? ¿No es posible esperarlo y conseguirlo todo del amor?

En aquel otro orden de ideas Andrea á sabiendas quería engañarse, pero la escena del Café de París volvía á su mente, tenía en sus oídos fijo, claro é hiriente el eco de la voz de Daniel y aun le parecía escuchar las carcajadas de aquellas mujeres de bellos rostros y blancos dientes. Recordaba luego el baile de máscaras, aquel palco en que Daniel se hallaba acompañado de aquella odiosa desconocida. En fin, pensaba en la última visita de Daniel y sus palabras falaces, en su mentido viaje al campo, en la opinión y los consejos de Don Pedro y todo esto aceleraba los latidos de su corazón y le oprimía el pecho angustiosamente.

No era una lucha de fuerzas iguales la que Andrea sostenía entre su corazón y su cabeza. Su corazón herido en la cuerda delicada del noble orgullo, se sentía indignado contra Daniel, se sentía inclinado á la venganza, se sentía vejado y sediento de reparación á la vez.

El juicio severo, la observación tranquila y la reflexión constante sobre todo lo pasado, afirmaban los movimientos sensibles del corazón.

No era pues en el fondo una lucha con respecto á la conducta de Daniel la que sostenía Andrea para sus adentros.

La lucha era entre su amor y la ofensa, entre el cariño y el desengaño, entre el instinto apasionado y la burla sangrienta. Era siempre el amor buscando reciprocidad y compensación aun en medio de las lágrimas del infortunio.

Andrea sacudió al fin la cabeza como quien resuelve una situación por un acto de energía.

Y efectivamente, la resolución estaba adoptada con verdadera decisión. Juró el olvido.

VII.

El lector puede imaginarse la estupefacción en que quedaron Daniel, sus amigos y las máscaras.

Cuando reaccionando Daniel volvió á su asiento queriendo reanudar la alegría, halló tal frialdad en sus compañeros que no atinó á otra cosa que á tomar la tarjeta que había arrojado sin leer sobre la mesa. Tenía el nombre de D. Pedro Gómez, y la calle y el número de su casa.

Los amigos de Daniel tartamudaron algunas palabras y pidieron postres y café de mal humor.

Las mujeres, enojadas á su vez con Daniel le increparon duramente su conducta, haciéndole objeto de punzantes burlas.

La rabia y el despecho agitaban el corazón de Daniel.

— Concluamos, dijo. Y llamó al mozo que los servía para abonar la cena. Hecho esto, Daniel tomó su sombrero y salió precipitadamente.

— ¿Me dejas, Daniel? preguntó levantándose airada su compañera de las máscaras.

— ¡Al diablo todas vds.! gritó Daniel sin dar vuelta la cara.

— ¡Eres un villano! vociferó la mujer arrojándole una botella de vino que se estrelló en un espejo.

Daniel se volvió lívido.

El escándalo se había producido. Los gritos de las mujeres, los insultos dirigidos á Daniel, las palabras de éste y sus amigos que le increpaban á su vez su conducta, formó tal algarabía que los demás que cenaban hicieron círculo, y agregaron sus burlas y rechiflas á la escena.

Daniel salió de allí rompiendo con sus amigos, con su nombre en la picota del escándalo, en una de esas terribles situaciones que suelen precipitar al hombre á los últimos extremos.

Las iras de Daniel necesitaban reconcentrarse en algún ser viviente y recordó á don Pedro y estrujó su tarjeta y juró vengarse del que le había tendido aquella red.

Descompuesto el semblante y febriciente, llegó á su casa y se arrojó vestido sobre el lecho.

¿ No estaba vengada Andrea?

Aun no, aun debía Daniel soportar crueles dolores.

En medio de la confusión de ideas y de ese malestar profundo que causa una lucha sostenida con los dolorosos recuerdos del pasado, el sueño lo venció.....

VIII.

Cuando despertó Daniel eran las dos de la tarde. Quiso incorporarse y no pudo hacerlo: sentía pesados y doloridos los párpados, ardiendo la cabeza, seca la lengua y anhelante el pecho.

Haciendo un gran esfuerzo pudo alcanzar una campanilla que agitó nerviosamente y cayó de espaldas en la cama.

Acudió el sirviente y se acercó agitado á la cama.

Daniel le miró con ojos inyectados de sangre y balbuceó apenas:

— Un médico.

Corrió el sirviente, dió sus órdenes y volvió al lado de la cama consiguiendo con gran dificultad desnudar y acomodar al enfermo.

Daniel vivía en una casa pequeña que sólo ocupaba él, una vieja cocinera y su sirviente.

Su madre y su hermana, dos excelentes mujeres, una pura virtud, otra pura inocencia, vivían pobremente en un barrio apartado, garantizando la subsistencia de ambas una exigua pensión acordada

á la viuda por los buenos servicios militares prestados en vida por su marido.

Un día en que la madre quiso obligar á Daniel á una vida regular, éste se sublevó y tomó casa, haciendo en la de su madre una corta visita todos los días.

La madre de Daniel supo pronto la enfermedad de su hijo. La vieja cocinera que fué en busca del doctor Pirovano pasó luego á casa de aquélla y le avisó la triste nueva.

La pobre madre, que tenía puesto su cariño en aquel hijo único que tantos disgustos le había costado, corrió á la casa del enfermo.

Era la primera vez que subía aquellos escalones y lo hizo saltándole el corazón dentro del pecho, agarrándose temblorosa al pasamano, porque creía des fallecer á cada momento.

Así llegó, apenas y vacilante al cuarto de su hijo, arrojándose desesperada sobre él y cubriéndole de besos.

— ¿Qué es eso Daniel? Hijo mío, ¿qué tienes?

— No es nada, madre, dijo Daniel con voz apagada.

— ¿Cómo no es nada? Pero hijo, tú te buscas estas cosas, te apartas de tu madre y tu hermana, vives solo y llevas una vida...

— ¡Madre, perdón! murmuró Daniel.

— ¿Y cuándo no estás perdonado? Pero esto no puede seguir así; tú tienes que volver sobre tus

pasos, volver á tu madre, á esta anciana, Daniel, que te idolatra.

— Madre, volvió á murmurar Daniel sollozando.

— ¡No llores, hijo de mi alma! Vaya, entereza, estás enfermo y va á venir el médico. En esta pieza hay mucha luz y mucho calor y.... ¡qué desorden!

La noble mujer serenó su semblante y asumió su rol de madre y dueña de casa. Dió orden de sacar una porción de objetos que estaban mal desde que ella entró en aquel cuarto.

— Llévate esos adornos, dijo en voz muy baja al sirviente; y bájate todos aquellos cuadros....

— Señora...

— Haz lo que te digo sin replicar. Y esos retratos... ¡échalos al fuego! Y esas flores secas, y ese álbum y aquellas tarjetas sueltas guárdalas por ahí bien y ¡donde yo no las vea! Trae agua fresca en esta jarra, cambia toallas, quita esos perfumes, lava esa piedra mármol....

Doña Angela, la madre de Daniel entornó los postigos de la ventana, arregló las sillas, corrió las cortinas de la cama y volvió al lado de su hijo que dormía estremeciéndose á cada momento. Una fiebre devoradora encendía sus pómulos, un sonido renco que se escapaba de su garganta acusaba la gran agitación que conmovía su cuerpo.

Por fin anuncióse la llegada del doctor Pirovano.

El noble médico penetró en la pieza y saludó á doña Angela con ese aire preocupado que le es

propio cuando se trata de un amigo enfermo y Daniel había sido un antiguo amigo de aquél.

Examinó á Daniel con gran atención, le tomó el pulso, abrió sus párpados, siempre observando con ojo atento, puso su cabeza sobre el pecho jadeante del enfermo y dijo después guardando el reloj :

— Señora, no es posible asegurar qué es lo que tiene Daniel. Es una enfermedad que se anuncia. Hay fiebre alta y un cuadro de síntomas que sólo señalan hasta ahora una gran perturbación en todo el organismo. Debemos esperar : entretanto recetaré algunas medicinas que tienen sólo por objeto esperar mejor lo que sobrevendrá....

La madre lloraba. Muy tristes pensamientos embargaban su imaginacion.

Ignacio Pirovano que es un hombre de tanta inteligencia como de noble corazón, conoció todo lo que pasaba por el alma de aquella madre desolada, combatida tan duramente por el infortunio y tuvo entonces palabras tales de consuelo y dichas con aquel tono franco y sincero de su carácter, que la pobre madre enjugó sus lágrimas despidiéndose del amigo y del médico con un efusivo apretón de manos.

IX.

La enfermedad de Daniel se declaró al fin : era terrible.

— Es viruela, dijo el doctor Pirovano á los pocos días.

— ¿Benigna? preguntó ansiosa doña Angela.

— Quizá sí, replicó el noble médico, queriendo ocultar la verdad. ¡Pero como no ha sido nunca vacunado!

No pasaron muchos días sin que la viruela comenzara á hacer sus estragos.

La cara y el cuerpo de Daniel se cubrieron de pústulas rojas y la fiebre intensa trajo el delirio.

El enfermo hablaba con acento claro, en voz alta y con esa lucidez propia del estado delirante.

El nombre de Andrea era objeto de los extraños monólogos de Daniel.

Doña Angela que obligó á los sirvientes á dejarla sola junto á la cabecera de su hijo, lloraba amargamente ante las terribles revelaciones del enfermo.

— No, no merezco sino el desprecio, decía Daniel con la vista extraviada y la respiración agitada. Andrea, ¡tú debes maldecirme! ¡Te engañaba, burlaba tu noble corazón, pero eran ellos! ¡era mi vida! era... ¡ah! ¡qué semblante el suyo! ¡cuánta dignidad en la expresion...! ¡mi madre...! ¡Andrea!

Y caía en una somnolencia afligente.

Doña Angela retenía aquellas palabras que llegaban al fondo de su alma.

¿Quién es Andrea? se preguntaba la buena mujer.
¿Por qué dice que merece su desprecio?

De pronto Daniel volvía á levantar la voz :

— ¡Don Pedro Gómez! ¡es el boticario! ¡lo desafiaré, lo mataré! gritaba con rabia. El la acompañaba... me tendió una celada... pero yo lo merecía, yo... ¡yo soy indigno de batirme con ese hombre honrado!

Así transcurrieron varios días, aumentando la gravedad del enfermo.

Una tarde, á oraciones, acababa de retirarse el médico sin dar mayores esperanzas á la desolada madre.

Ésta quedó sola con Daniel que dormía agitado y convulso.

Unos golpes dados á la puerta sacaron á doña Angela del estado de preocupacion en que se encontraba.

El fiel sirviente apareció con una tarjeta en la mano :

— Traen esta tarjeta para usted.

Doña Angela leyó en ella estas palabras : *Pedro Gómez desea hablar con la señora de Campeón.*

— Haz entrar á ese señor á la sala, dijo doña Angela, agitada al recordar que su hijo acababa de nombrar aquel desconocido, mensajero quizá de nuevos infortunios.

La hermana de Daniel quedó al cuidado de éste y doña Angela pasó á la sala.

Al saludar á don Pedro, una sola mirada de investigación tranquilizó su espíritu. Halló en aquel semblante esos rasgos que anuncian un carácter noble y franco.

Don Pedro sin mayores preámbulos, luego que supo el estado real del enfermo, dijo :

— Pues bien, señora, yo no soy un desconocido para Daniel. Ya ve usted, me nombra y con palabras entrecortadas dice que soy un hombre honrado. Lo soy, señora : su hijo de usted me hace justicia. Usted ha de sospechar que algo terrible ha pasado entre nosotros, que hay una especie de misterio en el que va envuelto mi nombre y yo quiero, yo necesito, yo exijo de usted que me escuche con calma, con toda aquella que es posible que tenga en los tristes momentos porque está pasando.

— ¡He sufrido tanto, señor!

— Lo sé, señora, lo sé y no está en mi mano el impedir que sufra usted hoy mismo ; porque es necesario que usted sepa todo lo sucedido. Seré breve. Daniel, señora, fué presentado á casa de un buen amigo mío, que tiene tres hijas, una de las cuales decía que interesaba su corazón.

Mi amigo es un hombre infeliz, incapaz de hacer mal á nadie, pero también incapaz él como su mujer y sus hijas de interesar absolutamente, ni por su educación, ni por su trato, ni por sus hábitos. Ignorantes, sencillos hasta lo grotesco, ricos pero sin saber gastar el dinero, vivían en un aislamiento tal, que ignoraban completamente todos los goces de la capital, y no aspiraban á otra cosa que á vivir tranquilamente.

Pues bien, señora, á aquella familia se presentó

Daniel. Usted, madre, mujer de experiencia, comprenderá desde el primer momento que no había puntos de contacto entre Daniel y la familia Quillango...

— ¡Por supuesto!

— No era, pues, una simpatía lo que llevaba á Daniel allí, era, señora, simplemente el interés : Daniel buscaba un enlace que lo hiciera rico.

— Señor, considere usted el estado de mi hijo y el mío en estos momentos : ¡no me mortifique usted más!

— Es necesario, señora : yo he venido á darle á usted una explicación porque quiero solicitar de usted una gracia, un servicio... Escúcheme usted.

Don Pedro narró punto por punto todas las peripecias pasadas hasta llegar á la transformación operada en Andrea. Doña Angela se levantó varias veces para ir al cuarto de su hijo y observarlo.

— ¿Cómo se encuentra? preguntó una vez don Pedro.

— Está calmado : ahora duerme. Continúe usted y pase por mí este cáliz. ¡Esa pobre muchacha me ha interesado el corazón!

— ¡Ah! ¡señora y si usted la hubiera conocido antes como yo! Era torpe, ineducada, sin la menor instrucción, sin el mínimo interés, tan pobre de físico como de apocado espíritu. Ella no conocía otro mundo que el círculo estrecho de la vida prosaica de su familia : fué Daniel el que abrió á su inteligencia

horizontes desconocidos ; fué Daniel el que hizo vibrar la fibra adormecida de una exquisita sensibilidad : fué Daniel el que hizo nacer en aquel corazón el amor con todas sus grandes aspiraciones y su sed de impresiones generosas y sinceras. ¿Cómo resistir, aquella pobre niña, á las seducciones de Daniel, su hermoso hijo, de mirada brillante y palabra fácil?

— ¡Pobre Andrea!

— Sí, señora, pobre, porque era engañada, porque ella misma lo vió por sus ojos enrojecidos ya entonces por el llanto.

Doña Angela escuchaba aquella relación con el gesto de la más grande sorpresa en el semblante.

— ¿Y Andrea fué con usted? preguntó cuando llegó el momento en que Don Pedro contaba su proposición para asistir al baile de máscaras.

— Fué, sí señora, porque yo necesitaba que ella misma recibiera el golpe del desengaño : entre un casamiento sin cariño ó un desengaño terrible, prefería el desengaño. Yo quiero mucho á Andrea, señora.

— La quiero yo, sin conocerla, exclamó doña Angela con los ojos arrasados en lágrimas.

— Y más la querrá usted cuando sepa todas sus desventuras y cuando... la conozca, si usted alguna vez quiere honrarla con su amistad y sostenerla con su consejo.

Don Pedro, con la voz emocionada, siguió narrando los sucesos. La pobre madre no pudo soportar

el desenlace y doblándose su cabeza como el árbol bajo el peso de la tormenta, se cubrió la faz con ambas manos en la actitud de la más profunda desolación.

— ¡Ah! señora, ¡cuánto sufro yo también! Pero es el destino y... el deber, los que me han traído aquí. Andrea desde aquella horrible noche, resignada aunque llorosa y abatida, tiene enferma el alma.

— ¡Ah! ¡lo comprendo señor!

— Ya no es aquella muchacha habladora, ligera, torpe é ignorante, pero ya no es tampoco la Andrea feliz que cifraba toda su dicha en los trapos y zaran-dajas ridículos con que cubría su cuerpo.

— ¡La pasión lo transforma todo!

— Todo, señora, es verdad : y ya he podido observar-lo cada día, cada hora, cada momento, porque soy el compañero, el amigo, el verdadero padre de Andrea!

Don Pedro no pudo contener dos gruesas lágrimas que rodaron por sus mejillas y que estremecieron el corazón de la pobre madre.

— ¿Y qué puedo hacer yo en estos momentos?

— Un gran bien, señora, dijo D. Pedro, poniéndose de pie.

— Diga Vd.

— Permitir la entrada de Andrea en el cuarto de su hijo : darle á aquella alma lacerada el consuelo inefable de acompañar al ser que se ama ; permitirle á una mujer honrada, á una niña humilde, pero

buena, tierna, generosa que sea la hermana de caridad de un enfermo postrado por una dolencia terrible : aceptar esta prueba del más puro y más grande de los amores ; levantar de su postración á ese ser indefenso que el mismo Daniel hizo víctima de sus extravíos ; compensar, señora, á Andrea Quillango, darle fortaleza á mi pobre hija estrechándola Vd. entre sus brazos, madre virtuosa, noble viuda, mujer abnegada ! ; Señora : yo se lo pido á Vd. de rodillas, si es necesario, deje Vd. que Andrea la acompañe en estas horas de amargura !

Doña Angela, con la frente levantada, cubierto el rostro de lágrimas, tendió sus dos manos á D. Pedro que las estrechó con efusión.

— Señor, dijo, traiga Vd. á Andrea ; que venga pronto aquí, la espero. ¡ Oh ! ¡ bien merece mi cariño y mis consuelos !

D. Pedro salió ebrio de gozo.

Su misión estaba cumplida : iba á llevar á Andrea una respuesta satisfactoria á su cariñosa demanda.

X.

Transcurrieron muchos días. El estado de Daniel era cada vez más grave.

En tan poco tiempo ; cuánta transformación ! Aquel cuerpo escuálido, aquel semblante despedazado por las viruelas, aquellos ojos enrojecidos, parecían que no podían inspirar interés alguno ya sobre la tierra.

Pero á la cabecera del enfermo velaban constantemente dos mujeres que seguían anhelantes la respiración agitada de aquél.

Eran Doña Angela y Andrea : era la madre, con el corazón puesto en el hijo, y era la mujer que ama y se identifica con el sér amado ; eran las dos grandes pasiones de la vida ; la pasión de la madre y de la esposa : era siempre la pasión del espíritu que no ve carne enferma en el cuerpo postrado ; eran dos mujeres abnegadas que se fortalecían con las miradas, eran dos amores que se completaban, y se confundían sin celos ni temores.

¿ De qué no es capaz el corazón de la mujer ? ¿ Qué fuego sagrado la alienta cuando vela por el padre, por el hijo, por el esposo, por el hermano ?

¿ Quién no ha sentido sobre su frente en medio del malestar de la fiebre el ósculo maternal ?

¿ Quién no ha sentido en su mano en medio de los grandes dolores físicos ó morales la dulce presión de otra mano amiga, de la esposa, la madre, la hija ó la hermana ?

¿ Quién no ha escuchado esas palabras de inefable consuelo que sólo brotan de los labios de una mujer ?

¿ Quién no ha visto en las horas tristes de una larga enfermedad, cuando se entreabren los ojos perdiéndose la cuenta de las horas, quién no ha visto una mujer rezando ante el lecho, con el semblante sereno, y la mirada levantada al cielo ?

¡ Ah ! sólo los malvados sin hogar y sin vínculos, sufren abandonados, sin el auxilio y el consuelo de esos ángeles de la caridad.

Así, en medio de aquellas largas veladas, Doña Angela y Andrea, se comprendieron, estrecharon amistad, se hicieron confianzas íntimas, y fundieron sus almas en una sola aspiración : ¡ la salud del enfermo !

XI.

Una noche, Daniel abrió los ojos de una manera particular : podía decirse que era la primera vez que *miraba* desde que se agravó su enfermedad.

Andrea al observarlo se retiró sigilosamente del lado del lecho, escondiéndose tras de las colgaduras : temía una fuerte impresión de parte de Daniel.

Éste echó una mirada á su alrededor.

— Madre, dijo con voz débil, ¿ quién estaba aquí ?

— Nadie, hijo. — ¿ Cómo te sientes ?

— Ahora muy bien : es como si despertara de un sueño y juraría que he visto á mi lado á...

Y el enfermo se detuvo.

— ¿ Á quién Daniel ?

— Á una mujer, madre, ¡ que amo !

Aquellas palabras fueron pronunciadas con cierta exaltación. Doña Angela no supo qué decir.

— Quiero hablar con Vd., madre.

— Después, Daniel, no te esfuerces, te va á hacer mal.

— No, ahora mismo, mañana quizá...

Y suspiró angustiosamente.

La pobre madre se inclinó sobre el lecho y oyó de boca de su hijo enfermo la revelación de su amor.

— Hoy, decía Daniel, que estoy postrado y quizá para siempre, ¡yo quiero que sepa Andrea que la amo! En medio del delirio sin tregua, su imagen me ha acompañado, madre; he oído su voz, he escuchado palabras de consuelo; ¡mi alma se ha identificado con la de Andrea!

Ésta lloraba silenciosamente: jamás había experimentado su alma mayor felicidad: ¡era amada de Daniel!

Inútiles fueron los esfuerzos de Doña Angela para serenar al enfermo.

— Yo iré, dijo la madre, y mañana vendrá esa niña.

— Mañana no: ¡ahora! ¡ahora mismo! ¡quiero verla! ¡quiero hablarla! ¡ah! ¡y en qué estado va á encontrarme! Madre: este último favor: ¡que venga Andrea!

— Te prometo que la verás esta noche.

Daniel estrechó agradecido la mano de su madre.

Doña Angela salió del cuarto haciendo una ligera seña á Andrea para que permaneciera oculta.

El enfermo cerró los ojos y se quedó dormido. Entonces salió Andrea del cuarto cayendo luego en brazos de Doña Angela que murmuró á su oído: ¡hija mía!

Doña Angela envió á buscar al Dr. Pirovano que llegó pocos momentos después. Enterado en todos sus detalles de lo que pasaba, examinó al enfermo y le halló bajo la impresión de una reacción saludable.

— Hay mucha menos fiebre y síntomas de una notable mejoría, dijo : pero el estado es siempre muy delicado.

Daniel dijo á su amigo que no le impidiera llenar su deseo.

Todos los empeños fueron inútiles y á las objeciones de su estado deplorable, de su aspecto y por último del contagio de la enfermedad, exclamó con voz alta y en tono resuelto :

— Ahora ya no lo pido : lo exijo. Perdónenme, pero temo que mañana sea tarde.

XII.

El lector puede imaginarse todo lo terriblemente conmovedor de la escena que sobrevino, cuando tuvo lugar la entrevista entre Daniel y Andrea.

Por más esfuerzos que ambos hicieron la impresión fué profunda para los dos.

— ¡Andrea de mi alma!, exclamó Daniel al verla : antes que nada una sola palabra de Vd., ¡perdóneme!

Andrea no pudo hablar, corrió al lado del lecho y tomándole una mano la besó con pasión.

Quiso el enfermo retirarla sin poder conseguirlo y dijo :

— ¡Su perdón Andrea!

— ¿Perdonar yo? ¿perdonarlo á Vd? ¡á mi Daniel, que estuvo siempre perdonado!

— Gracias, noble amiga. ¡Y aun en este estado me lo dice! ¡y no huye de mí! ¡y besa mi mano enferma y contagiosa! Madre, basta, abrace Vd. á su hija y llévela de aquí. — Que no se despidá de mí: ¡me faltan las fuerzas!

XIII.

Seis meses después Andrea y Daniel se unían para siempre con los sagrados lazos del matrimonio.

La enfermedad había dejado en el rostro de Daniel aquellas señales indelebles de las viruelas.

No era el Daniel turbulento de otros tiempos: era á su vez el Daniel transformado por el amor, y los sentimientos nobles: por eso brillaba en sus ojos esa luz extraña del espíritu que ha vencido á la carne.

¡Así se completaron y transformaron dos seres que parecían nacidos para no entenderse ya jamás!

DOS TIPOS DE VIRTUD.

I.

Su rostro era enjuto, la nariz afilada, la boca hundida, la barba prominente. Sus ojos eran pequeños, pero llenos de inteligencia y de vivacidad; su frente despejada, con algunos pliegues severos que estrechaban duramente las cejas; su cabello escaso y blanco, siempre partido al medio, y naturalmente llevado á un lado y otro por detrás de las orejas.

Tenía los pómulos salientes y era el color de su tez amarilloso.

En su semblante se reflejaba la tristeza y la austeridad á la vez, como que había asistido, durante los ochenta años de su vida, á las grandes escenas de la historia patria y á todas las vicisitudes soportadas por nuestra familia.

Era de encantar el oírle hablar y discurrir. Su memoria era prodigiosa, y recorría con su imaginación el pasado, con una precisión asombrosa, fijando fechas, recordando nombres, explicando hechos, describiendo trajes, colores, paisajes, fisonomías, incidentes, sin olvidar el mínimo detalle.

Conocieron y trataron á San Martín, á Belgrano, á Rivadavia, á Moreno, á todos los héroes de nuestra independencia, y la más anciana describía sus fisonomías, su porte, sus trajes, con tal entusiasmo y exactitud tal, que en sus rápidas revistas de hombres y sucesos, en que perfilaba con gran talento las épocas históricas, uno veía, oyéndola embebido, desfilar ante sí las sombras venerandas de nuestros próceres.

III.

Aquellas dos existencias, aquellas dos almas, se habían comprendido en todo su intenso valor, y la intimidad estableció entre ellas algo más que el vínculo de la fraternidad : el vínculo de la virtud, del cariño más acendrado, de la más profunda simpatía.

No era una sola alma la de aquellos dos cuerpos, porque era imposible la refundición de dos almas en una, cuando cada una de éstas tenía su vida propia, su destino, sus aspiraciones distintas.

La una era el alma que animó el corazón y el brazo de los héroes argentinos.

La otra, abnegada también, noble, patriótica, era el alma de la mujer argentina, llena de bondad y mansedumbre, fuente inagotable de los más generosos sentimientos.

Aquella tenía en sí misma la inspiración y la

fuerza ; ésta necesitaba el amparo y la protección de la otra.

La primera se levantaba sola y desplegaba su vuelo en la atmósfera del pensamiento ; la segunda se fortificaba y consolaba en la oración.

Las dos se completaban, y unidas animaron aquellos cuerpos en la vida, recibiendo la una el valor de la otra, el aliento, el ímpetu, la fortaleza que le faltaba.

Así, cuando la anciana patriota sucumbió, la ciega se dobló ante la desgracia, como la débil planta á que falta repentinamente el tronco en que se enlazaba. Alma huérfana, sobrevive á aquella pérdida, esperando el momento en que Dios haga indisoluble en la eternidad el vínculo que las unió en la tierra.

¿Cómo cruzaron aquellos dos seres el camino de la vida?

Apoyados el uno en el otro, sufriendo, luchando, resistiendo los embates del infortunio, haciendo el bien siempre, sin haber dejado en la larga ruta recorrida, ni una queja, ni un daño casual, ni siquiera una antipatía.

IV.

En su hogar se respiraba la atmósfera de pureza de los templos.

Aun existe en la calle Reconquista, transformada

un tanto, pero no mejorada, la casa que habitaron durante largos años.

En aquella casa que fué de propiedad de la anciana ciega hoy, debieron las dos cerrar sus ojos á la luz de la vida.

Por qué no ha sucedido así, lo sabrá pronto el lector y con asombro.

La casa aquella era de apariencia modesta; estaba amueblada humildemente y era cómoda.

Colgaban de las paredes de la sala algunos cuadros.

Entre ellos tenía lugar preferente el de D. Esteban Echeverría, amigo antiguo de las ancianas, retrato hecho al lápiz por Pellegrini.

Las habitaciones interiores tenían sus respectivos muebles, que eran bien antiguos de caoba, un tanto oscurecidos por el uso y la acción del tiempo. En ellos no se sentaba jamás el polvo, tan cuidados estaban constantemente.

No faltaban en los dormitorios sus imágenes de santos colgadas en la cabecera de las camas, y algún toro recostado en la pared, sobre la cómoda cuadrada, maciza, sólida, de pies mal torneados pero firmes, vetusto mueble con tiradores de bronce y adornado de filetes del mismo metal.

Aquel santo de sobre la cómoda estaba casi siempre alumbrado por una vela.

¡Bastantes veces la encendieron las ancianas para tal ó cual examen de los sobrinos!

Las habitaciones daban á un patio irregular, enladrillado, lleno de tinas y macetas con plantas.

Las flores fueron siempre una pasión de las viejecitas, y hasta en este cariño revelaban una tendencia propia de su carácter, inclinándose naturalmente á las flores criollas ó predilectas de los argentinos.

El jazmín del país, doble, la madre selva, el heliotropo, el reseda, la mosqueta, la diamela, constituían la base del pequeño jardín.

Sus dueñas tenían las manías de su época. La mosqueta para la ropa, para los floreros, para el té ó para el mate.

Las rosas que se envejecían en las vasijas, no se deshojaban sobre el suelo. Siempre había una mano que juntaba las hojas y las encerraba en una botella. Allí esperaban la primera languidez ó calambre del estómago para ir al agua hirviendo, que era la infusión patriarcal, remedio seguro y eficaz para todas las dolencias del aparato gastro intestinal. En aquellos tiempos no se conocía las *Hesperidina*, ni se tenía noticia de lo que era cólera ó fiebre amarilla.

De aquel jardín salían para la vecindad casi diariamente ramos ó bandejas de flores de una fragancia exquisita. Hoy se han perdido aquellos obsequios caseros, llenos de sinceridad y de franqueza. Ahora es necesario, para quedar bien, un ramo de *pie*, armazón vanidosa de paja ó alambre, cubierta de

flores vistosas pero sin perfume, y que se secan llenas de tristeza en veinticuatro horas.

Por entre las plantas pasaban y repasaban las viejecitas. No había rosal con bichos, ni planta enferma que no curara la mano práctica de sus dueñas.

De las paredes del patio pendían las hermosas coronas de flores del aire, y las botellas ó fragmentos de éstas en que se encerraban los memorables troncos ó gajos de jazmín del Cabo, que echaban allí sus brotos y á su tiempo pasaban sin sentirlo á los cajones, macetas y tiestos de lata, barro ó madera, que abundaban en el jardín.

En el segundo patio piaban sobre la negruzca tierra los polluelos, alrededor de espléndidas gallinas, y sobre el gallinero de cañas y palitos mal atados, cantaba erguido el hermoso gallo criollo — sin que faltara por allí su charco de agua bordado de patos y patitos; y haciendo coro, en una media docena de jaulas, los alegres canarios y cardenales.

En aquel patio jugaron muchas veces muchos que hoy son abogados, médicos, militares, hacendados. Del colegio caíamos allí á menudo, y con la felicidad inconsciente en el alma y el vigor en los músculos, deshacíamos nuestras pilas de cocos, enviando diestramente desde larga distancia, el tejo de plomo ó la piedra que iba á hacerlos saltar en forma de lluvia.

De aquel segundo patio se pasaba á la huerta, huerta típica, como las dueñas de la casa.

¡Qué frutas las que allí había! Como aquellas

parras y duraznos, como aquellas peras de agua, manzanas, damascos, guindas y nísperos, no he vuelto á ver en mi vida.

Los parrales cargados de uvas, los árboles llenos de sazónada fruta, parecían agobiados por el peso de su preciosa carga.

¿Por qué ha acabado toda aquella esplendidez primitiva; aquellos históricos duraznos del tamaño de una manzana, con un vello espeso, pintados de rojo y de hendedura profunda: aquellos duraznos priscos, blancos ó amarillos, cuya cáscara sonaba de una manera particular al tajo del cuchillo puntiagudo, y que al ser divididos en cascós, dejaban correr por los dedos el sabroso jugo, de un aroma exquisito, deshaciéndose en la boca como una agua deliciosa, y dejando el sabor á durazno en el paladar por tanto tiempo?

¿Tendrían razón mis tías viejas cuando afirmaban á cada rato que los tiempos pasados eran mejores que los presentes? ¿Tenían razón cuando miraban con verdadera antipatía á los italianos vendedores de frutas, y juraban que ellos harían perder la fruta criolla, arrancándola verde del árbol, para hacerla madurar al sol después?

Estas reflexiones cruzan por mi mente cada vez que veo esa degeneración de nuestra fruta, esos pelones, damascos y duraznos descoloridos y raquíticos de que los vendedores llevan atestados sus canastos, y que recuerdan esos seres débiles y en-

fermizos que se adelantan á la vida para encontrarse con la muerte.

Los duraznos de la huerta que acabo de describir, son por más de una causa eternamente memorables para mí.

¡ Qué tiempos aquellos de dulce tranquilidad !

¡ Qué tiempos de inmensa felicidad, sin ese *mañana* incierto que nos amenaza hoy á todos los que en aquella huerta trepábamos entonces á los árboles, sacudíamos las ramas y hacíamos caer la fruta como una lluvia sobre el suelo, devorando en sazón, veinte, cincuenta duraznos que no hacían daño jamás, comidos que fueran antes ó después de tomar la leche ó cualquier otro alimento, lo mismo de día que de noche !

V.

Pues bien, aquella mansión de la paz suprema, de la felicidad completa, aquellas habitaciones humildes, donde se respiraba tanta virtud como modestia ; aquel jardín perfumado por jazmines, heliotropos, mosquetas y madreselvas ; aquel huerto de duraznos, peras, damascos, brevas y uvas ; aquella casa de doce varas de frente con sus dos ventanas anchas, su maciza puerta y su fondo completo, le fué arrebatada á las ancianas en breves días.

Un día se presentó una mujer agitada y descompuesto el semblante, derramó lágrimas, estrechó en

sus brazos á la hermana que sobrevive, y en medio de aquella escena dramática pidió un señalado servicio y apeló á la amistad, invocando los nobles sentimientos de aquel buen corazón.

Era una amiga á quien amenazaba una ruina inmediata, desgracia que podía evitar la anciana; así lo decía ella.

¿Quién golpeaba aquellas puertas en el nombre de Dios que no hallara techo y protección?

¿Quién pidió algo de lo que allí había que no lo obtuviera en el acto?

Aquellas lágrimas arrancaron otras; la anciana sufría horriblemente.

La propietaria de la casa otorgó lo que se le pedía; un préstamo hipotecario sobre la finca, y esto sin consultar á la otra hermana, ¡ellas que todo se lo contaban, que no se ocultaron jamás cosa alguna!

Era que así lo había pedido la *amiga*; y elegida la hermana débil, sin el coraje ó la profunda experiencia de la otra, lo consiguió todo de ella. Se trataba de evitar una ruina, desgracias, pobrezas, lágrimas, y se entregó la única propiedad que tenían: la casa memorable, el rincón de la vejez, el único bien que les quedaba sobre la tierra.

Cuando la anciana balbuceó la historia del servicio, fué cuando todo estaba consumado y perdida toda esperanza de recuperar el bien gravado, el cual iba á desaparecer para cubrir con su importe el préstamo levantado.

¡ Cuántos afanes entonces, cuántas lágrimas, cuánto sufrimiento!

Recuerdo como si fueran ahora los días amargos pasados por nosotros, las agitaciones, los esfuerzos y diligencias inútiles.

Un abogado en aquel tiempo hizo esfuerzos inauditos por conjurar la tormenta desencadenada sobre aquellas dos cabezas venerables; y trabajó mucho y laboriosamente en el asunto, consiguiendo atenuar un tanto la rudeza del golpe. Cuando se trató de la recompensa de este trabajo, el abogado que menciono y cuyo nombre lucha por escaparse de mis labios, no quiso señalarla ni admitir ninguna. La terrible desgracia de las ancianas tocó el corazón del que hizo tanto por ellas entonces.

Inútil me parece decir que hubo necesidad de vender la casa : hubo necesidad de sacrificarla á la usura y la avaricia aunadas.

La compró á ínfimo precio un señor ricacho que conocía á fondo todo lo pasado, pero cuyo corazón no se comovió en una sola de sus fibras ante tanta desgracia. Al contrario, exigió, puso condiciones, y el gran señor de campos y ciudades compró la finca cuando ya las horas para su venta eran contadas.

¡ Desgraciados los ricos que multiplican su fortuna comprando á vil precio las cosas de los arruinados! Ellos especulan con provecho, es verdad, pero entre las lágrimas y los sollozos de los desgraciados.

¿Á qué decir lo que sucedió después? Las ancianas salieron un día de la que fué en casa, para no volver á ella jamás; la una deshecha en lágrimas, abatida, con la desesperación en el alma, abandonada en brazos de la otra como una agonizante. La otra sosteniendo y confortando; pero con el corazón despedazado.

VI.

Aquel golpe anonadó á las ancianas por completo. Sus semblantes se anublaron para siempre, y resignadas con esa resignación santa de las almas virtuosas y bien templadas, no pronunciaron jamás ni el nombre de aquella mujer, ni la mínima queja contra ella. Si alguna vez hablábamos de la ingratitud y el olvido en que las tenía, ellas callaban y bajaban la cabeza.

Un día en que la nombré con ira, la anciana, ciega hoy, me interrumpió diciéndome: « No te acuerdes de ella así. ¡Desgraciada! ¡El cielo la perdone como la perdono yo! » Quedé abismado ante aquella sublime abnegación. Era el perdón bíblico á las ofensas que nos infieren nuestros semejantes.

La anciana es ciega, lo he dicho varias veces; completamente ciega.

La pena que doblgó aquella cabeza venerable trajo el insomnio, las lágrimas, las preocupaciones y cavilosasidades consiguientes.

La anciana fuerte, de alma enérgica y carácter varonil, hizo frente con la cabeza levantada á la tormenta del destino.

La otra se entristeció y se replegó en sí misma como la sensitiva. Las cavilosas y el llanto la enfermaron; sus ojos enrojecidos se inflamaron y cayó enferma gravemente.

Aquella larga enfermedad, consecuencia del brusco cambio de vida sufrido y de lo terrible del golpe asestado, la dejó ciega.

Las sombras con que su imaginación poblaba los espacios se estrecharon y condensaron en su torno, y le hicieron tenebroso el resto del camino de su vida.

Pero no sucumbió : en aquella alma había esa fuerza vital incontrastable de la fe y la resignación cristiana.

La ciega desde aquel día se refugió en la oración, y sus ajadas manos estrecharon ya constantemente las cuentas del rosario.

Fué necesario caminar, y sin quejarse, resignada como siempre, se deslizaba de una á otra pieza buscando, con un bastón por guía, el camino que la llevaba á sentarse junto á la otra hermana que, silenciosa, pero valiente, la contemplaba con el alma enferma de tristeza.

Una vez tuvimos la esperanza de conseguir que aquellos ojos queridos volvieran á ver la luz del cielo, las flores y los semblantes de los seres predilectos.

Un hábil facultativo la examinó con detención y declaró posible y fácil la operación. Se trataba de la extirpación de dos cataratas. Le pedimos á la ciega que se prestara á la cura; titubeó, tuvo miedo, pero pensó en Dios y consintió llorando.

La operación fué hecha perfectamente y con toda felicidad. La mano hábil del cirujano procedió con notable acierto, y fué extirpada la catarata de un ojo.

Pero no fué posible alcanzar el éxito esperado, que hubiera sobrevenido naturalmente. Un golpe casual que ella misma se dió sobre los ojos le trajo una inflamación grave que se hizo incurable y que acabó por dejar seco el ojo operado. ¡No se secaron sin embargo las fuentes del llanto que siguió derramándose de aquellos ojos!

Desde entonces, la anciana ciega se entregó á su destino y ha vivido hasta hoy entre las más densas tinieblas.

Las dos hermanas arrastraron una vida de pobreza y de angustias.

En la desgracia, los vínculos de nuestro parentesco nos ligaron más y más.

Fué en esa intimidad de vida, en esas constantes y largas conversaciones sostenidas con la que hoy ya no existe, que comprendí toda la riqueza de aquella inteligencia que brillaba más y más cada día, á pesar de la destrucción física que operan los años en el cuerpo humano.

Su memoria prodigiosa se conservó llena de vigor hasta sus últimos momentos.

Era nuestro libro vivo de la historia, y muchas veces iba con apuntes ó reminiscencias de diversas lecturas, á consultar á nuestro oráculo.

Los ataques de los ingleses, las escenas que tuvieron lugar con motivo de la segunda intentona, la actitud asumida por hombres y mujeres, todo lo contaba ella, brillante la mirada, nerviosa las manos, un tanto encendidos los pómulos de la cara.

Las escenas de mayo, las gloriosas jornadas de la independencia, los sucesos nebulosos del año veinte, Rivadavia, y los hombres de aquellos tiempos, Lavalle, Rosas, la tiranía, la emigración... todo lo recorría con verdad y con un poder de memoria admirable. Cuando llegaba á la época luctuosa de nuestra historia y penetraba en la noche de la tiranía, entonces su voz se apagaba, hablaba con tristeza, y á medida que entraba á los hechos de sangre y las persecuciones, su fisonomía tomaba un aspecto de terror. Y entonces se exaltaba de nuevo y anatematizaba al tirano y sus seides, y era *salvaje unitaria* con todo el ardor y la decisión con que supieron serlo los hombres y las mujeres que no se contagiaron nunca con la viciada atmósfera que se respiraba en torno del bárbaro verdugo de Palermo.

Ella me trazó aquellos cuadros, y exaltó desde muy niño mi entusiasmo y pasión innata por la

libertad y la patria, cuadros que completaban las relaciones de otros parientes, pobres víctimas también de la tiranía, que sufrieron las amarguras de la expatriación, durante veinte años.

Así nació en mí el odio profundo que profeso á los tiranos y caudillos.

Mi anciana tía derramaba en mi alma un consuelo inefable cuando me hablaba del porvenir que les estaba reservado á las nuevas generaciones, encargadas de hacer eternamente duradera la obra llevada á cabo por nuestros predecesores; por los que se sacrificaron durante tan largos años combatiendo por la independencia de la patria; por los que, obreros de la paz, sucumbieron en holocausto de ella; por los que, perseguidos y expatriados, mantuvieron siempre en alto la bandera sacrosanta de nuestras libertades.

Vendrán los años y encaneceremos, y caeremos en la tumba, junto á nuestros padres, pero nuestros hijos recibirán, como un testamento de honor y de deber, la narración oral de los sufrimientos pasados, de los sacrificios hechos por los que nos precedieron.

¡*Las inmundas crías* de los salvajes unitarios renacerán siempre y serán inextinguibles sobre el suelo argentino!

La anciana patriota agobiada y silenciosa en sus últimos tiempos, se encontraba cansada de la vida.

¡*Cansancio de la vida!* : enfermedad sin cura que

se siente en el alma y cuyos síntomas son una profunda extenuación, un decaimiento completo físico y moral. Hay sed de reposo, y se presiente y se anhela el eterno descanso.

Así iba la patriota buscando el reposo eterno. Hablaba poco; sus fuerzas se agotaban; sólo su cabeza privilegiada permanecía vigorosa, despejada, con sus facultades mentales en completo juego.

Al fin la postró un simple resfrío. En aquel cuerpo, seco, descarnado, debía hacer la dolencia grave estrago, y efectivamente, vino la tos continua, se declaró una pulmonía, y durante un mes estuvo luchando con la muerte aquel cuerpo en que se había arraigado profundamente el espíritu vital.

Dominando la situación, y comprendiendo la gravedad mortal de su mal, toda su preocupación era la hermana ciega, cuya aflicción profunda presentía.

El empeño constante de la enferma era halagar á la hermana débil y privada de los medios de ayudar ó ser útil en aquellos momentos.

Por fin llegó el instante supremo. Al doloroso sufrir sobrevino la agonía.

¿Cuáles fueron sus últimas palabras?

Éstas, típicas, textuales, *históricas* :

— « *Quiero que mi mortaja sea celeste.* »

Nos miramos asombrados....

— ¡ *Es mi último pedido.... la bandera.... la patria!....*

Y cerró los ojos para siempre.

.
La ciega, sola, triste, meditabunda, enfermiza,
sobrevive rezando y llorando.

Yo la visito y la beso en la frente, y recibo su
bendición con el respeto profundo que me inspira.

Su casa es un templo.

Sobre su frente brilla la aureola de la virtud y de
la santidad....

. . .

.

UN PASADO FELIZ.

EL CUARTO HISTÓRICO.

Han transcurrido ya muchos años y sin embargo ; cuán vivos están en mi corazón los recuerdos y las escenas de aquella edad feliz !

Éramos un grupo de estudiantes de una edad más ó menos, un grupo de amigos que no sé cómo ni dónde nos conocimos, pareciéndome hoy que databan aquellos vínculos del mismo tiempo que los primeros recuerdos de familia y de infancia.

¿ Cuántos éramos ? No llegábamos á una docena los que formábamos el grupo compacto, amén de las amistades de aula, de vecindad, y casuales de cada uno, y que eran innumerables.

En el grupo de íntimos entraban : Francisco y José María Ramos Mejía, Julián y Alberto Fernández, Bernabe Artayeta Castex, Juan Carlos Belgrano, Eduardo Fox, Patricio Sorondo, Isaís Mendiburo. Florencio Cantilo y el que estas líneas escribe.

Estudiábamos entonces remoloneando todos, quien más quien menos, unos más adelantados, otros remisos, éstos felices en las pruebas de fin de año,

desgraciados los otros, pasando al fin todos por los exámenes como ratas por tirantes.

Estábamos en una constante comunicación; nos veíamos á cada instante, todos los días, á toda hora; formábamos grupos que cruzaban las calles entre ruidosas carcajadas y estrepitosa alegría: íbamos del brazo, codeándonos, empujándonos, cambiándonos apodos, hablando y accionando con ese desgrenaamiento y ese desequilibrio de los miembros propio de la edad y de la despreocupación en que vivíamos y de que hacíamos gala.

Para nosotros el mundo estaba encerrado en el círculo de nuestra amistad, no teníamos otra preocupación que la broma de mañana, la burla de cada momento; el escopeteo de las frases aceradas y de las pullas recíprocas.

Fué para nosotros la juventud, un período de alegría constante, de emociones variables, de espontaneidad, de fraternales lazos, de íntimas confianzas, fué una verdadera primavera florida, de cielo sereno y sol brillante.

Teníamos todo un dialecto propio, verbos que envidiaría la enfática é insoportable Academia española, palabras de un significado inapreciable, argentinismos de estudiantes, con un sabor criollo original; teníamos gestos y señas que valían un mundo, semblantes atentos ó sorprendidos que eran una trampa para los incautos que iniciaban cándidas confesiones ó mentían hazañas, pretendiéndose héroes.

Á este respecto, es inolvidable para nosotros un *rufeteo* (del verbo *rufetear*, qui viene de *Ruffet*), y quería decir » dejar que uno mismo exhiba sus defectos ó debilidades » es inolvidable, decía, un rufeteo magistral á un Lovelace de contrabando que en plena asamblea nuestra, nos hizo una noche las más embusteras revelaciones de sus conquistas.

Por aquel tiempo se había decretado un empadronamiento, no sé si del primer censo, y á alguno de nosotros se le ocurrió un apodo que todavía solemos emplear en la jerga propia.

Llamábamos entonces *empadronadores* á esos embusteros de oficio que iban señalando casas, nombres, detalles de las víctimas, que eran por supuesto damas bellísimas de alto coturno, esposas que burlaban sus maridos, prometidas que abandonaban á sus novios.

¡ Con qué fruicion iniciábamos y llevábamos á término un rufeteo ! ¡ Qué circunspección, qué gravedad guardábamos ; cómo seguíamos fomentando con monosílabos las confesiones imprudentes, el mentidero y el bombo que se daba á sí mismo el conversador !

Pero aquel era un detalle en el plan accidentado de nuestra vida.

Teníamos gritos peculiares que eran una señal revolucionaria, carrasperas que sólo nosotros comprendíamos, y teníamos, sobre todo, un silbidito que corrió tanto en aquella época que acabó por hacerse verdaderamente popular.

Con aquel silbidito suprimíamos los llamadores de las puertas de calle.

¡Cuántas veces, comiendo bajo la mirada severa de nuestro padre, y ya á los postres, oíamos en la calle aquel silbido agudo, penetrante y armónico á la vez, que era la señal convenida, el aviso dado de que uno de los de la logia estaba en la vereda!

Entrábamos en agitación nerviosa, mirábamos el reloj, nos movíamos en la silla, nos tragábamos bocados enteros.

Faltaba el consentimiento paterno para ir corriendo á la cita.

Mi padre sonreía entonces, y muchas veces, (tan de su agrado fué siempre esa agrupación de amigos) él mismo se acercaba á la puerta del comedor y contestaba con un silbido igual, que era á su vez, una autorización tácita para abandonar la mesa.

Venía después la licencia solicitada en el oído de la madre, la intervención de ésta para con su compañero, el permiso concedido, la hora fijada para la vuelta, y salíamos dando brincos como cachorros á quienes se les suelta la cadena.

En la calle estaban los silbadores, que nos recibían con una burla, adivinando por experiencia propia la escena pasada en el comedor.

Ya, reunidos, nos dirigíamos á buscar algún otro compañero, reproduciéndose los mismos incidentes, hasta que agrandado el grupo y en *quorum*, creciente la chacota y hambrientos de novedades y

refosilamientos, según otra de nuestras palabras favoritas, nos dirigíamos á una de las dos casas : á la de Ramos ó á la de Fernández.

Eran dos casas patriarcales de aquellas que van hoy perdiéndose para desgracia de los criollos. En una y otra había verdaderos patriarcas, seres bondadosos, espíritus delicados que hacían causa común con nosotros, que seguían de lejos ó de cerca nuestros pasos, que tenían el reproche justo y la palabra amiga, y que en todo momento fomentaron nuestras amistades y reuniones.

Pero nuestro nido predilecto, nuestro club de la primera época, el punto habitual de reunión, fué la casa de Ramos; el cuarto de Pancho y José María.

La casa está hoy lo mismo que entonces, en la calle de Cuyo, pasando la de Libertad.

Mañana caerá demolida por algún especulador, que sin saberlo ó sabiéndolo por estas líneas echará abajo muros... sagrados, iba á decir, destruirá paredes saturadas de íntimas alegrías juveniles, de dicharachos felices, de cáusticas bromas, de risotadas homéricas, de discusiones ardorosas, de polémicas estudiantiles. ¡Ah! si yo fuera rico compraría esa casa.

Frente á la puerta de calle y cruzando el ancho patio estaba el cuarto consabido, pequeño y confortable.

Para llegar á él teníamos que pasar por frente á una salita, punto á su vez de reunión de la familia.

Muchas veces hacíamos allí nuestra entrada, saludábamos zurdamente al círculo de señoras y hombres, y como sentados sobre espinas y con la apariencia de unos santos interveníamos en la conversación familiar.

Muchas narraciones interesantes escuchamos allí, mucha historia patria y muchos sabrosos incidentes de la vida nacional.

En libertad después, nos dirigíamos al cuarto de los muchachos.

Allí entrábamos como un torrente despeñado, y nos acomodábamos en las sillas, nos echábamos sobre las camas, aquellos muelles sofaes improvisados, espléndidos asientos que no han tenido después rivales.

No faltaban en las paredes de aquel cuarto, cuadros y mamarrachos; algún diploma estrafalario de alguna asociación muerta al nacer; colecciones de fósiles que no han existido; cráneos de caballos criollos, piedras de la calle con rótulos mistificadores que les atribuían propiedades auríferas; floretes y caretas y unos sables fenomenales con los que dábamos asaltos disparatados que acababan con derrengamientos y moretones en los combatientes.

Uno de aquellos sables, que aun conserva José María, era una reliquia histórica; como que había pertenecido á Lavalle.

Había una mesa escritorio atestada de papeles y

un estante de libros ; las dos camas se miraban una frente de la otra, cambiándose las cabeceras según los visitantes colocaban las almohadas : el lavatorio era asaltado á cada instante y chorreaban agua las toallas un momento después de venir planchadas.

Formábamos allí una rueda y comenzaba la charla y el fumar cigarrillos : y, demás está decir, que escaseaban éstos siempre, esquivando el paquetillo, hasta que un ataque en común despojaba al provisto de su tesoro.

Teníamos el verbo *poncear* que significaba pechar cigarros, palabra de filiación universitaria que aplicamos un día á un condiscípulo y buen amigo de apellido Ponce, cuyo saludo diario era : « dame un cigarrillo ; ¿ como te va ? »

Formado el círculo venían los altercados y disertaciones : Juan Carlos Belgrano peroraba sobre Frenología, cuyo estudio le tenía por entonces encelado : Combe y Gall salían á cada triqué-traque y sin más ni más empezaba el toqueteo en las cabezas, buscándose protuberancias. Contradecía José María las teorías del *Frenólogo*, como llamábamos á Juan Carlos ; terciaba Pancho allá de vez en cuando, con frases breves y tajantes, con su aire grave de toda la vida, pero sesudo é ilustrado siempre. Bernabé y yo reforzábamos el debate inventando argumentos ; Julián lanzaba aquella nota cómica inimitable de su carácter original. Alberto Fernández entretanto remedaba una escena amorosa con una vasca, Flo-

rencio ó Isafá tramaban el complot de casi todas las noches, y con ojos avisados, cada uno le seguía los movimientos á los demás.

De repente volaba por los aires una almohada y..... se apagaba el gas.

Entonces se oía el ruido peculiar de alfombras que se sacuden ; era aquel un pujilato silencioso ; sólo se escuchaba el golpe de los almohadazos, el jadear de los pechos, el caer de los cuerpos sobre el suelo, y el estrépito por fin del lavatorio que caía, saltando en pedazos la palangana.

En tales circunstancias, Don Matías golpeaba con los nudillos de la mano en la puerta y aparecía después con una luz misia Frasquita, la santa señora, que á pesar de levantar su voz no supo jamás enojarse con nosotros ; y todos íbamos desfilando desgredados y sudorosos como después de una batalla.

En aquel cuarto hemos sostenido las más estu-
pendas discusiones. Como nadie nos lo impedía y sen-
tíamos retozarnos la vida dentro del cuerpo, abordá-
bamos todas las cuestiones con desenfado y altivez.

La historia Argentina era nuestro tema favorito y con las impresiones de las primeras lecturas, nos permitíamos los juicios más apasionados enrolán-
donos hoy en la defensa de una época, de un cau-
dillo, de un hecho de armas, de un gobierno, pa-
sándonos mañana al otro lado, mediante nuevos in-
formes ó lecturas.

Unos pretendían hacer la filosofía de la revolución de Mayo, otros hacían apologías de Belgrano, de San Martín, de Dorrego, de Lavalle, en una atmósfera de acaloramientos y controversias exaltadas que desequilabraba á todos los espíritus.

En medio de aquél torbellino de expansiones, de aquellas discusiones desatentadas, había un punto en el que coincidíamos; éramos todos *salvajes unitarios*, enemigos irreconciliables de Rosas y la tiranía. Llevábamos el odio en la sangre.

Y, tocante á este punto, entre la humareda de los cigarros, la exhibición de alguna divisa de la mazorca y la contemplación respetuosa de la espada de Lavalle, les fregábamos á Rosas y sus seides unas sableadas de lengua tremebundas.

Cada uno hacía gala de sus informes especiales sobre la tiranía, y venía entonces la nota tétrica y novelesca, las narraciones terroríficas; las matanzas, las persecuciones, el ostracismo.

Llegados á estos incidentes nos creíamos cada uno un héroe por descender de salvajes unitarios, y salíamos entonados y engreídos, pisando fuerte, como si fuéramos á estrangular un Cuitiño en cada boca-calle.

Circulaba el mate sin descanso en aquella tertulia casera, el mate irremplazable, el mate criollo, que la moda actual del té no ha podido todavía desalojar por completo de nuestras costumbres. Nosotros los arrebatábamos á la fámula que los traía y fué ella la

que tuvo que soportar las primeras lánguidas miradas de los conversadores, las primeras insinuaciones amorosas de quienes comenzaban á sentir en las venas hervir la sangre generosa.

Cuando en este sentido, las cosas subían de punto y alguna mano atrevida era demasiado larga, se invocaba el respeto á la casa y mediaban con ello los dueños aprovechando los más sabrosos mates.

Pero éramos todos buenos amigos y al fin..... todos tomábamos mates sabrosos, guardando las fórmulas *urbanas*.

La felicidad consiste en creerse feliz, se ha dicho muchas veces, y nosotros no sólo nos creíamos felices sino que nos sentíamos íntimamente felices. Esa felicidad consistía en el intercambio de ideas, en la expansión de la vida exuberante, en la alegría de todos los momentos, en levantar castillos con la imaginación, en trazarnos rumbos para el porvenir, soñando con triunfos fáciles.

Allí, en aquel pequeño cuarto, ensayamos discursos, recitamos versos, dibujamos cabezas caprichosas, nos contamos las primeras emociones de las tertulias á que asistimos, los amoríos de estudiantes, las impresiones que traíamos de la ópera y particularmente del teatro dramático, pues fué éste durante largo tiempo, de entrada gratis para algunos de nosotros.

Después, entramos muy jóvenes, aun niños todavía, en la política ; como que necesitábamos más

campo de acción, y echamos nuestros discursos incendiarios en algún club de parroquia, discutiendo como unos energúmenos á la noche siguiente en el cuarto mencionado.

Todos los recuerdos de aquella época están concentrados en aquel cuarto histórico. Allí nos hemos penetrado y conocido hasta en el fondo de las almas; allí hemos abierto de par en par las puertas del corazón, dejando que cada sentimiento se revelara en toda la virginidad de las manifestaciones primeras; allí hemos soñado felicidades futuras, hecho planes para el porvenir, perorado de política, criticado á los condiscípulos egoístas, estigmatizado á los maestros vengativos, todo ello en un desborde ruidoso de palabras y en un accionamiento pintoresco con manos y brazos.

¿Qué no hicimos entonces? Lo ensayamos todo: así, empezamos colecciones de curiosidades históricas, y guardábamos como tales papeles sin valor, bastones de un prójimo cualquiera que se le asignaba un falso origen; teníamos alguna proclama del tiempo de la independencia, alguna carta original de un prócer y mil papelotes inservibles. — Hasta redactábamos periódicos manuscritos, y divididos en dos bandos armábamos discusiones y camorras, ensayábamos novelas, hacíamos versos, gacetillas y artículos con pretensiones de serios.

¡No sé qué daría por una colección de aquellos pliegos de papel, divididos en columnas en que la

caricatura y la sátira campeaban por todas partes!

¡Es posible que yo no pueda trasladar al papel las emociones que agitan mi espíritu cuando penetro con el recuerdo en aquella época feliz de mi vida!

Ella pasó y el torbellino de la existencia nos ha llevado después á seres queridos, á padres, hijos, hermanos, amigos inolvidables : esos duelos del corazón, esas nubes plomizas han oscurecido aquel cielo límpido de la primera edad.

¡Ya no podemos recordar la época feliz y la casa patriarcal sin bajar la mirada á la tierra que guarda los despojos de aquellos que nos acompañaron en la vida, compartieron con nosotros nuestros sueños y nuestras alegrías ó de aquellos otros tipos de virtud y de cariño, bajo cuyo consejo y protección nos sentíamos fuertes y orgullosos!

Ahora la lucha por la existencia nos ha separado : vamos por diversos rumbos, tiene cada uno su hogar propio, su familia, su profesión, sus tareas diversas y aunque mantenemos el vínculo, pasan días y días y aun meses, sin vernos ni buscarnos, hostigado cada uno por sus preocupaciones propias.

La política nos ha dividido algunas veces, pero ¿qué división cabe con un pasado semejante? — Una simple divergencia de ideas podrá enrolarnos en éste ó el otro partido, mas nosotros estamos vinculados á una época que no podemos olvidar jamás, y nos hemos prometido la consecuencia que no acaba ni en el sepulcro, porque se deja como herencia á

los propios hijos, para que ellos aten á sus vez entre sí sus nombres en el porvenir con los mismos eslabones de amistad y de estima.

CUADROS DE Á BORDO.

EN NUESTROS RÍOS.

En la travesía de aquí al Rosario, al Uruguay, á Montevideo, que todos hemos hecho, y algunos muchas veces, tropieza uno con viajeros, tipos de una familia especial, viajeros que tienen sus costumbres, sus manías, sus particularidades.

El ojo experimentado los clasifica sin dificultad, desde que pisan la escalera del vapor.

El que tiene la costumbre de viajar, se cuela en el vapor, como en su casa, da una propina adelantada ó la promete al mozo más listo, á quien entrega el equipaje y hace rumbo á su camarote ó á buscarlo, porque la instalación es la primera condición de un buen viaje.

El novatón sube sobre cubierta, saludando al primero que ve con gorra galoneada. Los mozos de cámara lo calan y se disputan la presa, que vaga, mirándolo todo, sorprendido.

El viajero comilón, tipo que abunda, deja sus valijas en cualquier parte : para él, el viaje está concretado á la mesa. Por eso se dirige como quien

no quiere la cosa, al comedor, y so pretexto de abrir el apetito, pide un vermouth, ocupando un asiento, que no abandonará hasta tarde de la noche.

El negociante sube á bordo preocupado del asunto que lo lleva á otro pueblo. Se encasqueta su gorra de viaje y fuma á popa, leyendo algún telegrama ó revisando los apuntes de su cartera, ó las cartas que se desbordan de ésta.

El agente toma posiciones académicas recostado á la barandilla de popa, filiendo *las viajeras* que van llegando y sentándose en los bancos. Un momento después conversa con algún papá respetable, que cree sinceramente que le interesa mucho al joven saber el objeto de su viaje, sirviendo así el buen señor de peana de alguna santa, bonita y fresca-chona.

Un francés, conoedor de la vida, se pasea tranquilamente con su traje correcto y apropiado al viaje. Un temporal no borraría esa sonrisa complaciente de sus labios, ni le impediría sacar su cartera y su librito de papel, para armar el fino cigarrillo francés.

El inglés carga su pipa curada en varios viajes hechos de Europa á América. Se embarca en el *Minerva* ó en el *Tridente*, como sube á un bote: el Paraná, para él es un hilo de agua: el viaje á Montevideo un simple cambio de comedor y de cama.

El italiano negociante llega con el bote lleno de bultos, cajas y balijas. Observa el departamento

culinario. El tufillo á comida le pone brillante la mirada y encendidos los pómulos.

Las señoras gordas dan un trabajo inmenso : son verdaderos fardos que hay que entregar á los boteros. Ellas mismas, concedoras de su propio peso, se abandonan á aquellos morrudos brazos que pasan el fardo de la escalera al fondo del bote, del fondo del bote á la cubierta del vapor, para caer desplomadas y jadeantes en algún asiento.

La flaca, que tan bien evita *la revelación* de sus piernas en la calle, las muestra aquí, á su pesar, á los viajeros, que, recostados en la baranda, la observan. Los boteros se cuidan poco de sus gritos y los piñinos salen horriblemente mal; se pisa y se resbala, y el pie va donde no quiere su dueña.

La viajera práctica salta bien del bote : la mano ó el brazo del marinero le bastan como punto de apoyo : es ágil y sabe ser elegante hasta para salvar esas dificultades del embarque.

Hay también las viajeras que llevan pájaros en jaula, canarios, cardenales, loros, cotorras, y que preocupan á todos con aquellos animalitos.

— ¡ Cuidado hombre, con la jaula !

— ¡ Cuidado con el alpiste !

— ¡ Ay ! ¡ que se derrama el agua !

— ¡ Déme la jaula á mi !

— Capitán ¿ dónde puedo poner esta corrita ?

— Comisario, ¿ quiere hacerme el favor de decir que le pongan agua á este loro ?

— Mozo : ¿ me da unas migas de pan y un poco de vino ?

Los perritos falderos gimen á veces, apretados nerviosamente por sus dueñas, y no falta en alguna ocasión, un tití con cadena, que se asoma á una ventanilla detrás de alguna linda cara con sombrero de ancha pluma.

Suena el ronco pito : los últimos preparativos anuncian la partida : las escalerillas se levantan : el vapor murmura impaciente en las calderas : el comandante da órdenes : un timbre suena : las paletas caen sobre el agua y levantan las espumas en remolino. El buque se desliza sobre el agua.

Un rato después estamos en la mesa todos ; en la fraternidad de la mesa de un vapor. No se oye primero sino el ruido de los platos, uno que otro diálogo frío ; el capitán saluda á sus conocidos ; el comisario sirve, sin perder de vista á las buenas mozas.

El comilón se muestra entonces tal cual es, un animal devorador ; limpia los platos, los vasos de vino desaparecen en su garganta : mastica mal el pan, pincha aceitunas hasta concluir las, no se cuida de sus vecinos, á quienes mira como sus enemigos naturales, porque comen platos que él agregaría á los que le tocan.

El capitán y el comisario son adulados por el círculo que los rodea. Son los reyes de á bordo, y los que se encuentran cerca de ellos, forman algo como la corte de favoritos de un monarca.

Las señoras se interesan en saber qué tal viaje llevarán. El capitán asegura que será magnífico y se le agradece la noticia, como si pudiera, por ser capitán, decretar un buen viaje, es decir, un buen tiempo. Pero lo dice el capitán, y para las señoras timoratas, aquél, con ser capitán, es un lobo marino.

Las conversaciones se hacen generales : las relaciones se traban y la confianza se adquiere con una facilidad asombrosa.

Hay pasajero que se pone expansivo hasta lo increíble : su vida privada, sus negocios, sus aspiraciones, sus amores, sus opiniones políticas, salen a luz, en medio de una pasmosa locuacidad.

¿Es el viaje, el mero hecho de ir á bordo, lo que hace á algunos hombres tan importunos?

No lo sé, pero el tipo de esos conversadores abunda. Ellos se imponen sin saber (¡ciencia de la vida!) cuando aburren, y aburren siempre.

Hay también en la mesa el pasajero rezongón, que no encuentra nada bueno : que paladea el vino con desagrado : le quita, refunfuñando, unas pajitas al hielo ; critica una salsa ; declara malos los pasteles de ostras, el jerez, el oporto, el café.

Estos tipos, que comen en los vapores como no lo hacen en sus casas, forman también parte de los pasajeros fastidiosos.

El ruido de los platos y cubiertos, el cuchicheo, las carcajadas, demuestran que la familiaridad se ha

establecido : ya todos se conocen y son pocos los huraños, los filósofos ó los reservados que se sus-traen á las expansiones y la confianza, que se imponen á todos, de capitán abajo.

De repente un vientecillo fresco hamaca el buque. ¡Malo! Las señoras y niños y algunos viajeros miran al capitán y al comisario.

La brisa aumenta : sopla viento : el buque se balancea, suenan algunos cristales rotos, al chocarse entre sí sobre las mesas. Las señoras desfilan y tras ellas algunos pasajeros que no llevan bien el compás.

El balanceo sigue : la mesa queda desierta. Cuatro ó seis pasajeros siguen *la lista* de platos, imperturbables. Un verdadero temporal no los marearía. La teoría de estos comilones es ésta : el mareo es producido por la debilidad : la debilidad desaparece comiendo : comamos.

Se oyen toses características, luego arcadas, quejidos lastimeros, carrasperas. Se pide té y café por todas partes.

Sobre cubierta están los mareados, afectando las posiciones más inartísticas que uno puede figurarse.

La elegante, la coqueta, la novia misma, el ga-lanteador de hace un rato, todos están con las ansias del mareo. El cabello de la hermosa se ha destrenzado : está lívida, verde, amarilla, celeste, de cualquier color, menos sonrosada. Los ojos están inyectados, los brazos caídos, el traje desarreglado. El papá, el novio, el hermano, se deslizan, agarrán-

dose de las barandillas con frascos de agua de colonia ó vasos de agua, que derraman torpemente.

Y al fin sólo se trata de un viento fresco y un poco de movimiento del buque.

Los impertérritos, los que no se marean, saborean sus cigarros en el comedor : piden un ajedrez, un dominó, cartas y alguna bebida que acompañe la trasnochada.

Al día siguiente, el desembarco : las caras pálidas, demacradas, ojerasas de los mareados.

Y una vez en tierra... ; olvido, olvido de todo, del buque, de los pasajeros, del mareo, del capitán y del comisario !

ELIXIRE D'AMORE.

— ¿Para dónde irá? pensé, al verla subir al mismo wagón en que yo me hallaba.

Era linda. Tenía ojos celestes y cabellos rubios con su *filet* sobre la frente, que le acariciaba dos cejas finas y arqueadas. Su nariz era correcta, su boca pequeña y el óvalo de su rostro, de líneas suaves, daban á la fisonomía el sello de la bondad.

Tenía un sombrero de anchas alas de paja amarilla, levantadas por delante y ceñidas atrás al caer sobre el cuello, por unas cintas de terciopelo azul gendarme y en la parte superior, un gran lazo de la misma cinta. Un guarda polvo de seda color almendra claro, dejaba adivinar sus formas y las perfecciones de su busto y de su talle, bajo un diluvio de pliegues estrechísimos.

Al sentarse, le vi sus dos pequeños pies aprisionados por zapatos de charol. Las medias de seda con rayas finas, del color del guardapolvo, no formaban una sola arruga.

Dejó á su lado, en el almohadón del coche, una sombrilla azul con blondas granate y una cartera de viaje de cuero de Rusia, con filetes de metal blanco.

Se quitó después uno de los largos guantes de

hilo y vi brillar en los dedos de la mano, un espléndido solitario.

— ¿Casada? ¿soltera? ¿viuda? ¿comprometida? ¿libre? ¿sola? pensaba yó abriendo EL NACIONAL de *par en par*, como si mi vecina me fuera completamente indiferente.

De repente se abrió la portezuela del wagón y apareció un caballero de cabellos y barba gris, parados los cuellos de un largo guardapolvo. Venía como sobresaltado. Entró y se sentó al lado de *ella*.

— **Cref** que perdías el tren, le dijo la linda, sonriéndose y mostrando unos dientes preciosos.

Él no contestó nada. Suspiró profundamente, me miró con mal humor, sacó un cigarro de hoja, lo encendió y echó una bocanada de humo, que el aire llevó del lado de la compañera. Ésta agitó, distraída, el guante que tenía en la mano primero, y luego con un enorme y caprichoso abanico manejado admirablemente, disipó el humo. Bárbaro, pensé, ¿quién eres que tratas á tu compañera tan groseramente? ¿Eres su padre, su abuelo? ¿su marido?... ¿su marido? ¡Imposible!

El tren partió.

El acompañante de los cabellos grises abrió un libro grande y se puso á leer.

Yo aproveché aquella lectura para dedicar algunos minutos de contemplación á la linda viajera. Y la miré á mi gusto.

La linda me miró á su vez con fijeza y se sonrió

disimuladamente. Me estremecí de pies á cabeza : sentí un hormigueo en la cabeza, algo como un vértigo.

— ¿Será ilusión? ¿me habrá parecido que se sonríe? me decía á mí mismo y acomodándome en el asiento, de manera de tomar una posición estratégica, siempre parapetado por el gran libro rojo del viejo.

No cabía duda : la rubia me miraba, me miraba intencionalmente, y contenía una sonrisa picaresca, dando vuelta la cara hacia la ventanilla.

El viejo impertérrito, con su libro abierto al lado de aquella joven exhuberante de vida, hacía resaltar más la belleza de ésta.

— No hay duda, me mira, y ¡ con qué insistencia ! Ahora sí se ha apercibido el viejo, y la mirará á ella y me mira á mí y vuelve á mirarla á ella. ¡ Y va de miradas ! ¡ Si será su marido ! ¡ Si tendrá celos ! ¡ Si será una *boluda* ! ¡ Cuidado, me decía, que te vuelves *empadronador* ! ¿ Y si te están *fumando* ? Pero no, algo hay ; decididamente le he interesado ; le parezco bien, ¡ le gusto ... ! Y ¿ porqué no puedo gustarle ? ... ¿ Porque es lindísima y fresca como una rosa ? ¿ Porque, en fin, las mujeres tienen sus caprichos ? ¿ Porque no sería ésta una aventura, es decir, una conquista ? ...

El viejo le habla despacio, pero imperativamente ; ella se ríe. ¡ Pero qué mujer tan risueña, señor ! ¡ Oh, la juventud ! ¡ la juventud ! ¡ Á la rubia le retoza la risa de pura satisfacción : plenitud de la vida y ale-

gría del espíritu : rosa bellísima cargada de perfumes. Pero, ¿qué le estás diciendo viejo maldito, con aire enojado? ¿Y por qué ella, en vez de someterse se ríe cada vez más? ¡Ahora suelta una carcajada y el viejo levanta los ojos al cielo! ¿Qué es esto? ¿que le pasa á ella? ¿qué le pasa á él? ¿qué me pasa á mí? ¡Y qué linda, qué lindísima, qué maravillosamente espléndida!

Llegamos á otra estación. Debemos esperar otro tren. Vuelve á hablarle el viejo al oído. Qué le habrá dicho ahora que ella se pone seria, más que seria, triste... las lágrimas le asoman á los ojos. ¡Bárbaro, no te estrangulo porque... me llevarían preso y no la veria más! El viejo baja precipitadamente, echándome una mirada desconfiada. ¡Solos! ~~enteramente~~ **enteramente** solos! ¡ella y yo! ¡Aprovechemos el tiempo! ¡á la carga..... que no se diga!

— ¿Sufre usted, señorita?

— Mucho, caballero.

— ¿No puedo de alguna manera mitigar su dolor?

— Sí.

— ¡Cómo, diga usted, diga usted por favor!

— Amándome, queriéndome, como yo lo quiero á usted, ¡como usted sabe que yo lo adoro!

Yo creí que me daba algo: el gozo me anonadaba. Era una declaración de ella á mí, una declaración á boca de jarro, sin precedentes en la historia del amor. Quise hablar, decir algo, inventar una frase que lo compendiará todo, y no la hallé y

me levanté y le extendí una mano trémula. Ella me la cogió con las dos suyas efusivamente y atrayéndome á sí, me dió un beso en la frente : se lo devolví rápido, como un botonazo de florete.....

Alguien se acercaba ; me retiré de un salto y caí en mi asiento.

Era el viejo, un guarda tren y el jefe de la estación.

— Tenga Vd. la bondad de bajar, señor, me dijo el guarda, mientras el jefe y el viejo hablaban bajo.

— Me han visto, pensé. ¡Me llevan preso! Y reponiéndome dije á mi vez con aire altanero :

— ¿Bajar dice vd? No señor, estoy bien aquí.

Ella me miró agradecida : me sentía con las fuerzas de un tigre ; ¡hubiera hecho pedazos entre mis manos á aquellos importunos!

El jefe de la estación se aproximó :

— Permítame usted una palabra, caballero : un instante solamente.

Bajar del wagón era exponerme á perder mi colocación, á alejarme, á que me llevaran á la cárcel, ¡lejos de ella!..... ¡Y aquel beso que lo sentía, quemándome la frente, y aquel otro dado por mí que me quemaba los labios!

Pero al mismo tiempo, ¿cómo negarme á aquel pedido hecho en términos tan corteses?

Bajé, resueltamente, y frunciendo el ceño, pregunté al jefe :

— ¿Qué hay, señor? ¿qué quiere usted de mí?

El viejo me tomó del brazo dulcemente, y apartándose del wagón al que subía el guarda, cerrando la portezuela, me dijo :

— ¡ Ah! perdone vd. caballero, pero acabo de tomar ese compartimiento, para ir solos, ella y yo. Tengo la desgracia de llevar conmigo á mi esposa....

— ¿ Cómo la desgracia ?

— Sí señor ; ¡ hace tres meses que nos casamos y uno que ha perdido la razón ! Es completamente, inofensiva, mansa, como vd. la ve, pero es loca, señor, y la llevo lejos, al campo, muy lejos !

Y me estrechó la mano efusivamente.

En aquel momento llegaba el otro tren. Se da la señal de partida y no la oigo, y me quedo clavado en el andén, mirando, corridas ya, las persianas del wagón, que vuela sobre los rieles.

EL CLIENTE CHINCHE.

Los abogados tienen en sus clientes una historia compendiada de la humanidad. Hablo de los abogados que tienen clientes, que hay muchos que no los tienen.

Los clientes de un abogado desfilan personalmente ante él ó en forma de expedientes, pero desfilan todos los días en una monótona regularidad.

Todos los dolores, todas las alegrías, todas las pasiones tienen su representación elocuente en cada cliente : la avaricia, la prodigalidad, los duelos reales y ficticios, el mercantilismo, la habilidad, la pesadez estúpida, la viveza ingeniosa, todo ello se observa en un estudio de abogado.

El cliente-chinche es el pleito andante y parlante.

Es amable por habilidad, activo por conveniencia, risueño y pegajoso por cálculo.

Para tal tipo no hay día, ni hora, ni lugar inconvenientes : él hace oportuno lo inoportuno y saca consecuencias fatales de las conversaciones más inconsecuentes.

De su abogado es amigo, compañero, íntimo, adlátere, es el eco y la sombra. Piensa con su letrado, lo adivina, lo calumnia dando en público

opiniones de su cosecha que cuelga al otro, lo ensalza en todas partes, lo proclama un sabid^o y lo ultima más tarde con el más horripilante solo que puede el lector imaginarse.

Bien puede el pleito reducirse á disputas con un vecino sobre un poste de ñandubay mal ó bien puesto.

Ante todo, su contrario es su enemigo á muerte : jura vengarse, y empieza avisando á todo el mundo que no transará la cuestión, que hará respetar las leyes, que se quedará en la calle antes que permitir en su campo el tal poste de ñandubay.

Quien siembra recoge, y la enemistad se contesta con la enemistad. Se pelean todos los parientes, familias enteras se lanzan insultos escritos ó hablados : ya está el abismo, y el ojo por ojo y diente por diente, siempre, por el ñandubay.

El abogado protesta, aconseja, ruega, es inútil.

— Dígame vd. doctor, ¿tengo razón, tengo derecho, hay leyes que amparan al propietario?

— Sí, hombre, sí, pero....

— Nada, vea vd. este plano : aquí va la línea; aquí está el ñandubay.

— Pero amigo....

¿Su amigo? pues bien, apelo á su amistad, quiero que me defienda, así, apoyado en la ley. Y quiero que al otro le cueste caro ; que sepa que no por ser rico se ha de burlar de los pobres....

— ¡Pero si no vale la pena !

— ¿Que no vale la pena? ¿Luego vd. me abandona, y tan luego en estos momentos?

— ¿Yo abandonarlo? pere si le aconsejo....

— Nada, nada, aquí tiene un sello es preciso demandarlo.

— En un juicio verbal.....

— Cabal, sí, después veremos si se arregla, por ahora, el oficio para que lo notifiquen al bribón, miserable, infame, bandido, ase...

— ¿Asesino?

— Bueno, asesino nó, pero gran bribón, sí!

Y el abogado se somete por el cliente, por el amigo, con la esperanza de un arreglo en breve tiempo.

Pero aquel escrito encuentra preparado el terreno. El contrario se descuelga con una andanada de insultos; recusa, articula, chicanea y ya están en un mes cien fojas cosidas de palabras *inútiles*, que hay *necesidad* de escribir desahogándose y vindicándose dos peledores.

De pronto el cliente-chinche injerta uno ó dos escritos de su cosecha. Pide perdón, ruega, suplica, llora y consigue dominar otra vez al abogado, pero el expediente crece y el barullo aumenta y los dos pleitistas se encargan de todo ello, á pesar de abogados, leyes y jueces, porque los causantes de los enredos y la formación de mamotretos son casi siempre los mismos clientes que hacen lo que no *deben*, engañan, tergiversan y gozan en luchar en el terreno de las puerilidades.

¡Ay! desde aquel momento, ¡pobre abogado, pobre juez, pobre vecindario, pobre humanidad!

El cliente-chinche os el azote de todos. A su voraz elocuencia no escapa nadie, ni la mujer, ni los hijos, ni los sirvientes, ni los amigos, ni los perros de la calle, porque estos mismos tienen que oír sus monólogos accionados.

¿Cómo se da él maña para hacer tantas víctimas?

Muy hábilmente : su objetivo es su pleito y va á él dando una ó diez mil vueltas, pero va siempre á él.

Casi siempre también tiene una frase original, un puente que hace pasar la conversación de un tema á otro, al suyo, al pleito

— Hombre, á propósito, dice, hacía días, que tenía ganas de verlo ó de decirle.....

Y desenvuelve el plano, ajado ya por tanto manoseo, el plano décimo, que los otros están en pedazos inútiles en la casa de familia para instrucción de los hijos y perpetuar la venganza por herencia.

El que es avezado á estas luchas con los hombres asoleadores, suele derrotar al asoleador con otra frase estratégica :

— Hombre, permítame, ¿quiere que nos veamos más tarde, otra vez? Tengo en este momento que tomar el tren, arreglar una letra, llamar un médico, etc.

Así se corta por lo sano, sin lástima, con un rasgo de coraje á toda prueba.

Pero si el oyente se inclina un poco sobre el plano

ó el escrito, ¡zas! cayó en la trampa, ¡es víctima, es mártir y protomártir!

Ya no hay forma de cortar la explicación metódica documentada..... ¡ah! sí, documentada, porque salen á luz las cartas mugrientas, la cédula, la copia de tal auto, ¡la mar!

La víctima está anonadada, pero es inútil que pretenda sacarse de encima á aquel vampiro.

— ¿No te parece?

— ¡Cómo no, hombre, sí, ya lo creo, por supuesto, es claro! exclama el oyente queriendo acabar pronto.

— Pero no, dígame vd., ¿la línea por donde viene?

— ¿La línea? ¿la línea...?

— Sí, pues, la línea. Amigo, la línea es la base del pleito.

— Es claro.

— Sí, pues, y viene aquí....

— Aquí, sí, ya sabía, ya sé.

— Bueno ¿y el ñandubay?

— El ñandu....

— Aquí el punto rojo.

— Rojo.

— Mis animales entran por aquí...

— Aquí....

— Y entónces salen por allá....

— Allá....

— Ahora bien, resumiendo : la línea etc.

— Y sigue una hora, dos horas más, despidién-

dose con un apretón de manos y esta frase formidable :

— Ya lo impondré á vd. del resultado definitivo después. Me gusta que hombres como vd. conozcan estas pillerías, que estén al cabo de todo para hundir á ese bribón, bandido, ase....

El otro no está al cabo de nada, sólo se acuerda como después de un sueño de una línea negra y un punto rojo, y todo el día tiene en los oídos, línea, ñandubay, pleito, bandido, bribón, etc.

Si esto pasa con los extraños, ¿qué decir del pobre abogado?

El cliente ya no golpea la puerta, ya no se anuncia, entra como á su casa, sabe á la hora que se almuerza, que se toma mate ó té, qué se come.

¡Ese mate! ¡qué pretexto para visitar ó su letrado!

— Vengo á tomar el matecito ese tan bien cebado....

— ¡Y hablar de su pleito!

— No, no, le dejaré no más de paso estos apuntes... Estuve con el Juez.

— ¿Sí? ¿y qué le dijo?

— Hombre, algo muy extraño....

Y entra en pleno asunto y lo hace entrar al mismo abogado, que se ríe todos los días de verse vencido por aquel maravilloso arte de hablar del pleito en todo momento.

El cliente-chinche, viaja sin descanso, ó pasa días enteros en las escribanías, en los tribunales, alre-

dedor de ellos y acaba por no poder vivir sino entre curiales, oyendo hablar de autos y notificaciones.

El pobre escribano que le sirve lo ve en su oficina como á uno de tantos mamotretos en los estantes. Á veces lo carga á punto que lo trata mal, quiere romper con el cliente, ¡pelearse con él morderlo!

Es inútil. El cliente-chinche le palmea el hombro, lo acaricia, casi le pide excusas, dobla hasta el suelo la espina dorsal.... ¡y queda triunfante!

¡ Ahí viene el hombre-chinche !

¡ Cruz, diablo !!

UN EXAMEN DE FILOSOFIA.

Encontrábame un día en mi casa (hace de esto algunos años), cuando fui sorprendido por una citación de la Secretaría de la Universidad.

Se me llamaba á formar parte de una mesa examinadora de filosofía : el examinando era el alumno José María Ramos Mejía.

Yo había hecho parte, algunas veces, de mesas análogas. por deferencia del rector que incluía mi nombre en las listas de examinadores, pero que el examinando fuera José María Ramos Mejía y yo miembro de la mesa, me causaba cierto escozor y la risa me vino á los labios.

El lector puede darse cuenta mejor de lo que por mí pasaba, leyendo antes que este artículo el que lleva por título « *Un pasado feliz.* »

Tenía en la mano el papel con el sello de la Secretaría de la Universidad y seguía riéndome. ¡ Examinar yo á José María ! me decía, y volvía á temblar de risa.

En esto estaba, cuando se abrió de par en par la puerta del cuarto. ¡ Era José María !

Se detuvo y me miró, y lo miré y sin decirnos nada comenzamos á reirnos de tal manera que las

lágrimas nos saltaban de los ojos, nos oprimíamos el estómago, nos apoyábamos en la pared, y ni uno ni otro podíamos hablar.

Cuando las fuerzas nos faltaron para seguir en aquel folgorio, José María se vino á mí:

— No embromes, ¡mira que es serio! — Larrosa no me deja entrar en la Facultad si no doy examen de filosofía: y no me falta más que eso. — He ido á la Secretaría y han constituido mesa contigo y con el Sr. Fernández.

¿Y con qué otros más?

— ¡Con Juan Carlos Belgrano!

Pronunciar este nombre y echarnos de nuevo en un sofá á reirnos, fué todo uno.

— ¿De veras? le preguntaba yo en los intervalos en que la risa me lo permitía.

— Como lo oyes; aquí llevo la citación para Belgrano.

— Pero ¿has pensado en lo que nos exponemos?

— ¿Á qué? La Secretaría les pasa la invitación y vds. concurren.

— ¿Y te aprobamos?

— ¿Y si no? ¿Crees que así no más los nombran examinadores? Y al fin y al cabo, ya te figuras que de ¡qué me sirve la filosofía para ser médico!

— Sí, es una filosofía esa como cualquiera otra.

— Me estoy pirrando por examinarte. — Por supuesto que estarás preparado.....

— ¡Uff! ¡naturalmente! ¡uff! Pero, bueno será

que se concreten á dos bolillas : frenología.....

Solté otra carcajada. ¡Lo iba á examinar de las lecturas y discusiones que él mismo sostenía con Belgrano en el cuarto histórico de su propia casa!

— ¿Y qué otro punto?

— Teodicea.

¿Pero qué punto precisamente? — Éste.

Y me señaló no recuerdo qué cuestión de esas en que se puede hablar una hora sin decir nada.

— Como supondrás no sólo estoy á tus órdenes sino que saldrás con la nota que mereces.

¿Mañana es el examen?

— Sí, á la una; á esa hora *está sola* la Universidad.

— Veo que has tomado todas las precauciones: ¡corre de mi cuenta lo demás!

Nos despedimos con las palabras elocuentes de otros tiempos y los abrazos más efusivos.

— Pasado mañana tendrás tu certificado para la Facultad en toda regla, le dije dándole el último apretón de manos.

Al día siguiente, grave, vestido de negro, enguantado, yo, estudiante de Derecho, entraba á la una del día en la Universidad.

Belgrano con igual aspecto y el Sor. Fernández (profesor) me esperaban en la Secretaría. José María, en un rincón, pálido (quizá de reírse tanto la víspera) el cabello enmarañado y la mirada clavada en el suelo, parecía un reo próximo á comparecer ante sus jueces.

Después de los saludos de estilo y sin que ni Belgrano ni yo perdiéramos un segundo la gravedad del continente, el buen Sor. Fernández nos dijo á media voz y haciendo una seña á José María :

— ¡Está asustado ese pobrecito jóven!

Me he fijado en lo mismo, repuso Belgrano con cierto aire de lástima.

— Y es un buen estudiante, agregué yo.

— ¿Si eh? volvió el profesor.

— Muy inteligente y muy estudioso, dijo en voz alta Belgrano.

El Sor. Fernández se dirigió al prosecretario Francisco Rodríguez.

— ¿Cuántos hay que examinar? preguntó.

El Sor. solamente, repuso el empleado, con aire indiferente. Era Rodríguez gran amigo de nosotros y muy al cabo de todo lo que estaba pasando.

¡Ah! ¿nada más que el Sor.?

José María se vino como flecha y saludó con todo el aire compungido y zurdo de un estudiante en capilla. Nos dió la mano murmurando no se qué disparate que cogí al vuelo. Le apreté la mano hasta hacérsela doler.

En viaje por el claustro íbamos después guardando este orden : Fernández delante hablaba con José María, seguía detrás Rodríguez; Belgrano y yo después.

— ¿Qué te parece? dijo Juan Carlos con voz casi imperceptible.

— Que coronamos nuestra vida estudiantil con una calaverada de buena ley. José María merecía ser protagonista de esta escena.

— Y luego, tú sabes que *sabe* filosofía....

— ¡Ya lo creo! ¡conoce el programa de memoria! — Tú debes hacerle preguntas sobre frenología.

Y reproducimos las discusiones aquellas que teníamos...

— Sí, pues, en los diarios que redactábamos.....

— Se ha publicado aviso en los diarios de estos exámenes, dijo Fernández en alta voz, al oír « diarios. »

— No señor, contesté, hablábamos de política.

Y entramos en la clase, al memorable cuarto en que años antes Mr. Ramsay y el Dr. Larsen nos daban sus lecciones pintorescas, llenas de incidentes ruidosos.

Papeles, campanilla, programas, un librote y no sé qué más puso Rodríguez sobre la mesa.

Retiróse el prosecretario y al salir cerró como casualmente la puerta.

Nos sentamos nosotros en las sillas colocadas sobre la tarima; dimos la presidencia al profesor y José María ocupó su asiento frente á nosotros.

La verdad es que estaba emocionado en aquel momento el examinando. Supongo que de alegría al pensar que iba á ser examinado por aquellos compañeros de rancho y gancho.

No me acuerdo bien cómo nos arreglamos para caer á los temas convenidos; lo cierto es que aun disertando sobre ellos, José María no sabía expresarse en ciertos detalles; palanqueábamoslo nosotros, pero Fernández lo apremiaba y hubo de ponerlo en conflicto.

Yo quería que termináramos de una vez; Juan Carlos con aquel aire altivo que le era peculiar, dijo en voz tonante: ¡ muy bien, muy bien; perfectamente!

Fernández lo miró con cierta extrañeza.

Yo tercié á mi vez: Me parece que basta.....
Fernández me miró entonces á mí.....

— Es de los dos años de Filosofía que doy examen, murmuró José María.

Me quedé helado. Yo creí que era el 2º. año el que le faltaba.

— Le haremos entonces unas preguntitas más, dijo el profesor con tono equívoco que á mí me pareció que era una sentencia de muerte para nuestro examinando. Y abrió el programa y recorrió con la vista las materias.

Preguntóle algo que ahora no recuerdo: José María ni para atrás ni para adelante. En tal apuro Belgrano insinuó que la pregunta era un tanto confusa.

Yo se la hice entonces en términos tales que cayó el alumno en la respuesta y como le hiciera señas de que siguiera y hablara, soltó un borbotón de palabras.

Fernández creyó ver una impugnación á sus doctrinas (creo que sobre « el raciocinio ») y entonces yo intervine promoviéndole discusión al profesor. Por supuesto que yo discutía sin raciocinar.

Cuando más engolfados estábamos en la discusión, Belgrano tocó la campanilla.

Fernández dió vuelta la cabeza azorado.

— Es la hora, dijo Juan Carlos sacando su reloj.

— Bueno, bueno; está bien, replicó el Sor. Fernández.

José María se levantó, vino el prosecretario, se llenaron estrictamente las formas y comenzamos la votación.

— Creo murmuré, que merece distinguido por unanimidad.

Yo también, agregó Juan Carlos.

— Hombre, hombre, replicó Fernández, me parece demasiado. ¡Sa! ¡ta! ¡ta! si no ha salido bien todo.

— Es que estaba muy turbado.

— ¡Mucho; si es un estudiante de primer orden!

— Ahí está lanzando afuera : se ha descompuesto, reforzó Rodríguez.

— Bueno, bueno, le daremos un *distinguido*, transó Fernández. Y así lo hicimos.

Y á fe que de ello no tenemos hoy que arrepentirnos, pues era José María Bornos un inteligente estudiante que tenía vocación por la medicina, y al que le era inútil el pesado bagaje de dos años de filosofía empírica.

Más tarde alcanzó el título de médico en buenos exámenes y es hoy un hombre *distinguido* en la ciencia que ejerce, habiendo conquistado con un libro su puesto honroso entre los médicos argentinos.

El Sor. Fernández, el excelente Sor. Fernández, contribuyó sin saberlo á una buena obra.

Le debemos Juan Carlos y yo esta satisfacción pública y este nuevo apretón de manos.

PEDRO CAÑAS.

Si el ferrocarril á Buenos Aires es una necesidad para Mercedes, Pedro Cañas es una necesidad para el ferrocarril y para Mercedes; mejor dicho, Cañas es el complemento del ferrocarril y de Mercedes.

Cañas es un apéndice de la locomotora á la que roba en cada viaje unas cuantas libras de vapor, para convertirse á su vez y más tarde en el hombre-locomotora.

Y tan es un hombre-locomotora que tiene músculos de hierro y acaba en punta : la chimenea está en la cabeza : el vapor en el estómago. Total : pocas carnes y nervios de acero.

Este hombre-locomotora no conoce el paso regular.

Camina por millas y vuela sobre rieles reales ó imaginarios.

Él no puede decir anduve diez cuabras, sino recorri tantos kilómetros.

No le sería posible llevar el paso en una marcha fúnebre y sin embargo bailarí á pesar de sus años un wals de Strauss ó daría la vuelta al circo de Luján á la par del *Gladiator*.

Nunca la máxima inglesa del *time is money* encontró en la práctica un representante más legítimo.

Es verdad que Cañas es argentino, francés, inglés, alemán, turco, suizo y yankee, porque es inteligente, honrado y activo, cobra, compra, cambia, vende, lleva, trae, sube, baja, corre, vuela, grita, se enoja, obedece y ordena.

¿Y qué hace Cañas? Todo.

Es el vínculo material entre Mercedes y Buenos Aires : es correo, telégrafo y es teléfono, además de ser locomotora.

Por él se manda algo más que una carta con estampilla, se transmiten diez palabras habladas ó se habla efectivamente con la capital.

Es más que todo eso : es banco, es letra, es pagaré, es giro.

Un oficio á la oficina de Hipotecas, un expediente, un par de botines de Bernasconi, un sombrero de Sommer, guantes de Bazille, un remedio de lo de Cranwell, un reloj del Cuadrante Misterioso, diez cajas de la Ciudad de Londres, una botella de vino de Cordero, los sueldos de diez empleados, cigarros habanos de lo de Chacón y Celery, libros, cigarillos de mil marcas, papel de hilo, de carta, sobres, lápices, cortaplumas, 100 pesos, 500 pesos, 1 000, 20.000 pesos...

Todo eso trae encima, colgado, atado, en pilas, bajo los brazos, en la cabeza, en los bolsillos, entre chaleco y camisa.

Así baja del tren como un depósito de Aduana, como un coche de encomiendas, para correr por las calles, sin perder un minuto con un par de buenos hijos que le alivian de la carga y le ayudan, golpeando los tres en todas las puertas y dejando en cada casa un atado, un bulto, un envoltorio.

Y esto todos los días, realizándose en Pedro Cañas el tan cacareado problema del movimiento perpetuo.

Casi no hay vecino que no sepa cuándo se va Cañas á Buenos Aires : lo sabe como sabe si hace buen ó mal día, porque Cañas tiene el don de la ubicuidad, está en todas partes, y lo ven todos á la vez.

Si fuera acusado de un delito cometido en Londres, se vería en figurillas para probar la coartada.

Las presunciones estarían en su contra. Todos sospecharían que había pasado de Buenos Aires á Londres en una noche, de un salto, en globo ó con alas.

No hay un viajero del tren del Oeste que no lo conozca, le salude y le hable. Los maquinistas y los guardas están aburridos de decirle buenos días ó buenas tardes.

Cañas es más dueño del tren que el mismo Dávila. Recorre los wagones, se sienta aquí, se levanta, abre una cartera y recorre mil apuntes, baja corriendo, hace un telegrama, cuenta un rollo de papeles de banco, almuerza, escribe, borra, hace se-

ñales, saca un cigarro, fuma, silba, duerme, pensando aún en el sueño en lo hecho ó por hacer.

Después de despachado el tren y ya en movimiento, y alejándose, se dibuja su silueta en alguna ventanilla y recibe á gritos y señas el último encargo con un gesto de aprobación inteligente y la cartera entreabierta en las manos.

Baja en el Once de Setiembre como un rayo, mete hombro, pisa y atropella, y nadie se atreve á quejarse ó enojarse porque él tiene un aire de comisionista de alto rango y delegado de todo el mundo que se impone.

Allá va Pedro Cañas en el tramway de Lacroze. Diez cuabras y baja y entra por una puerta dando tres golpes con el llamador. Habla ligero, encarga, casi ordena y emplaza para más tarde con un grito en retirada de :

— ¡ Volveré dentro de dos horas !

Y corre como un gamo diez cuabras más, veinte, cien.

Todos los tramways le sirven, por que necesita ir al Sud, al Norte, al Este y al Oeste.

Ya en el centro, en medio del bullicio, en plena calle Victoria, Florida ó San Martín, en el Banco, en la Bolsa, en el Hipotecario, en los tribunales, es un epiléctico, un poseído que se mueve como una ardilla; se agita en todas direcciones y se estremece de pies á cabeza á cada campanada del Cabildo que le anuncia que el tiempo se va.

Á las tres llega al Once de Setiembre otra vez. Regresa victorioso, cubierto con el polvo del camino, sudoroso en pleno invierno, pero nunca rendido al cansancio, nunca desalentado, jamás quejoso.

Pedro Cañas llega á Mercedes y vuelve á sus correrías, para empezar al día siguiente con la misma actividad sus tareas.

Y es así como vive y mantiene honradamente á su familia ese buen hombre, á quien todos necesitan y protegen.

Pedro Cañas merece ser rico y, si no llega á serlo, merece cuando menos la popularidad!

Mercedes, 1883.

U N IDILIO.

(ENSAYO ROMÁNTICO-NATURALISTA).

— ¿No me quieres ya? dijo rápidamente Ernesto clavando en Julia una mirada escudriñadora.

Ella respondió, levantados los ojos, serena, imperturbable, desafiante :

— ¡Nó!

La cólera, el orgullo herido, el despecho, la pena profunda, el convencimiento del desengaño, agitaron el corazón de Ernesto, que apenas si pudo, repuesto un tanto, preguntar una vez más con aire solemne:

— ¿Es posible?

— Es posible.

— Dame una explicación...

— Ninguna.

Y se separaron, sonrientes los dos, guardando correctamente las formas, saludándose afectuosamente sin que nadie se apercibiera de la completa ruptura que acababa de efectuarse.

Ocho meses antes de la escena que acabamos de relatar, la casualidad había puesto á Ernesto frente á Julia : á Ernesto que era un soñador de alma ar-

diente en plena vida y frente á Julia, la reina de la belleza en la comarca que habitaba, una mujer de una alta inteligencia, pequeña de estatura, de ojos negros, grandes y rasgados, y de hermosa cabellera rubia, de gracioso andar y altivo continente. Era una reina sin reino, una dictadora sin esclavo y tuvo como la visión de una tiranía al conocer á aquel hombre que se preciaba de observador de la vida y de las mujeres.

Ernesto había corrido el mundo con aturdimiento, apurando los goces como quien apaga la sed en corrientes turbias y bulliciosas, mezclándose al estrépito del mundo para vivir de emociones, y volviendo de las fiestas y los placeres sin satisfacerse jamás, sin dormir una sola vez sino con la pesadez estúpida del cansancio físico : jamás mecido por el ensueño de una ilusión querida, de esas que coloran y abrillantan la existencia, embriagando el alma con aspiraciones celestes.

Había bregado en la contienda humana como un esforzado, afrontando la pobreza, rechazando las indignidades, forjando en el yunque del trabajo diario el instrumento que defiende al pobre sér humano del hambre y las calamidades de la miseria ; se había puesto á prueba en los campos de batalla y había sabido cumplir con su deber en la humilde fila de los soldados ignorados, como había permanecido imperturbable al pie del lecho de moribundos contagiosos en la época luctuosa de una

epidemia memorable, cerrando con mano firme los ojos de los que habían sido sus amigos en la vida feliz de tiempos pasados. Había compartido en la buena sociedad con mujeres elegantes, hermosas y seductoras, las emociones encontradas de la juventud, y buscado el amor único que absorbiera su vida, sin encontrar sino inteligencias mediocres, aspiraciones vulgares, confidencias de salón, de almas circunscritas á las banalidades mundanas, y experimentado y desencantado miró el mundo al fin como el gran teatro de la comedia humana, sin dudar de la virtud, pero sin creer en el amor.

Así se halló frente á Julia, una mujer de 25 años, con una inteligencia superior y una sensibilidad exquisita : de una educación extensa y sólida, suspicaz y un tanto atrevida á la vez, con todo el aire de la mujer engreída por los aduladores, y que tiene la conciencia de una belleza que se impone.

Puesto al habla, se estudiaron los dos y Ernesto por primera vez sintió los síntomas fatales de una gran pasión : insomnios, anhelos, preocupación constante, constante persecución de la imagen de la mujer amada, lucha secreta y sin tregua por resistir al embelesamiento, grandes actos de resolución para huir de la sirena, protestas de reacción contra la esclavitud que iba atándole á la existencia de aquella mujer extraordinaria, y derrota completa en cada instante de prueba que colocaba al uno frente de la otra.

Por su parte Julia experimentó idénticos sentimientos, pero se manejó también para ocultarlos que hizo todos los aparatos necesarios para aparecer indiferente. Tenía así como la sospecha de hallarse enamorada; tal revolución había causado en su propio ser la palabra ardorosa y el elevado pensamiento de Ernesto: pero se horrorizaba ante la idea de que pudiera equivocarse.

— El amor, se decía Julia, tiene tales gradaciones, origina tales ofuscaciones en su primer avasallamiento del corazón humano, produce tales fenómenos en el espíritu, tal malestar físico, que en los primeros síntomas como con ciertas fiebres no puede diagnosticarse si se trata de una grave enfermedad, de una de esas grandes pasiones que llenan toda una vida ó de un simple malestar gástrico, una fiebre de impresión pasajera que no deja más rastros que cierta perturbación en el semblante durante algunas horas.

Ella tenía una experiencia dolorosa. En situación semejante se había encontrado diez años antes, cuando pisaba recién los umbrales de la vida, radiante la faz, con esa felicidad desconocida que no tiene otro origen que la edad misma, que todo lo colora de nácar y zafiro.

Cuando de aquella *primera pasión*, como ella la llamaba irónicamente, volvió á la realidad, despertó del encanto de un sueño infantil, y conoció otros hombres, se encontró con ese desgano, ese

desabrimiento, ese vacío que deja en el corazón un verdadero desencanto. Halló entonces que no amaba; que quería á aquel primer prisionero caído en sus redes como se quiere un juguete que entretiene, una joya que adorna un perro leal que nos acompaña ó un gato que tenemos la costumbre de ver dormir á nuestras plantas.

El día que así lo comprendió y buscó en aquel hombre rendido de amor pero insulso y mediocre al que debiera ser el amigo de toda la vida, se espantó del porvenir que la aguardaba, y una noche al despedirse le dió el golpe fatal; tan terrible y fatal que llevó al pobre enamorado al suicidio.

Tuvo el desgraciado la exquisita galantería de caer por última vez correctamente á los pies de su dama, pues dejó escrito en un billete que se arrancaba la vida cansado de luchar y arruinado por malos negocios. Y nadie averiguó más.

Desfilaron después ante Julia los pretendientes: literatos, médicos, abogados, comerciantes, ricos y pobres, hombres buenos y tranquilos, todos capaces de realizar esas felicidades monótonas de todos los días: pan y carne, hambre y sueño satisfechos: hombres gobernables con riendas de zuela ó seda: y ninguno entusiasmó aquel corazón extraño, aquella naturaleza exuberante de vida y de aspiraciones, caprichosa, altiva y desdeñosa á la vez bajo una fría reserva y una amabilidad inusitada, que pasaba á menudo por coquetismo á los ojos de

los que no conocían á fondo su corazón rico en tesoros de ternura, pero oculto á los ojos de los demás como el oro en la mina ignorada.

Ernesto la había causado una impresión profunda: había conseguido despertar en ella la vida de una inteligencia adormecida por el desencanto, el roce de las gentes vulgares y el aburrimiento de los galanteadores, esos detestables idiotas sociales. En una ocasión inesperada quiso sostener la mirada serena pero penetrante de los ojos de aquel hombre y por primera vez se halló vencida, dominada, electrizado todo su sér por una emoción desconocida.

Aquel instante fué el de su felicidad sobre la tierra. El desvelo dió formas luminosas al cuadro de su vida y su mente, pródiga en colores brillantes como la selva tropical, hizo un héroe de Ernesto, le alzó en el pedestal de su corazón y le coronó con las palmas de un amor inmortal. Así lo creía y soñaba ella y no trepidando ya entonces, se mostró apasionada, expansiva, insinuante, resuelta y decidida á todo. Amó como sólo era capaz de amar Julia.

La primera palabra de amor de Ernesto, obtuvo en recompensa una flor y una sonrisa: la primera opresión de mano se retribuyó con un estremecimiento suave, nervioso, apasionado y el día en que abrió aquél su corazón y brotó de sus labios la revelación presentida, ella sintió su alma inundada de

alegría y felicidad. A la faz del mudo hubiera jurado que amaba á Ernesto como se lo juró á él aquella noche por la estrella que brillaba sobre sus cabezas; inclinada la faz á inspiración del rubor que infunde la suprema confesión á una mujer enamorada.

Habían nacido para comprenderse, para fundir sus almas en una sola pasión, para dominar todos los inconvenientes yendo apoyados uno en otro hacia la gruta misteriosa del amor, por el camino umbrío perfumado por árboles en flor.

La naturaleza misma les ofrecía en plena primavera las galas lujuriosas de sus bosques, el ambiente puro, la atmósfera embalsamada de jazmines y madreselvas, la bóveda inmensa de nítido azul, las aguas rumorosas de corrientes cristalinas, los arreboles esplendorosos del sol y el murmullo amoroso de las aves en el monte verde oscuro que abrigaba la blanca casa, teatro de aquellas escenas de íntima felicidad.

Seis meses duró aquella dicha sin nombre.

En la ribera del río y sobre la blanca arena trazaron enlazados sus nombres, los grabaron en los troncos de los árboles añosos; lo esculpieron en las grandes piedras de la muralla: recorrieron los caminos escarpados de la montaña, asomándose tomados de la mano á los precipicios, para sentirse así unidos hasta en el borde del abismo; tejieron coronas de rosas y margaritas silvetres, coronán-

dose ella como reina, cayendo él á sus plantas como esclavo, para acabar despedazando las coronas y dividiéndose las flores entre risas de felicidad, miradas de embriaguez y suspiros de pechos anhelantes.

Era aquel un idilio; pero el idilio existe siempre que se vive la vida del amor.

Y el amor había hecho presa en aquellos dos corazones. Dos imaginaciones ardorosas, dos almas ávidas de expansiones y de intimidades, dos naturalezas en pleno vigor físico, llenas de savia, rebosantes de vida juvenil, dos existencias un tanto escépticas y altaneras las dos para el mundo que los rodeaba, tenían que sentirse atraídas con la fuerza secreta, ineludible, fatal, de las leyes providenciales ó del acaso que acercan los seres ó los separan por jamás sobre la tierra.

Así ataron las casualidades dos vidas como atan las lianas en mil envolturas dos troncos de árboles gigantes.

Ella tenía á veces en la mente todo ese tropel de ideas confusas de las pasiones ardientes.

Veía en sueños á su amante, ora soberbio, altivo, aclamado vencedor en medio de una batalla, ora abnegado hasta el heroísmo salvando de la muerte á un niño, á una mujer ó un anciano, entre las olas de un mar bravío ó las voraces llamas de un incendio; lo veía rendido á sus plantas con la cabeza entre sus faldas, y acariciaba aquella frente pensativa con

sus blancas manos y adormecía sus ojos, cerrándole los párpados con besos suaves como roces de alas; se sentía no sólo oprimida en un abrazo asfixiante hasta abrir la boca para demandar auxilio, sino que se sentía después ahogada por otros labios febriles que murmuraban frase entrecortadas de pasión; fundía las ideas y las emociones en una sola idea y en una emoción revelándose á su espíritu la comunión amorosa de dos almas y dos vidas, y encendidos los pómulos, secos los labios y las fauces, acababa tomando con mano temblorosa un vaso de cristal rebotante de agua fresca, que apuraba anhelosa sin apagar jamás aquella sed desconocida. Sed de amor.

Una noche que se revolvía en el lecho, sin encontrar descanso á su cuerpo mórbido y modelado en líneas curvas, blandas y suaves, se deslizó de entre los dulces abrigos y discurrió por las alfombradas habitaciones, desnudo el blanco pie, flotante su envoltura de leve batista y oprimido el seno con ambas manos en ese movimiento instintivo del pudor femenino.

Llegó así hasta la ventana de anchos cristales que daba al jardín; en actitud de éxtasis permaneció inmóvil contemplando las arenosas calles que recorría apoyada en el brazo de Ernesto horas antes.

¿Qué pensaba? ¿Qué quería? ¿Qué buscaba? Ella misma no lo sabía.

De repente se sintió asida de una mano y un

aliento de fuego, una respiración jadeante le quemó la nuca: debajo de los cabellos recogidos en alto, y entre el vello aterciopelado que sombreaba el dorso de su cuello.

Toda la altivez de raza de su sangre se agolpó á su corazón y dió un bote desesperado arrastrando consigo al osado asaltante.

La luna que entraba por los cristales de la ventana proyectaba un ángulo agudo de luz blanquecina sobre la alfombra, y fuera de allí, en la penumbra, aquella mujer se debatía con un ser desconocido, fuerte hasta el salvajismo, que no articulaba una sílaba, sino dejaba escapar de su garganta quejidos ó suspiros, como el que lucha perdida la razón en una ansia suprema.

Las delicadas manos de Julia, que era en aquel instante una heroína, cayeron como cintas de acero en el cuello del asaltante... ¡Horror! Sus manos delicadas se hundieron en un cuerpo peludo... La desesperación le dió las fuerzas de Hércules y... un orangután formidable arrastrado hasta la celosía, empujado sobre los vidrios los rompió con estrépito!

El cuerpo enorme se desplomó luego hasta dar pesadamente en las calles del jardín. Un grito de dolor se perdió en el espacio.

Julia, espantada, sin aliento, loca, corrió á su habitación y dió luz á la lámpara. De pie frente al gran espejo de su tocador, cargado de flores, se vió

cubierta de sangre, rasgados los vestidos, arrancado un trozo de seno, como por una garra de tigre, salpicado el cuerpo de heridas, y en el paroxismo de la desesperación y de la cólera se dejó caer en el pavimento prorrumpiendo en llanto.

La escena ruidosa atrajo á sus dos camareras que la hallaron en aquel estado deplorable. Interrogada, calló obstinada, guardando una reserva absoluta, una de esas reservas que parecen el silencio de un sepulcro. Quiso ponerse de pie y no pudo, y conducida al revuelto lecho que conservaba aún el calor de su cuerpo delicado, antes de perder el conocimiento y al sentir el dolor bárbaro de la herida de su seno, oyó los cuchicheos de la calumnia. En vez del orangután vencido, que recorriendo los campos llegara hasta allí, era para aquellas gentes un hombre el que había entrado por el balcón abierto, á las habitaciones de Julia : mas que desgarró de la piel, había entonces ya desgarró de honra á golpes de la calumnia.

Por eso ocho meses después, repuesta de aquella enfermedad misteriosa, cubierto con elegantes ropas el cuerpo virgen aunque mutilado, altiva siempre y orgullosa, y á la vez correcta en las formas, serena y terminante, cambió aquellas palabras con Ernesto.

— ¿No me quieres ya ?

— No.

— ¿Es posible ?

-
- Es posible.
 - Dame una explicación.
 - Ninguna.

Ernesto la declaró infame y desleal : se hizo soldado y murió como un bravo. Ella llevó perdido su único amor, su pasión, su nombre, su ideal, su idilio.

Julia es hoy una solterona tremenda : vieja, hosca, huraña, y agresiva, inagarrable como un puercoespín.

El domingo fué al circo llevando á unos sobrinos.

De prontos, aparecen los monos sabios ; da un grito y se desmaya. Los espectadores atribuyeron aquello á un corsé muy ajustado.

¡Yo que observaba desde un palco, adiviné todo lo intenso del golpe recibido por la vieja, al ver alzarse ante sí el cuadro horrible de su drama secreto !

VIAJES EN EL TREN.

Me siento, me acomodo, abro la ventanilla, preparo el boleto y estiro las piernas.

El cochecito está lleno.

Echo una mirada rápida : tres hombres, dos mujeres, tres chicuelos, muchas canastas y envoltorios.

Pasa un momento : una gritería infernal se oye en el andén.

— ¡Adiós, adiós, adiós!

— ¡Recuerdos á Manuela y Agapita!

— Á Tránsito que venga pronto. ¡Adiós Pan-chito, tan rico! ¡adiós Pipichito! ¡monono! dame un beso! Ruido de besos como ventosas.

El monono Pipichito es un zoquete que come bananas con tortas, y tiene la boca llena de migas y enmelada, y oye como quien oye llover los extremos de aquella señorita pintarrajeada y su voluminosa mamá, una señora con polvos.... de harina, que parece una envenenada.

Otra vez besos fuertes, abrazos con suspiros ahogados, más besos todavía, nuevos adioses.

El tren se pone en marcha y la madre de Pipichito saca las naranjas envueltas en un pañuelo,

para agitar éste á cierta distancia sacando por la ventanilla un brazo como una pierna con fiebre rosada.

La madre de Pipichito tiene unos cuarenta años, cabellos negros, ojos pequeños y vivarachos, una boca de pescado y dientes blancos. Es frescota y gordota con rumbo fijo á la obesidad.

Mira mucho á los pasajeros.

La otra mujer que va de viaje es una joven flaca, de semblante macilento, ojos lánguidos y bozo. Va de luto, pero tiene colgada al cuello.... no, al cuello no, al pescuezo, una cadena de oro, no, tampoco de oro, de cobre dorado, de grandes eslabones, en ella y sobre el pecho (una tabla de naufrago!) un medallón con el retrato de un militar; un chino de pera y bigote, que está parado con aire bravo, apoyado en un espadón y que demostrará en el aspecto unos cuarenta años. Ella, la enlutada, representa unos treinta. Está ajada, quemada por el sol y suspira con respingues del labio superior á cada rato.

El militar debe haber sido un valentón á toda prueba.

Como que ha de ser marido de ésta.

Cuaresma de todo el año : bacalao á todas horas.

Frente á mí está un inglés, rubio, quemado, con un saco pelusiento, botas embarradas y un gorro de pieles. Lleva un frasco colgado del cuello á la cintura, pero colgado á *soga larga*, tan larga que le permite besarlo muy á menudo.

Al lado del inglés un señor criollo *pur sang*, grueso, patilludo, con los pómulos color caoba, un abdomen respetable cruzado por una cadena de oro y en ella un relicario, dos llaves y un pito. Las manos de este señor parecen de cuero curtido, las piernas revientan entre unos zapatos cosidos y claveteados, sufren las caricias de unas medias de color dudoso que caen sobre ellos en gruesas arrugas. El chaleco sube, el pantalón baja, la camisa aparece á cada rato contra las precauciones de su dueño. Un poncho de vicuña le cubre las espaldas como un chal.

Después del criollo sigue un individuo de cara dura, bigotes salvajes estilo Víctor Manuel, descarnado de manos, cuyas venas son cuerdas que á cada golpe de tos ascienden á cables. Duerme ó hace que duerme, apretando entre los dientes uno de esos cigarros de *pajita* con el humo de los cuales se matan ratas grandes. Felizmente el cigarro está apagado.

Estoy condenado á soportar esta compañía estrafalaria hasta Buenos Aires. Experimentado en estos viajes de tren, resuelvo encerrarme en el más absoluto mutismo.

Pero no perderé pisada á ellos y ellas. Me place observar y estudiar tipos.

No anduvimos media hora y ya el silencio se hace fastidioso, es necesario hablar, porque nada es más difícil que tener la lengua quieta mucho tiempo.

La mamá de Pipichito da grandes besotones á su hijito. ¡ Oh amor maternal que te hace ver un ángel de belleza y bondad en el último monigote que das á luz!

Aquel muchachote de dos años es un lechón : está reluciente de gordo, tiene la nariz arremangada, una boca de sapo y unos ojos grises y pequeños como los de un gato.

Pero es hijo de su mamá y la mamá es mamá siempre. Pipichito para ella es un querubín : yo lo tiraría por la ventana como á un verdadero gato barcino. Y eso que quiero mucho á las criaturas, pero á las criaturas que revelan una chispa de ingenio, un espíritu despierto, una inteligencia clara, no esos pedazos de carne, verdaderos zoquetes, lechones invernados, que viven sobre el pan, el queso, las tortas, las naranjas y los duraznos!

Pipichito se duerme y ronca.... ¡ por supuesto! ¿ cómo no había de roncar ese mastín cachorro?

La madre le hace cama incomodando al inglés, que muy serio retira las patitas del nene para que no le embarren los pantalones.

— ¡ Qué viaje tan largo, no señora? ¿ dice la madre de Pipichito, parando dos muchachitos más sobre un vidrio, y dirigiéndose á la flaca, una verdadera romántica pampeana.

— Es verdad, contesta la otra con un suspiro y el respingue consabido del labio superior.

— ¿ Vd. viene de muy lejos?

— De Lavalle señora.

— ¡Jesús! ¿y no hay indios allí?

— No señora; allí está mi marido. (Otro suspiro y una tentativa de lágrimas con mirada lánguida al cielo).

— ¿Su marido es militar?

— Sí señora, la carrera más triste, uno tiene que estar separada casi siempre de....

— Es verdad.

— ¿Y la señora viene de lejos?

— De Chacabuco, de la estancia de mi cuñado, quizá lo conozca vd. don Saturnino Palmera..

— No lo conozco.

— Es extraño, es muy conocido.

El pasajero criollo que miraba á la mamá de Pipichito muy á menudo con cara de hambre terció en la conversación. Ya yo había observado que se estaba pirrando por hablarle á la gordota.

— Yo lo conozco señora, es amigo mío.

— ¿Qué casualidad? ¡El señor es de Chacabuco!

— No señora, de *Linco*, pero precisamente le he comprado ayer una caponada....

— ¿El señor tiene estancia en *Linco*?

— Sí, mi señora, la estancia llamada *El Carancho*.

— Le he óido hablar de ella á Saturnino. Pues yo he estado quince días en lo de mi cuñado y fui sólo por dos días : pero las muchachas se empeñaron y Filomena, la mujer de Saturnino que vd. conocerá también...

— ¡Cómo no, *dende* chica!

Aquel *dende* dicho en voz tan clara y con todas sus letras hizo dar vuelta la cara del inglés. Probablemente éste estudiaba nuestro idioma y no estaba en su gramática aquella palabra.

— Pues me he estado quince días y me parece imposible, sin saber nada de Candelario, mi marido. El pobre está empleado en Buenos Aires y es enfermo, aunque yo lo dejé ya muy bien, gracias al *dotor* Butiérrez.

El inglés se rascó una oreja. La señora siguió como un borbotón:

— Estuvo malísimo la vez pasada de un resfrío que le tomó el pecho, precisamente cuando nació este chico. ¡Hay tantas enfermedades en Buenos Aires! Qué diferencia de antes, si ahora cuando no es una cosa es otra. ¿No ve vd. la *virgüela*?

El inglés se apretó sobre la frente el gorro de pieles.

— Así es, así es, dijo el criollo; me dicen que hay mucha ahora.

— ¡Ahí está en los diarios! ¡A pesar que mienten tanto!

— ¡Como que no tienen con qué llenarlos! exclamó en tono de sol la flaca, agregando: ¿no ve vd. cómo gozan alarmando con las invasiones de indios?

— Así es, es así, contestó el criollo, de acuerdo siempre con la última pregunta.

La romántica no quiso dejar las cosas así.

— El niño que perdí era de mi primer marido, que era militar también y murió en el Azul. De este otro matrimonio no he tenido familia. ¿Y vd., señor?

— Yo soy casado hace quince años y tengo quince hijos. Mi señora ha tenido mellizos dos veces.

El inglés se sonrió y dijo :

— *Entonces hijos del país no acabar nunca como dice señora antes que yo hablo.*

Todos se rieron, yo inclusive, que perdí en mala hora mi gravedad.

El criollo se me vino al humo.

— ¿Sabe que ésta ha sido una buena agachada? me dijo.

— Sí contesté.

La madre de Pipichito se movía ahogada por la risa temblando como un budín de gelatina.

En ese momento se presentó el guarda, carraspeando todavía el último sorbo de la copa de ginebra que le había quemado el gáznate en la última estación.

— ¡Boletos!

La gorda y la flaca me hicieron vehículo conductor de los suyos. La primera dió dos boletos enteros para el Once de Setiembre.

— ¿Cuántos niños? ¿Tres, no? ¿tres niños y vd.? son dos boletos y medio, señora. Uno de vd., dos medios y un medio más.

— ¡Qué ocurrencia, está equivocado, hombre! conque le pago demás! Estos chicos no pagan boleto, vd. sabe bien.

— Sí, pagan, señora.

— ¡Le digo que nó, ni en el *tranbay!*

— Bueno, aquí pagan, avisaré al Inspector.

El guarda desaparece.

— ¡Qué escándalo! exclama la madre de los muchachos morrudos, todo se vuelve plata para esta gente. ¡Parece *incaible* que este ferrocarril sea del gobierno!

— ¡Oh! ¡el gobierno! dijo con una risa de pato marrueco el criollo, sacando un cigarillo negro y agregó: con permiso, voy á echar una pitada...

— Lo que es á mí no me incomoda... contestó la gorda.

— Ni á mí. Mi marido *pita* el día entero, y cada vez que se despierta de noche, ¡da unas fumadas! Estoy muy acostumbrada...

El italiano abrió un ojo primero, después el otro y mientras el criollo gozaba deshaciendo el tabaco negro en la palma de la mano izquierda, bajo la presión de dos dedos gordos de la derecha, aquél sacó fósforos y encendió el de *pajita*. Me estremecí.

El olor *venenoso* del mata ratas se esparció por el cochecito.

El inglés peló una pipa curada, negruzca y la cargó con un tabaco como plomo, como quien carga un narangero.

Un momento después aquello era un campo de batalla.

Las dos mujeres soportaban la atmósfera con toda la tranquilidad de quienes están acostumbradas á tales humazos.

Pipichito se descolgó de las faldas de la madre cayendo como un verdadero lechón en cuatro... pies.

Se enderezó y se agarró de las piernas del criollo. Éste desligó el pito de la cadena del reloj y se lo dió al muchacho.

No bien cayó el tal pito en poder de Pipichito, se prendió de él y comenzó á tocar hasta aturdirnos.

— ¡Tienevd. un niño muy mono! exclamó el estanciero de *Linco*.

Y decía verdad. Era un mono muy mono aquella insoportable criatura.

Nada halaga tanto á una madre como ponderarle un hijo.

La señora gorda estaba radiante de felicidad. Aquel hijo era su predilecto, los otros dos dormían, mientras Pipichito soplaba el pito revelando su precocidad.

— Tú serás en el porvenir un gran soplador de trombón, pensé para mí.

— ¿Cuánto falta para llegar á Buenos Aires? dijo la flaca dirigiéndose á mí resueltamente.

No tuve escapatoria y saqué el reloj.

— Falta hora y media, señora.

Al costestar así había roto con mi decisión de no hablar.

— Gracias. ¿Qué viaje tan largo, no? volvió á decirme.

— Muy largo, señora, sobre todo para vd. que viene de tan lejos.... (Me retozaba ya el espíritu por darle cuerda á la ex-viuda).

— ¡Es verdad, estoy muerta!

— Y luego es tan triste separarse más y más de los que uno quiere. Vd. ha dejado, según oí, á su marido en Lavallo...

— Sí, respondió con suspiro y con respingue de labio y bajando los ojos como una doncella al oír el primer piropo. Y agregó luego :

— ¿Es vd. casado? :

— Viudo, señora, viudo por tercera vez. Y suspiré más fuerte que ella.

— ¡Es posible, qué desgracia! Yo también perdí mi primer marido, muy joven, ¡y tan bueno que era el pobre!

— La vida es así, señora, todas son lágrimas y desencantos. Si no fuera la fe que uno tiene en que hay un mundo de eterna justicia.....

Nuestro diálago en voz baja pasaba desapercibido.

El inglés y el italiano dormían efectivamente. El inglés roncaba. El italiano, dormido y todo, hacía humear todavía el de *pajita*.

La gorda y el gordo hablaban en voz baja como

nosotros, riéndose á carcajadas como dos antiguos camaradas. El gordo tenía el aspecto del que es feliz y cuenta segura una gran *bolada*.

Pipichito se había vuelto á dormir con el pito á un lado de la boca, pito que parecía llave mal cerrada de aguas corrientes, tal era el líquido que corría en hilo hasta el suelo.

Yo había enderezado bien con mi frase melancólica dirigida á la romántica y me decidí á refosilarme.

— Es muy triste la vida, murmuró.

— Muy triste. Vd. no puede quejarse como yo...

— ¡Ah! ¡quién sabe!

Aquel *quién sabe* me hizo abrir los ojos.

— Es verdad que estar separada del que uno ama. Pero son ausencias que pasan. Yo lloro ausencias eternas, lloro tres mujeres que adoraba, tres ángeles.....

Y saqué el pañuelo, di vuelta la cabeza y..... me lo pasé por la narices.

La comedia era para ella drama : yo quería acabar en sainete : la cuestión era acortar el viaje, estudiando aquel tipo estrafalarío.

— Vd. sufre, le dije en el tono más sentimental que hallé á mano.

— ¡Ay! ¡mucho, señor! Cada vida es un misterio.

— Un misterio, es cierto. La felicidad es un mito, quizá vd... no es feliz.

— Lo sería si no fuera...

— Diga vd...

— ¡ Si no fuera *el defeto* que tiene él!

Él! pensé yo; ¡ un *defeto* que tiene *él!* debe ser un *defeto* muy gordo, un *defeto* que le tape todo el cuerpo cuando su *mujer* revienta por contarlo.

— Todos los hombres tienen defectos, señora, defectos que no hacen cambiar el fondo de una pasión.

— Cuando los *defetos* no son grandes...

— Pero un militar valiente y pundonoroso como su marido...

— ¿Lo conoce vd. acaso?

— ¡ Mucho... de vista! (Como que lo venía mirando en el medallón).

— Entonces vd. sabrá que...

— Que...

— Que, *chupa*... demasiado.

¡ Mil bombas no me hubieran hecho mayor efecto, y no por el *defeto* sino por lo *desperfeto* del lenguaje!

¡ *Chupa!* ¡ horror! ¡ terror! ¡ furor! ¡ La romántica era una cuartelera!

Comprendí perfectamente con qué clase de tipo me las había y acercándome más le dije:

— ¡ *Chupar* un hombre que tiene una mujer tan interesante como vd!

— ¡ Qué ocurrencia! exclamó, *yéndosele la boca* de pura satisfacción.

Llegábamos á Morón.

— ¡Á 50 cents. el ramo de flores!

El criollo se alzó como un globo, fué á la ventanilla y compró un ramo, que pasó á la gorda.

— ¿Bolada segura? pensé.

El criollazo sacó para pagar el ramo un grueso rollo de papeles de banco.

Hasta ahí no llegaba yo. Mi broma no debía convertirse en sustancia, porque gallina flaca no engorda el caldo.

— Estas flores, le dije muy despacio, que venden en Morón son viejas...

— Yo soy muy aficionada.....

— ¿Á qué?

— Á las flores.

— ¡Ah! creía que á... y la miré con ojos de carnero ahogado.

— Se conoce que vd. es muy enamorado.

— Ya ve vd., tres casamientos... ¡perdiendo *ambas tres* esposas!

— ¿Y vd. vive en Buenos Aires?

— No, en San Fernando. Y vd. ¿qué tramway toma?

— ¡Qué curioso! ya sé para qué quiere saber.

— ¿Para qué?

— ¡Para acompañarme!

(¡Estaba fresca la flacucha!)

— ¿Y cómo no? contesté. ¿Cómo se va á ir vd. sola?

Ella bajó los ojos. ¡La púdica Diana se me rendía!

En Ramos Mejía se abre la portezuela y cae como una bomba una vasca con una canasta y en esta dos gallinas que revelaban su existencia á pesar de los esfuerzos de la vasca porque pasaran desapercibidas.

— No hay lugar aquí, exclamó el criollo.

— Yo acomodo cualquier parte : trrren lleno.

Y se plantó entre mi compañera y yo, á lo que yo mismo contribuí como quien no quiere la cosa.

... Mi compañera se enfureció.

— ¡ Jesus! ¡ no me pise! ¡ qué ocurrencia meterse así y pisotearla á una!

La vasca se rió diciendo :

— Tener paciencia, señora, yo pagar boleto con plata mía...

— Sí, pero busque otro coche.

— Bueno, mañana.

— ¡ No sea atrevida porque llamo al guarda! y se contoneó como una paloma.

El inglés dormido estiró una pierna y puso su pie... inglés sobre la canasta : ésta se dió vuelta, cacarearon las gallinas, una salió corriendo y aleteando y se metió entre los vestidos de la gorda.

El criollo se apresuró á buscarla y tardó más de lo necesario en agarrarla y darla á la vasca.

En Almagro me bajé rápido, con asombro de la flaca que me creía cautivo y asegurado su boleto de tramway y algo más.

El gordo tenía en aquel momento dormido en las

faldas á Pipichito, como si fuera aquel uno de sus mellizos nacidos en la estancia del *Córancho*.

Al día siguiente leía en un diario :

Robo. Anoche un señor grueso, hacendado, daba grandes voces al llegar á la Plaza de la Victoria en el tramway N... Aseguraba que le habían robado diez y siete mil pesos de la antigua moneda de Buenos Aires. Armó tal escándalo que tuvo que intervenir la Policía. No ha podido descubrirse al ladrón. »

CARNAVAL.

Días de bullicio, no se piensa en otra cosa sino en las fiestas de carnaval.

Sólo quedan rezagados aquellos que, heridos por el dolor, huyen instintivamente de los centros de alegría.

Los demás, unos más, otros menos, todos hacen un paréntesis á la tarea ordinaria y las preocupaciones de esta vida agitada que sobrellevamos todo el año.

Anoche han comenzado el juego de pomos, los bailes y las máscaras.

El aturdimiento irá en *crescendo* hasta hacerse infernal el tercer día.

Cada uno hará su acopio de bromas, sus proyectos de conquistas y de sorpresas.

Las máscaras tienen un atractivo particular.

Una mujer con antifaz es un misterio que exalta la imaginación.

De ahí que todo el que tiene ante sí una mujer disfrazada, crea que es la más linda que habita la tierra.

¿Por qué atrae una mujer con la cara cubierta?

Porque sus ojos, su boca, su nariz, su cutis, todo es un problema.

El hombre, que anda siempre tras de ilusiones, no piensa nunca que tras del antifaz puede ocultarse una mujer horrible.

Cree siempre que es una belleza oculta, guardada, reservada exclusivamente para él por el destino.

Música, bullicio, gritos, chillidos, voces hirientes, carcajadas ruidosas, gasas transparentes, flores perfumadas, colores abigarrados, trajes caprichosos, he ahí el conjunto de un carnaval.

Escuchad : aquí una risa burlesca, allí un epigrama ; aquí un pinchazo en forma de broma, allí una palabra que hiere como un puñal ; más allá un suspiro, en todas partes una alegría y una felicidad mentida.

Bajo el antifaz se devoran los celos, las rivalidades y los despechos.

Hay dichos inocentes y agradables coloquios : simpatías que se convierten en pasiones : amistades que se hacen eternas, rupturas de antiguos vínculos, promesas de felicidades sin nombre.

Hay también puñaladas y estiletaos, lágrimas amargas, sollozos sofocados.

Las comedias y los sainetes suelen convertirse en dramas y los dramas en comedias y sainetes.

Los hogares tienen una amenaza en el carnaval.

Suele la familia feliz, los esposos hasta ayer cariñosos y tranquilos, encontrarse envueltos en esa vorágine de las mascaradas, donde tanta reputación

y tantas virtudes se mancillan por palabras pifionas y vengadoras y la víbora de la calumnia clava su diente venenoso.

Suele cargarse un horizonte límpido hasta ayer, de espesas nubes después.

Suele despedazarse un corazón, herirse un alma inocente, matarse una esperanza con una sola frase.

La ola de las alegrías humanas trae en su seno el cieno de las más terribles pasiones y á su empuje nada se detiene ni defiende.

He oído reír con el eco de la más feliz alegría bajo un antifaz, y he sabido después que aquella risa y aquella alegría era simple exterioridad, y que bajo la máscara había unos ojos enrojecidos por el llanto.

Pero esto es lo grave y filosófico y debe sentar mal á mis lectoras, ávidas de diversiones y de buenos ratos.

El pomo derrotando á los bárbaros huevos, se ha impuesto como una necesidad.

En los carnavales modernos no se comprende un joven ó una niña y aun ciertos viejos y viejas alegres sin la correspondiente provisión de pomos.

Como es de moda el asalto, no ya con jarros y bombas sino en las ventanas, esas ventanas cargadas de lindas muchachas, graciosas y provocadoras, colgadas de las rejas como las uvas pintonas de las vigorosas parras.

— ¡No se oculte !

— ¡Qué esperanzas! ¡si aquí estoy! ¡vea qué coraje! ¡se retira!

— ¡Ay! ¡qué me ha dejado ciega!

— ¡No, en los ojos no!

Y siguen los hilos de agua de uno y otro y otro como empapando á los combatientes, y todo ello entre gritos, dicharachos y exclamaciones.

De repente aparece un grupo de máscaras y la escena cambia.

Las muchachas salen al patio á recibir á los disfrazados, y en medio de una algarabía infernal se cruzan las bromas y las pullas, buscándose los que tienen interés en encontrarse.

Vendrá el corso con sus escenas típicas.

Saldrán á luz las famosas libreas, los cocheros tiesos, de corbatas y guantes blancos, y sombreros galoneados.

Los carruajes descubiertos con damas lujosamente vestidas y máscaras vistosas. Las mantas tejidas, blancas ó rojas, los adornos caprichosos, las flores, las cintas, los moños en los caballos espléndidos, formarán ese hilo de múltiples colores que se llama el corso.

Los balcones y azoteas se coronarán de mirones que cambiarán á gritos bromas con las máscaras.

Las comparsas marcharán organizadas entre el corso, con sus estandartes, sus trajes de vivos colores, sus músicas y sus cantos y voces alegres.

Luego y completando el cuadro las máscaras

sueltas, los arcos adornados, las banderas y gallardetes, los farolillos, las caricaturas parlantes, la gente llenando las veredas, y ese clamoreo que truena los aires, y esa inmensa alegría que rebosa de todos los labios, y ese empujarse y codearse, y ese oleaje humano que va y viene y ese insaciable afán de broma, de chiste y aturdimiento y esos colores chillones y esa masa informe que se remueve, se aprieta ó se estira como una serpiente.....

En medio de la gran batahola y del gritar y accionar de las máscaras, nadie se acuerda de las luchas políticas.

Es un armisticio convencional de los combatientes.

Las armas se guardan.

Se cierran las imprentas y se suspenden los diarios.

Los muchachos vendedores de éstos, se cambian en vendedores de pomos y ramilletes.

En vez de crónicas y noticias se arroja agua á las muchachas de carne y hueso, empapándoles los transparentes vestidos.

Todo se transforma en estos días y se contagia con las risotadas de Momo y las piruetas de Terpsícore.

No hay casa que no sufra modificaciones, de la sala á la cocina.

Las alfombras ó esteras se levantan ; los muebles se enfundan, y se almuerza, se come y se duerme á horas irregulares.

Un golpe de bombo de una banda de música que se acerca, el ruido de los cascos de caballos que se aproximan en tropel con gran estrépito, los sonores cascabeles, las voces chillonas de máscaras cercanas, hacen abandonar la mesa, y corre la familia en masa, padre, madre, hijas y chiquillos á los balcones ó la ventanas.

Se come mal, y la sopa ó el asado se enfrían, amén de las muchachas, que entre plato y plato van á sus cuartos á seguir los preparativos de vestidos, adornos ó peinados.

Hay una hora crítica en los días de Carnaval ; la de las cuatro y media de la tarde.

Si á esa hora un imprudente penetra en los comedores de varias casas, hallará en la mesa muchachas con las cabezas á medio arreglar, ó peinadas y con batón, ó con la cara y los brazos llenos de polvos, ó con papeles en el cabello, para formarse rizos ó flequillo en la frente.

¡Difícilmente se conformaría una de ellas con una sorpresa semejante!

Media hora, una hora después, ya es otra cosa ; salen de ésta y la otra casa tapadas con chales vistosos, ó suben á un carruaje, acompañadas del papá ó del marido, ó de un hermano, ó de un primo, etc.

Á las doce de la noche los papás y las mamás, pálidos de sueño, reniegan de las máscaras, y éstas que ven á los soñolientos, les dicen á boca de jarro

grandes y pesadas bromas sobre el sueño y la hora, porque el carnaval y la máscara permiten las más atrevidas franquezas.

¿Hay baile en el club? Terrible agitación de las casas en que hay muchachas que se preparan á asistir al « Progreso » ó al « Plata ».

Las sirvientas corren de aquí para allá, se entorñan las puertas y se oye á cada momento gritos de :

- ¡No se puede entrar!
- ¡No abran la puerta!
- ¡Me dejan entre vientos!
- ¡Traigan alfileres!
- ¡Los guantes estaban sobre el piano!
- ¡Tráeme el espejito de luna veneciana!
- ¡Unas tijeras!
- ¡Los polvos dorados!

Y el formal dueño de la casa y la respetable consorte esperan en la sala, algo más que acalorados, sofocados y muertos de cansancio por las tareas del día y las trasnochadas.

Un momento después, sale la familia, se abre la portezuela del carruaje, se levantan en el aire las livianas colas de los vestidos, se cierra la portezuela con fuerza, parten los caballos á escape sacando chispas y recorren calles salpicadas de alegres máscaras, que van á su vez á la Ópera, á Variedades, al Politeama, al Nacional.

Abiertas ventanas, luz que por ellas se derrama, música, cotorreo de *mascaritas* que se revuelven en

los salones, alfombras de las escaleras, bronce bruñidos, ramos de flores. Todo eso es, mirado de afuera, un Club.

Por dentro, las galerías llenas de individuos de frac, de guantes y corbata blancas, de abiertos chalecos, de peinados perfumados con aceites y pomadas, muchos teñidos, muchos pintados y retocados, muchos solterones, muchos aburridos antes y después del baile, y muchos jóvenes contentos de verse buenos.

Entrando á los salones : un clamoreo con ecos metálicos, hirientes, espeluznantes, algo como los chirridos de los rieles en las curvas, ó de los goznes de puertas pesadas, multiplicados al infinito en millones de curvos y de macizos portones.

Es una parte de la ola del carnaval que se remueve entre gruesos muros y en un mundo de papeles dorados, sofás y taburetes de seda, espejos rutilantes, mullidas alfombras, arañas chispeantes, orquestas deliciosas, flores y perfumes embriagadores.

En aquella atmósfera se vive ó se muere : se sueña ó se sufre atrozmente con la realidad, se engañan unos á otros, se mienten, se halagan, se buscan, se huyen, se espían, se cazan palabras al vuelo, se da miel ó hiel y todos bailan, saltan, corren, se agitan, se revuelven y la masa de todos colores desata sus anillos ó los estrecha circulando por los salones.

Y al día siguiente el Corso otra vez, y el pomo y la ventana y la azotea y las máscaras sueltas, y las comparsas, y luego el baile otra vez.

CIENCIA DE LA OBSERVACIÓN.

Estuve en Palermo el último domingo. Era un día espléndido, primaveral, á pesar de hallarnos en pleno invierno. La atmósfera tibia, los árboles engalanados con sus verdes hojas agitadas apenas por un viento suave y perfumado. Una magnífica columna de agua surgida de una peña artificial, describía en su parte superior una curva rápida convirtiéndose al caer en una lluvia finísima, que regaba la superficie del lago con millares de burbujas. Música en el pabellón. Más allá, gente discutiendo á pie con ese aire feliz de los desocupados á quienes nada preocupa, hombres y mujeres, viejos y jóvenes, el uno que se para delante de la casa rústica de tal ó cual animalejo, el otro que echa casajos al agua, los de más allá que se sientan sobre el musgo, comen naranjas, tiran á *medio fumar* un cigarro, juegan con el bastón, miran aquí, saludan allá, cuchichean por este lado, sonríen por el otro, siguen con la mirada algún vestido ó el rápido cruzar de un carruaje, etc., etc.

Un amigo ponderaba lo bien que se estaba allí.

Es que se encontraba feliz; el tiempo era hermoso y mucha la concurrencia.

Me recosté en un árbol en la gran avenida, y me dediqué á hacer conjeturas y filosofías.

Es una manía de la que no me puedo desprender.

Cuando me encuentro en medio de una gran concurrencia, en una fiesta pública, en el teatro, en un baile, mi placer grande, sin igual, es entregarme á la meditación, digo mal, á la *observación*.

Nada para mí más agradable que observar movimientos, risas, palabras, frases, saludos significativos, apretones de manos, etc.

El espíritu se aviva, la crítica íntima se hace, delicada, aguda, penetrante.

Se adivinan la palabra, el pensamiento, la acción, y se forman juicios completos, exactos.

Va uno tan lejos que estudia la formación craneológica y las líneas fisonómicas, y deriva de tal protuberancia frontal ú occipital, de tal configuración del ojo, la nariz, la boca ó la barba, la inteligencia, la mediocridad, la estupidez, el carácter, la nobleza de sentimientos, el don de la palabra, la falta de méritos morales, etc.

No os riáis, queridas lectoras.

Una trenza rubia ó negra; unos ojos abiertos donde la luz reverbera, ó unos pequeños donde no hay sino tinieblas, una boca risueña, que dibuja una sonrisa bondadosa, ó el desdén del orgullo; una frente alta donde la inteligencia derrama su luz ó una deprimida donde no brilla un solo pensamiento: todo tiene su significado, casi siempre seguro

Miraba los coches que desfilaban y adivinaba alegrías y tristezas, misterios y contrastes de la vida.

No es siempre el cupé forrado en delicado satín, el cochero de librea, la pareja de fogosos caballos, la mano aprisionada por el perfumado guante, las joyas deslumbrantes, los labios sonrientes, los que van diciendo á gritos : ésta es la felicidad.

Muchas veces, *observando*, sorprendéis un gesto, la contracción de un músculo, un estremecimiento involuntario, y buscáis con los ojos un grupo y halláis un hombre que se desliza entre una nube de polvo, y recordáis nombres, fechas, hechos, la imaginación despliega sus alas y en el fondo del alma se produce un convencimiento, eso que se llama la convicción.

Y saludáis amablemente á pesar de todo esto á los que pasan, que no sospechan siquiera toda la labor intelectual que acaba uno de realizar.

Allí dos que se odian, guardando la fórmula social, marchan juntos departiendo como buenos *amigos...* para los que miran. Yo que sé que hay un abismo entre ambos, busco la explicación del hecho actual y *observando* siempre, encuentro la solución de aquel problema.

Más allá, dos muchachas se saludan tomándose las manos y sacudiéndolas con fuerza. Ríen á todo reir, mostrándose recíprocamente los lindos dientes que Dios les dió. Y sin embargo á pesar de aquella exterioridad, de aquella alegría envidiable, las dos

se temen. Hay un *él* que puede hacerlas mañana enemigas irreconciliables.

Un poco más allá, dos leales compañeros caminan tranquilamente. Esos sí, me digo, deben ser *amigos*. Los conozco desde el colegio : los dos son buenos y de nobles sentimientos, y siempre mantuvieron viva la simpatía y la mutua estimación.

Y sin embargo, he sorprendido una sonrisa mefistofélica en los labios de aquel otro hurraño que va mirándolos de soslayo. Éste detesta á aquéllos. Los tres estuvieron en el colegio juntos, pero éste fué siempre discolo y malo ; y aquéllos generosos y sinceros.

Y comparo, y conjeturo, y adivino sin esfuerzo el porvenir del uno y de los otros.

Y como no todo es serio, guardandó siempre la circunspección debida á *la sociedad*, me río á carcajadas, para mis adentros, al ver cruzar pisándose la orilla del pantalón á un conocido mío que gasta mensualmente muy buenos pesos por llegar á ser un *león*, y (él lo reconoce) ¡jamás lo ha conseguido !

Yo no sé qué hace, ó qué no hace, para que los pantalones se le caigan, se le suba la corbata, se le espeluzne el sombrero y se recueste siempre á paredes mal blanqueadas ó puertas recién pintadas.

Compra un par de guantes y se le abren las costuras al ir á ponérselos.

Sale con sombrero nuevo y al entrar en el tramway

se lleva por delante el timbre del coche y se hiere de una manera lamentable el sombrero.

Lleva botas flamantes, y una cuadra después de salir de su casa, va cojeando.

El domingo me vió y se me vino al humo en el acto. Es un buen muchacho y nos queremos bien.

—¿La viste? me dijo.

—¿Á quién?

—Á ella. ¿Pues que no sabes que ando loco por *fulana*? Si me dice que *sí*, me caso, agregó, restregándose las manos.

—¿Como no te suceda lo de siempre y en vez de un *sí* te salgan con un *no*!

—Pero hombre, eso ya sería demasiada desgracia... Mira, allí viene, va á pasar por aquí. ¡Encantadora! ¡Encantadora!

Estábamos junto al lago.

Efectivamente era hermosa y gallarda la niña. Al enfrentar á nosotros saludó : mi amigo quiso contestar el saludo de una manera significativa, pero al ir á llevar la mano al ala del sombrero le dió un golpe á la copa y... el sombrero se fué al agua.

Yo solté una carcajada.

La hermosa niña ahogó la suya con un pañuelo de batista, mas no por eso dejamos de ver las convulsiones de una risa homérica que inyectaba las venas de su precioso rostro.

¿Cómo, pues, no hacer *observaciones* sobre todo esto?

Y si hay hombres con *destino*, uno se piensa que lo mismo pasa con las familias, con los pueblos, con el mundo.

De manera que de lo risible á lo serio no hay propiamente distancias insalvables, sino espacios que hace desaparecer la asociación de las ideas.

Un paseo público lleno de gente risueña, habladora, contenta, es un vasto campo de observación.

El ojo penetrante descubre las palpitaciones de la verdad, debajo de la sonrisa de la mentira, como adivina las palpitaciones del corazón bajo el ceñido corpiño ó el ajustado gabán.

De ahí lo entretenido de la observación. Cuando todos se creen exentos de examen, siempre hay alguno que sorprende la sonrisa feliz, ó el estremecimiento de las desgracias y las contrariedades.

Tengo hecha de esa manera mi experiencia, especie de arado filoso con que á menudo rompo las malezas que se interponen á mi paso por ese campo gigantesco que se llama el mundo, cual si quisieran impedirme que haga la debida distinción entre la verdad y la mentira, entre la realidad y las engañosa apariencias.

¡Cuántas veces he entrado de pronto en un salón de baile, y me he sentido en los primeros momentos como mareado, atraído, fascinado por ese indescriptible conjunto formado por las luces, el calor del ambiente, las armonías del piano, el movimiento agitado, convulsivo, de los bailarines, el general

murmullo y cuchicheo, el aroma de las flores, el crujir de los vestidos, el chisporroteo del carbón en las estufas, en fin, por todo ese cúmulo de atractivos y de seducciones, de ruidos y de perfumes, de efectos y de movimientos, que dan vida, forma y carácter á esa clase de fiestas!

En aquel primer momento, comprendía que absolutamente no era dueño de mi cabeza.

Los bailes embriagan el alma y dan alas doradas á la imaginación.

Mas, dominándome luego, he conseguido sustraerme á la corriente de las fascinaciones, y entonces, al lado de alguna amiga de esas que hay en todos los bailes, que pasan los más grandes tormentos porque no las invitan para *dar una vuelta*, me he dedicado á ese examen de caras, ojos, sonrisas, conversaciones, trajes, etc.

¿Me diréis que eso es desagradable? Según y conforme, os contesto. Desagradable, si queriendo uno aturdirse, no se aturde, y ve la realidad de las cosas de esta vida, aunque sea entre danzas, músicas y flores. Agradable, si uno prefiere, como yo, la verdad descarnada á la mentira velada por el oropel y la falsía.

El teatro, por ejemplo. Excelente para ir á oír música ó una buena comedia, pero muy bueno también para hacer uno sus estudios morales en los entreacto .

En el palco n.º tantos, una enorme señora está su-

friendo atrocemente, á pesar de sus sonrisas y su plácido semblante.

Y se conoce que sufre, porque de vez en cuando, su cara se transforma, aunque por muy breves instantes. El abanico nerviosamente agitado, ciertos suspiros desahogantes, el color rosado subido de la tez, siempre en crescendo, los movimientos violentos en la silla, todo ello examinado con el anteojo, os está revelando el sufrimiento.

¿Sabéis por qué sufre? Porque el talle ó sea la informe masa carnada que de él queda, está comprimida atrocemente.

Porque aquellos son los síntomas de la sofocación que no mata, pero que martiriza.

Os penetráis de la verdad, y no podéis menos entonces de hacer las naturales conjeturas sobre la vanidad humana, sobre el inútil esfuerzo del arte, sobre las leyes ineludibles de la naturaleza humana, sobre la edad feliz, brillante, llena de encantos de la juventud, y la implacable vejez que borra el perfil delicado, abulta la nariz, ensancha la garganta, quebranta el cutis, y de los que fueron contornos finos, suaves, delicados, hace agudas puntas, ó violentas curvas ó formas lastimosamente desarrolladas.

En otro palco una joven no atiende á un galán que, revenido como un caramelo, y en plena expectación, la habla, la mira, la interroga, le busca los ojos, le suplica inútilmente que lo atienda.

Y es aquél un buen mozo, rico, elegante á la moda.

¿Por qué no le querrá? se pregunta uno mirando y observando. Y da al fin en la tecla, recordando que hace un año estaba el mismo hombre-caramelo en otro palco, haciendo la corte á otra niña á quien olvidó después.

Y dos años antes había sucedido lo mismo.

Entonces claro está que la joven, ó no lo quiere, ó es táctica, y lo pone á prueba.

Y aquel político, candidato á un alto puesto, que fué burlado ó vencido, y que está tan grave ¿en qué piensa? Sigue el canto nota por nota... ¡Mentira! Está abstraído, haciendo cuentas de votos futuros, de futuras probabilidades, está en plena región de las conjeturas. ¡No oye la música aunque lo parezca!

Allá en un rincón de la platea vislumbro una calva circundada de blancos cabellos. La mirada no está en la escena, sino clavada en la cabeza del vecino de la fila de adelante. Y sin embargo, ningún oído en el teatro recoge más delicadamente las notas que el del anciano. La música fué la pasión de su vida. El gesto; el movimiento de cabeza; no es que esté distraído ó aburrido; es que percibe una irregularidad, la falta de una nota, la prolongación excesiva de otra, ó goza con la belleza de tal aria ó la buena ejecución de tal duo.

Al llegar aquí estoy seguro que diréis ¿pero entonces todos vivimos engañándonos?

Algo de eso.

Á esa conclusión he llegado hace mucho tiempo.

En política, en amor, en fiestas, en visitas, en todas partes, esa es la regla general.

La excepción es la sinceridad, la verdad, la franqueza, la lealtad.

El libro de la hipocresía tiene dos capítulos. El uno trata de la hipocresía que traiciona, que engaña, que oculta la verdad para conseguir algo que causa á uno ó muchos un gran mal. El otro trata de la hipocresía que no hace daño realmente, y que engaña por engañar, para vivir ficticiamente, con ilusiones ó pretextos, del ruido y el fausto.

La pobre naturaleza humana necesita á menudo sustraerse á la verdad.

¡Gracias que lo consiga algunas veces!

Al dolor se le opone el consuelo que no es más que la palabra que engaña, ó distrae de la realidad.

Á las contrariedades diarias, se les oponen las fiestas bulliciosas que aturden.

Á la derrota ó el desengaño, la esperanza que es lo impalpable y lo desconocido.

Al germen del amor, la indiferencia del objeto amado, aunque éste ame á su vez para incitar con la indiferencia, que es la mentira, el fuego del amor, que es la verdad.

Al plan político futuro de ambición la engañosa apariencia del presente y la promesa falaz.

Á la ambición atrevida, la cara humilde y la insana actitud severa.

Luego tiene uno muchas veces que engañar á su vez para no ser engañado.

Luego tiene uno que ser hipócrita en muchas ocasiones, con arreglo á las reglas del segundo capítulo del libro mencionado.

Tratad de conocer si os engañan.

Observad siempre y en todas partes.

No os fiéis de las sonrisas y las franquezas inusitadas.

Ni de las alegrías ó tristezas.

Ni de las alabanzas.

Ni de las amistades que se brindan.

Ni de las felicidades políticas que os pinten con brillantes colores.

Ni de las promesas halagüeñas.

Ni de todo ese cúmulo de manifestaciones de la exterioridad individual.

Para un hombre ó una mujer sincera, hay cien que no lo son.

Adivinar la intención, sorprender el suspiro, alcanzar á vislumbrar una sonrisa oculta, un pensamiento velado, descubrir la verdad siempre, hé ahí para mí una manía que está muy lejos de hacerme daño.

El día que os familiaricéis con esa observación constante, daréis á cada uno su lugar; comprenderéis dónde existe el mérito y dónde no; quién os

habla con el corazón, quien con la lengua; qué quieren de vosotros ó qué no quieren; cómo habéis de conducir os en tal ó cual ocasión; qué podéis esperar de éste y no de aquél; quién es el amigo y quién el enemigo, cuál es el que os quiere de veras, cuál os detesta y á quiénes sois indiferentes.

NAVIDAD.

TENTACIONES PARA LOS POBRES.

— ¡Dame el brazo, mujer, que estás ahí encerrada en tu costurero cosiendo y zurciendo toda la vida! ¡Ven, vamos á dar una vuelta, un paseo matrimonial; vaya, arréglate y vamos; no me pongas inconveniente, vamos, vamos!

Mi mujer quiere resistir; *rematar*, según su frase, un vestido crema para la hijita núm. 5.

— Te estás apolillando encerrada siempre en tu casa. Bueno es ser una mujer hacendosa y muy de su hogar, pero hija, todo exceso es malo. Los muchachos duermen; acabo de recorrer las camas innumerables; á Carlos le he quitado un almohadon de plumas que se había echado á los pies; á Benito le he muerto en la nariz dos mosquitos; á Jacinto le puse la almohada en su lugar otra vez: estaba ella bajo la cama y él abrazado del colchón: á Zulema le he quitado suavemente la muñeca: en fin, todos duermen, unos boca arriba, otros boca abajo, unos contra la pared, otros en la orilla de la cama. Por cada boca entreabierta entra el sueño y sale la fatiga del día: descansan.

Mi mujer convencida desaparece, previo depósito en la histórica canasta de costura, de los instrumentos y útiles consabidos, dispersos aquí y allá.

Hémos en la calle, á las 9 de la noche, contestando y haciendo saludos.

— ¡No ves, hija, todo el mundo en la calle! Mañana es Navidad, y todo el mundo también se prepara á compras y regalos : ¡sólo nosotros somos excepción á todo el mundo! Mira : traigo en el bolsillo cien nacionales ; dispón de ellos para algunos regalitos. De seguro que tenemos nuestros compromisos, ¿eh?

— Ya lo creo ; los doctores... nuestros médicos...

— Cierto ; nuestros médicos queridos á quienes tanto debemos. Pero me das tres nombres : cien entre tres, toca á « nada » á cada uno.

— Un broncecito de esos de Manigot de que habla LA NACIÓN de hoy.

— Hija, es inútil tu hábil diminutivo : no hay broncecitos, sino bronces, y los bronces modernos tienen una particularidad : es un metal que tiene vida y movilidad : esos bronces abren la boca y se tragan los billetes nacionales y provinciales que es un contento.

— Bueno : elegiremos otra cosa ; tú, que lo entiendes mejor ; vamos á lo de Escary, Lajouane,

Espiáse, Joly, Jacobsen y eliges una obra para cada uno.

— Ya lo creo que habría donde elegir, pero cada obra buena, ricamente encuadrada, para hacer, en fin, un regalo, cuesta cuando ménos la mitad de nuestro capital, y no podemos ni salir de él ni hacer excepciones.

— Vamos á algún bazar y allí elegiremos.

Y hétenos en las principales casas de novedades de la calle de Florida.

Hace una hora que recorreremos vidrieras, lanzamos una exclamación de sorpresa aquí, nos sonreímos de placer más allá, inquirimos precio, arrugamos el ceño y nos miramos comprendiéndonos.

— Esta palmatoria de onix; ¿cuánto vale? dice mi mujer adoptando esa actitud de falsa indiferencia que conocen tan bien los vendedores.

— Poca cosa, señora; es una pieza preciosa; Mme. X. llevó una ayer; el Dr. Z. compró otra esta mañana; no nos queda más que ésta.

La etiqueta donde está el precio imaginario en símbolos que no significan nada, gira entre las manos del vendedor. Estamos nosotros suspensos del hombre, de la palmatoria, del cartoncito verde con símbolos y sobre *todo* de los consabidos cien nacionales.

— Esto vale sólo ciento veinte pesos.

Echamos la última mirada á la palmatoria : el vendedor promete rebajar algo ; nos pasamos á otro escaparate y afronto derechamente á una maceta de mármol y bronce dorado :

— Y esto, vale...

— Una obra de arte, monsieur ; doscientos pesos.

Deslizo al oído de mi mujer un « vamos » que es seguido de nuestra desaparición. Ya en la calle estalla mi mujer en toda la indignación de una madre de familia que sabe lo que cuesta ganar el dinero y lo que se gasta en lo indispensable.

— ¡ Pero, esto es horrible ! ¿ No te he dicho yo muchas veces que desde que tenemos « nacionales » ya decir doscientos pesos es como si se tratara de los pesos « de antes » ? Ya ves, hemos preguntado el valor de muchos objetos, ninguno vale menos de cien pesos...

— Y se venden sin embargo : mira, allí sale nuestra... la que hubo de ser nuestra palmatoria : ya está comprada ; la ponca en el carruaje, y fijate, en el carruaje hay otros objetos envueltos.

¿ Cuántos billetes de á cien pesos habrá gastado esa señora ?

— Alguna gran fortuna...

— No tal ; hoy se compra todo esto por gentes de un vivir modesto : mira, hija, estás muy atrasada. No hay quien no haga hoy regalos de dos-

cientos nacionales. ¡Doscientos nacionales! ¡vaya una bicoca!

— Pero cómo...

— ¡Ah! no preguntes: desde que todo lo que se exhibe se vende, es porque hay quien lo compre; la ley de la oferta y la demanda. Se demandan estas chucheras y se les ofrecen: pagan y santas pascuas. Lo que prueba que abunda el dinero, ó lo que debe representarle, el papel.

— ¡Pero es tan cara la vida!

— Para unos cuantos, entre los que estamos nosotros. Te propongo que suprimamos este renglón « regalos » de nuestro presupuesto: era un sacrificio que quería hacer para cumplir con ciertas amistades...

— Y además de los médicos, otras personas reclamarían también un recuerdo.

— Ya, ya, las tengo en la cabeza y en el corazón; pero no pudiendo...

— Desistimos.

— Cabal; y seguimos nuestro paseo nocturno.

Y así lo hicimos: por los grandes y bruñidos cristales de las vidrieras se derramaba la luz á torrentes: hacíamos parte de los grupos de curiosos y sólo en la Ciudad de Londres pasamos un largo rato contemplando las muñecas preciosas, vestidas con lujo, casi obras de arte también.

Por supuesto que no necesitábamos hablarnos mi mujer y yo, para volar con el recuerdo á las chiqui-

tinas que dormían, distribuyendo aquellos juguetes entre nuestros hijos.

En lo de Jacod, nueva parada y nuevas contemplaciones y exclamaciones.

— Todo esto no es para nosotros, decíamos con mi mujer, con esa tranquilidad propia de las convenciones inmovibles.

Tinteros, grupos de terracota, medallones, piezas de oro, de plata, de bronce; alhajas con círculos de brillantes, brazaletes, de pronto una estatua, más allá un busto, luego una fuente, después un abanico de encaje, otros con países delicados pintados admirablemente, cuadros al óleo, incrustaciones de bronce en marcos de felpa roja, azul, *vieil or*, jardineras, macetas, floreros, candelabros, rosarios de oro, crucifijos, trabajos en marfil, en mármol de colores, en alabastro... ¡la mar!

En lo de Burgos, Manigot, el Progreso, Artigue, Fabre, en todas estas casas y otras muchas, se veían hombres, señoras y niñas, en grupos, tomando precios, apartando objetos, examinándolo todo.

— En fin, le dije á mi mujer, al menos esta exposición de novedades y preciosidades, de artículos de fantasía, de obras de arte, de objetos todos de gusto y de precio todos, es gratuita : conformémonos con ver, con haber visto, hija, y volvámonos á nuestra casa, con nuestros cien nacionales. Apellaremos á tu sistema : la confitería : algunas fuen-

tes, algunas cajas de bombones, y nuestras tarjetas descando felicidad á los que nos quieren bien.

Llegamos á nuestra casa : los muchachos seguían durmiendo.

¡ Cosa rara ! Todos parecían tener en la fisonomía una expresión risueña.

Es que soñaban con el presente que el buen Dios va á depositar esta noche en sus zapatos puestos junto á la chimenea.

REMEDIOS CONTRA EL SPLEEN.

Día pesado; una gran dosis de aburrimiento dentro del cuerpo; pocos pesos en el bolsillo; malestar físico inexplicable; algo como los síntomas de una *grippe*; resumen total : *spleen*.

Contra el *spleen*, la calle, el movimiento, el ruido,

Pues vamos á la calle. Venga mi bastón con su cabeza de orangután de labios gruesos y levantados, en aire de risa burlona y su cabeza lustrosa por el uso. Ahora el pañuelo de seda colorado, grande como una sábana; los anteojos azules y cuadrados; la caja de rapé que me regaló el 3 de febrero mi amigo Z; el sombrero... ¿qué sombrero? El único que veo colgado de mi percha vieja. Tiene el pobre siete años, y cuando me acerco á él me parece que llora..... aceite, de pura tristeza. Nada, nada, muy bueno que está; una cepillada..... la toalla húmeda..... así, perfectamente, parece.....; nuevo!

— Hasta luego, esposa... ¡Ea, Sinforosa! ¡Sinforosa! ¡Nada! Debe estarle dando unos coscorrónes á la china. ¡Esa china Paula la va á matar á mi mujer...!

— ¿Llamabas?

— Sí, que me voy. ¡Hasta luego!

— ¡Con este tiempo! Y estás con tos...

— Casa vieja, hija, siempre tiene goteras... Déjame, déjame. Daré una vuelta... Mira, querría que comiéramos hoy una carbonadita criolla ¿eh?

— La mandaré hacer. Precisamente estaba cuestionando con la cocinera. Empeñada en hacer *croquets*..... la extranjera de enfrente le ha enseñado eso.....

— Platos franceses, hija. Dios nos libre de esas cosas que enferman el estómago.....

— Si así decía yo, que.....

* — Nada, comida criolla, Sinforosa. Puchero, y mejor si es de gallina; caldo gordo, sustancioso — no ese caldo colado de los europeos — asados de parrilla, carbonada, dulce de membrillo, agua. Esa ha sido la lista que nos ha servido durante cincuenta años de casados y..... ya lo ves, estamos sanos.....

— Pasado mañana se cumplen los cincuenta.....

— ¡Ya, ya lo he tenido presente! ¡Qué fecha, Sinforosa! ¡qué fecha! ¿Á que mañana á la noche recibimos el regalito inapreciable de todos los años? El pedazo de carne con cuero que nos manda de su estancia el compadre Don Frutos. Vaya, hasta luego..... ¡Croquets! ¡croquets!..... ¡al diablo se le ocurre!

*
**

¿Y adónde voy?

Viene un tramway. ¿Para dónde? ¡Qué me im-

porta! ¡ Daremos una vuelta en él! ¡ Pare!... ¡ Pare bien, que no quiero romperme una pierna! Así. ¡ Uf, cuánta gente! No hay lugar. Pero de aquellos caballeros; no se levanta uno siquiera! ¡ Qué tiempos hemos alcanzado! En los de mi mocedad no había tramways, pero había política, atenciones, actos caballerescos... Se levanta una señora — hay un asiento. — ¡ Á él!

Me acomodé. Ya estoy bien sentado. Ahora á mi entretenimiento. ¡ Á la *observación!*

..

Á mi derecha, una señora gruesa.

Á mi izquierda; una pobre vieja, alta y flaca.

En el medio, yo, que no soy ni muy grueso ni muy flaco.

La señora gruesa tiene aspecto atrevido. Muchos polvos en la cara, muchas piedras en la mano, que ella sabe manejar para que brillen. Vestido de seda con muchos ringorrangos. Perfume que trasciende. Es zahumerio de benjuí ordinario. Zahumerio de iglesia.

Respira fuerte, levanta los ojos y me mira de tal modo que me hace bajar la vista. ¡ Ella á mí!

Juega con una cartera grande y muy *flaca*, descolorida y vieja.

No corresponden aquellos aros, prendedores y anillos, á aquella cartera.

Está hablando la verdad.

La *chafalonía* está diciendo mentiras.

Se agita en el asiento. Llama el mayoral...

— ¡Mayoral! ¡mayoral! ¡Junín!.....

¿Se llamará Junín el mayoral? me pregunto. Pero aquel hombre no la oye. Llamemos. ¡Pscht! ¡pscht!

Suena el timbre. La señora se levanta antes de tiempo y vuelve á caer, pero no al asiento, sino en mis faldas.

Desaparezco durante dos segundos entre un mar de géneros, volados, etc.

— Perdone vd. caballero. ¡Jesús! ¡Si este mayoral es lo más torpe!

No contesto nada.

La gruesa señora desciende con dificultad. El mayoral no se preocupa de ella y la deja en media calle haciendo pininos.

La flaca señora de mi izquierda suspira de cuando en cuando.

Observo con disimulo. Nariz fina, ligeramente arqueada; frente espaciosa, abierta, franca, surcada por algunas arrugas; mirada triste; ojos limpios, claros, de conciencia tranquila; traje bastante pobre, algo raído el ruedo del vestido. Y lleva guantes negros como el traje, y como éste usados. Mano pequeña, dedos delgados.

— Ésta es una mujer respetable, me digo. Su fisonomía, sus ropas, su actitud, ese conjunto.....

— Mayoral, oiga vd...

— ¿Señora?

— No me ha cobrado vd. el boleto. Tome vd.

Y la señora saca una carterita pequeña, gastada, pero decente y en armonía con sus demás prendas, y la abre, y yo, por bajo mis anteojos, veo que no contiene sino los ocho centavos del pasaje.

Hace parar el coche. Llama á una negrita que se halla enfrente. Baján. El coche espera..... El cochero baja un atado de la plataforma. La negrita carga apenas con él...

Es un bulto de *costuras*.

Con esto ya me lo explico todo. Esa es una de esas mujeres virtuosas, pobres, que viven el día de hoy con el producto del trabajo del día de ayer.

Antes, cuando no había tranways, estas pobres mugeres hacían sus largas caminatas á pie. Hoy tienen la ventaja de estos vehículos.

*
*

Allí en frente dos jóvenes alegres. Ríen á todo reír.

¡Edad feliz! En esas caras no hay ni la sombra de una pena.

¡Pero qué manera de sentarse, de mover los brazos, de colocar las piernas!

Se ríen de mí porque acabo de tomar un polvo de mi caja, y se me han caído los anteojos.

¡Pobres mocitos! Cuando menos lo piensen se

encontrarán con la cabeza blanca y con espejuelos sobre los ojos.

Se bajan haciendo un tremendo ruido con los pies, las risas y los gritos.



Aquella anciana encorvada no cuenta menos de noventa años.

Es un terrón de azúcar.

Miseria humana; ¡tan encorvada la pobre vieja! Va buscando en la tierra el sepulcro del eterno descanso. Es el círculo de la vida que se cierra con la muerte. ¡Allá voy yo también!

A su lado, y muy atenciosa está una parda con aires de señorona.

Alguno sirvienta criada en la casa de la viejecita.

La gratitud y el respeto se ven personificados en aquella mujer.

No desatiende un instante á la anciana.

Cada uno cumple su misión sobre la tierra, pienso yo, y miro á otra parte.



— ¡Pare! ¡eh!

Una señora y su hija. Ya se sientan. Miremos...

— Señor don Bruno...

— ¡Hola! Merceditas y Lola..... ¿cómo están?

— La bendición, padrino.

- Dios te haga buena, Lola. ¿Qué tal, comadre?
- Sofocada, Don Bruno. Que tiempo, ¡uf! ¡qué calor! Si esto es como en el verano...
- Sí, efectivamente, mal tiempo...
- Todo va cambiando, Don Bruno. ¡Hasta las estaciones!
- ¡Qué comadre! Vd. siempre con sus ideas.....
- Siempre. Este país se pierde *á fuerza* de venir extranjeros... ¡Ya para un argentino hay ~~cien~~, hay mil europeos!
- El progreso, comadre. La inmigración...
- Ya, ya, y los ferrocarriles, y los tramways... ¿Y Sinforosa? Deseando verla. Anoche mismo, cuando rezamos el rosario, nos acordamos con Lolita.....
- Es verdad, padrino.
- ¿Y de dónde viene la ahijada?
- Del centro...
- ¡Qué, Don Bruno, si hasta las muchachas han cambiado! Me ha hecho gastar veinte nacionales en la tienda del *Progreso*...
- ¡Qué tienda, Don Bruno!
- Ya la he visitado. ¡Soberbia!
- Y yo le decía que el mismo género nos hubiera costado lo mismo en el baratillo de Don Benito, que está cerca de casa.
- ¡Qué esperanzas mamá! En el *Progreso* hay de todo y barato. Y después, padrino, el paseito por la calle Victoria y Florida...

— Cabal, cabal, muy bien hecho, ahijada, divertirse. Muchos bailes ¿eh?

— Mañana estamos de recibo...

— ¿No vé, Don Bruno? ¡Cuando le digo que todo ha cambiado! ¡*Recibo*...! En nuestros tiempos no conocíamos más *recibos* que los que nos ponían al pie de las cuentas...

— Que eran pocas, muy pocas, comadre. Pero todo eso es progreso. Y el crédito, comadre, según los hombres de hoy, es riqueza. ¿Y dónde es la reunión?

— En la casa del señor X.

— ¿Pero qué, no había quebrado ese señor?

— Sí, padrino, pero eso fué el año pasado...

— ¡Ah!

— Don Bruno, haga parar; dispense vd.

— Adiós, ahijada. Comadre, me alegro de verla tan buena. Hasta siempre.

(D^a. Mercedes, bajando del estribo): Señor Don Bruno, adiós. Recuerdos á Sinforosa.

— Y no se pierda tanto. Hasta muy pronto... No se olvide de... [no se le oye]

Todavía me saluda de la vereda.



Otra parada. ¡Hombre, si es Jacinto!

— Caballero...

— Señor Don Bruno. ¡Vd. por estos barrios!

— Sí, de paseo. ¿Y vd?

— De ver si cobraba una hipoteca que se ha vencido ayer...

— Siempre en los negocios.

— Y siempre mal. Todo anda hecho el diablo, señor Don Bruno. El oro á...

— Eso es griego para mí, ya lo sabe vd.

— Como que no especula vd. Yo estoy á la baja..., ¡No vivo, D. Bruno! ¡no duermo! ¡no como!

— Es una vida agitada indudablemente la de vd.

— Hombre, allí vá el corredor... y tengo que hablarle... ¡señor don...!

Y baja como un rayo, y corre á alcanzar á un individuo que va muy de prisa.

*
* *

Ya no quedan sino seis en el coche. Observemos por su orden :

NÚMERO UNO. — Hombre tosco, bajo, muy grueso, pescuezo muy corto, cara encendida ; duerme, ronca.

Es un candidato para una apoplejía fulminante.

NÚMERO DOS. — Es una muchacha, fresca, rozagante, hermosa.

Bastante desenvuelta en sus modales. Tendrá veinticinco años. Mira resueltamente, como es *resuelto* el sombrero de ala caída á un lado que lleva colocado atrás en la cabeza.

Va armada en corso.

Esa muchacha va á conquistar ó conquistando.

Ó va dejándose conquistar.

Y va sola... ¿Doña Mercedes tendrá razón al decir que todo, todo, ha cambiado?

NÚMERO TRES. — Un oficial — Entrecejo fuerte, ojos grandes y vivos, kepi en la nuca, traje flamante, bigote espeso, negro, retorcido.

¿Quién le dice nada á este criollo?

Tiene cara de valiente. Y diviso una cicatriz sobre la oreja izquierda. ¡ Es de bala ¡ Y tan joven!

Ahí está un hombre que respira arrojo. Debe haber peleado muchas. Está quemado por el sol.

Buen porte, buena cara, buena mirada. Me trae el recuerdo de aquellos gallardos capitanes de patricios...

¡ El mozo promete!

NÚMERO CUATRO. — Un hombre de unos cuarenta años. Bien vestido. Un tanto despreocupado. Mira mucho á la muchacha del sombrero *atrevido*.

Ella... *se deja* mirar.

Él tiene un aspecto de solterón. ¡ Ha vivido mucho, mucho! La mirada, el vestido, el lazo de la corbata, la manera de sentarse, todo está revelando al hombre de mundo.

Debe haber viajado por Europa hace poco. Lo dicen el sombrero, las botas, los guantes y la levita. Tiene cara porteña y traje extranjero, parisiense.

Se ha aburrido de mirar á la muchacha.

Ese hombre debe aburrirse de todo.

Bosteza... otra vez... ¡Caballito! No te encuentras bien en ninguna parte, cambias de asiento, miras aquí y allí... Tú eres un solterón, ¡no puedes negarlo!

NÚMERO CINCO. — Nariz aguileña. Anteojos. Piernas y brazos flacos. Un gran montón de papeles bajo el brazo. Entreveo *sellos de actuación*.

Traje negro, raido, guantes negros de lana, saliéndose las uñas por las puntas.

¡Debe ser un curial!

NÚMERO SEIS. — Cara acartonada, barba teñida, color ratón. Peluca, cuellos altos, antiguos; corbata gruesa, diamantes en la pechera, bastón caña de la India. Es un vejete presumido.

Viene riéndose de puro gusto al ver á la muchacha del sombrero *resuelto*.

¡Pobre viejo! ¿De qué te valen los afeites, si eres una momia andante? ¿De qué el que te sonrías con la muchacha, si puedes ser su abuelo?

¡Oh si vieras, tú, el del tinte y la peluca, qué contraste el de tus mejillas de pergamino con aquella tez sonrosada y fresca como una rosa!

¡Haz tu gusto, desgraciado!

*
*

Últimas miradas.

El mayoral arma un cigarrillo negro. Lleva un clavel sobre la oreja derecha. Va saludando á todos.

lados. Son sus barrios. Las *conocidas* le contestan de puertas y ventanas.

Es otro criollo que no se duerme en las pajas.

Seguro que el tramway le ha proporcionado sus buenas conquistas.

¡Me alegro... porque es criollo!

*
**

El cochero lo observa. Parece que hay cierta rivalidad.

Es natural. La mejor parte es del mayoral. Él las recibe, las da la mano, las ayuda á subir y algunas veces... se olvida de cobrarles el pasaje ó les dice sonriendo : *¡ya está pago!*

El cochero cambia de cara.

Empuña la corneta y toca...

¡Buenos pulmones!

*
**

Vuelta completa. Ya era tiempo.

Sinforosa me espera con la carbonadita criolla...

¿Y el *spleen*?

EL ABOGADO.

Hace unos cuantos días fuí á visitar á mi amigo el doctor N. N., abogado que ajerce su profesión hace 15 años.

La visita era interesada y fué interesante.

Interesada, porque un inquilino de una casita que tengo allá por donde el diablo perdió el poncho, no me paga el alquiler hace once meses, siendo lo peor del cuento que no quiere desocupar la casa.

Interesante, porque... ya lo sabrán Vds.

Subí la escalera de la casa de mi amigo.

Entré á un salón de espera. Había allí sentadas ocho personas.

Un viejo, grave, ceñudo, inmutable.

Un joven enlutado, de triste semblante y mirada ídem.

Una vieja pintada, con una joven también pintada, mas esta última por el pincel finísimo que bebe sus tintas sonrosadas en esa aurora de la vida que se llama los quince años. (¿Qué tal?)

Un hombre del pueblo, con la cabeza entre las manos, agachado, medio rabioso, á juzgar por las contracciones de los dedos y las miradas que de cuando en cuando dirigía al cielo... raso.

Una mujer italiana que preguntaba á cada momento á un tinterillo de cabeza revuelta y manos manchadas de tinta.

— *¿Vino il dottore? ¿Tarderá molto il dottore?*

Un hombre gordo, de gran abdomen cruzado por una gruesa cadena y en ella los lentes con aros de oro. Tenía unos papeles en la mano. Silbaba muy despacito y hacía chillar uno de sus gruesos botines, moviendo convulsivamente la pierna.

Otro *caballero*, y le doy este nombre porque tenía todo el aspecto de tal. Traje correcto; levita cruzada, negra como los pantalones y la corbata; botas perfectamente lustradas; guantes oscuros, de piel de Suecia, cuellos blancos como la nieve.

La última era una morena vieja que se había dormido sentada en un rincón.

Así que tomé colocación, apareció otro individuo. Joven, cabello negro, largo, crespo; cara de pascuas, mejillas vendiendo salud; barba negra, bigote retorcido; mirada inteligente, actividad muscular admirable.

Recorrió la pieza, hizo un saludo en general, no se quitó el sombrero, entreabrió una puerta entornada y dijo, dirigiéndose al muchacho que borroneaba papel sobre una mesa :

— Dígale al doctor que hoy *vence el término...*

Y salió bajando la escalera como un fardo que se desploma.

En esto apareció mi amigo el doctor.

Haré su retrato en cuatro palabras.

Ni alto ni bajo, ni gordo, ni flaco, ni feo ni hermoso; cara inteligente, mirada altiva, labios risueños, bondadosos, acordando siempre *una consulta*.

Venia de almorzar, con un palillo de dientes en una mano y en la otra un rollo de papeles.

Se vino derecho á mí.

— Señor Don Bruno, ¿Vd. á esta hora, y en aire de *cliente*? dijo sonriendo. ¡Adelante, adelante! Un momento, esperen Vds., ya los atiendo.

Entré al gabinete de trabajo. ¡Qué maremagnum de papeles, libros, diarios, envoltorios y expedientes!

No había donde sentarse. Así al menos me parecía á mí.

Mi amigo retiró unos diarios de un sofá y me hizo sentar.

— Vengo, le dije, porque tengo ahí un inquilino que no me paga...

— ¿Hay contrato de locación?

— No.

— ¿Cuántos meses vencidos?

— Once.

— ¡Hombre! ¿y ha dejado Vd. pasar tanto tiempo?... Espere Vd., voy á hacer escrito.

Y se levantó y sentó á una mesa atestada de papeles de toda especie.

— Pero necesitará Vd. datos.

— Pocos. El nombre del inquilino... ¿Tiene Vd. procurador?

— No. Indíqueme Vd. uno.

— Ya está, firme vd.

— ¿Pero qué es lo que pide, doctor?

— El desalojo, pues, y esto sin perjuicio de cobrar los alquileres devengados. Ese hombre tiene bienes...

— ¿Sí? ¿Es posible?

— Casualmente he intervenido en una testamentaría en que es acreedor. Se le debe mandar pagar una cuenta por valor de mil pesos.

— Tres mil me debe á mí.

— Están seguros. Embargaremos esa suma.

Yo estaba asombrado de aquella actividad de espíritu.

— Qué vida tan agitada la de vd. doctor amigo. En cambio habrá producto...

— Efectivamente. ¿Y lo creará vd.? No tengo ni cuatro mil pesos míos.

— ¿Es posible? ¿En doce años y con la clientela que vd. tiene?

— Pues como vd. lo oye. Vivo de mi trabajo, pero gasto lo que gano, y vd. vé si vivo modestamente.

— ¡Ya lo creo! vd. es uno de los hombres que yo llamo *de una pieza*. ¿Pero qué, no hay entonces mucho trabajo?

— Siempre hay qué hacer. Pero el productivo, el que enriquece, ese no lo conozco yo. Trabajo mucho, don Bruno y gano poco. Moriré pobre, lo preveo hace mucho tiempo...

Confieso que me interesó tanto aquel lenguaje, que no pude menos que decirle :

— ¿Pero en qué consiste que teniendo vd. tantos clientes gane tan poco?

— Es muy sencillo. Yo no especulo con la profesión. La ejerzo honradamente; no hago arreglos leoninos, no gusto de chicanas, no apelo de lo justo, no doy esperanzas en lo que considero perdido, no acepto transacciones inmorales ó que perjudiquen á mis clientes, no admito trapisondistas en mi estudio, muchos no me pagan, otros lo hacen con dificultad. ... ¡ Son tantas las causas! Pero vd. se va á dar cuenta de lo que es un estudio. Ahora verá vd.

Y sin dejarme replicar, llamó.

Vino el muchacho de los dedos llenos de tinta.

— ¿Quiénes han venido?

— El señor X, el señor Y., el señor Z., el señor K., el señor W.

— ¿Qué han dejado dicho?

— Sólo el señor Z. dijo que hoy se vencía el término...

— Ya sé. Copie ahora mismo esas carillas. Tome sellos. Es urgente. Haga entrar á quien corresponda.

Yo tomé un diario y aparenté no oír ni ver.

Apareció primero la Italiana.

— ¿Qué dice, señora?

— Venía *perqué* el *marito* ya depositó *nel* Banco

— Bueno. ¿Y el recibo?

— Aquí está.

— Le haré escrito para mañana.

— *Se me hiciera el favore aura... porque Guan se ne va mañana per Lucan.*

— Bueno. Dentro de un momento.

— *Se me hiciera el favore aura... perché...*

— Lo que hable con esas personas...

— *Perqué Guan...*

— Sí, ya sé. Ahora voy á hacérselo...

— *Se ne vá en Lucan...*

Y dando varias veces vuelta la cara, se retiró.

— ¡Qué paciencia la suya! exclamé. Ya estaba yo con los nervios..,

— ¡Oh! ¡ eso no es nada!

Se abrió la puerta otra vez.

Apareció el caballero de traje *correcto*.

— Señor don Pancho...

— Doctor, buenos días. Nos han hecho una trapisonda.

— ¿Cómo?

— Alirse á trabar embargo, según informa el Juez de Paz, no se han encontrado las dos majadas...

— ¡Pero esa es una iniquidad! — Ellos mismos ofrecieron á embargo esa **hacienda**...

— ¡Pues! Pero es mala gente; ya se lo había prevenido á vd.

— ¡Oh, señor, qué mala fe! Embargaremos otros bienes. El campo...

— ¡ Está hipotecado por veinte mil pesos!

— ¡Bribones! Pues embargaremos los muebles de la casa. ¡Es necesario un escarmiento!

— Eso no, doctor. Yo no puedo llevar esta cuestión hasta causar tal desorden en la familia.

— Pero entonces...¿ Y qué piensa vd?

— Nada más que esperar, esperar. ¡ Y si se ha de perder, que se pierda! Por ahora doy por terminado este asunto. Quizá el año que viene pueda embargarles... Quiero que nos diga cuánto importan sus honorarios.

— ¿Y qué les voy á cobrar?

— ¿Cómo no? Hay ocho escritos.....

— Que no han servido para nada. Deje eso no más para el año que viene..... ¡ para cuando embarguemos *la lana esa!*

— Como vd. quiera. Quedamos muy agradecidos, doctor.

— No hay de qué. No los deje de mano y avíseme cualquiera novedad.

Yo, así que quedamos solos, no pude contenerme.

— ¡ Pero, doctor, eso es inicuo!

— La mala fe, D. Bruno. No hay lucha más desigual. El abogado casi siempre pierde.....

— Pero las leyes.....

— Las leyes siempre tienen puertas de escape para los bribones. Nada, don Bruno, la mala fe es el alma de millares de pleitos.

Apareció otro cliente. El hombre gordo de la cadena gruesa y los lentes con aros de oro.

— Amigo Don Cástulo, buenos días.

— Buenos días, doctor. (Y miró de soslayo y con aire de desconfianza hacia donde yo estaba.)

— Hable vd. no más. Es un amigo de confianza.

Quise retirarme. Los dos se empeñaron en que no lo hiciera así.

— Doctor, dijo el cliente, la testamentaria de mi mujer está terminada.

— ¿Se aprobó la *cuenta particionaria*?

— Y aquí está *el testimonio de la hijuela*.....

Parecía que la *hijuela* aquella debía serle muy agradable por el aspecto sonriente del heredero. ¡Tan cierto es que hay hombres que quieren más una *hijuela en testimonio* que una docena de hijos de carne y hueso!

— Bueno, entonces la testamentaria ha terminado.

— Sí pues, y yo quería que arregláramos nuestros honorarios.....

— No hay inconveniente.

— Si vd. quisiera darme la cuenta ya.

— Voy á hacerla.

Y abriendo un cajón, el abogado sacó un libro y leyó fuerte: Escrito tal..... escrito tal..... escrito tal..... y siguió tomando apuntes. Haber testamento: ciento veinte mil pesos, cinco *incidentes*, la cuenta particionaria hecha por mí, son..... y escribió en una hoja de papel con timbre.

— Aquí tiene vd.

— ¡ Doctor ! ; tres mil pesos ! ; oh, no puede ser !

— Pero, amigo, vd. se olvida de que he trabajado un año en esta testamentaría ; que le he ahorrado pleitos.....

— Es verdad.....

— Que le he arreglado privadamente todos sus asuntos personales, rendición de cuentas, etc. ¡ Hombre, y al fin de todo vd. que hereda tan fuerte suma, no puede vd. pagar tres mil !

— Pero, doctor, mire, ya sabe que yo lo he de ocupar siempre.....

— No es esa la cuestión. Si va á regulación me fijan cinco ó seis mil.

— Pero, doctor... En fin, vaya, baje á dos mil siquiera.....

— De ninguna manera. Que se regule.

— Pero, doctor, no sea así...

— No prolonguemos esta escena. Es ridículo, señor. Dejemos que se regule.

— Vaya, dos mil...

— ¡ No, hombre !

— Es que, vea...

— Pero, no sea vd. molesto...

— Bueno, doctor, transemos, dos mil trescientos se los pago en seguida.

— Bien, hombre, está bien. Será dos mil quinientos.

— No, doctor, no...

— Haga como le parezca y déjeme en paz...

— Aquí tiene, doctor — Cinco, diez, quince, etc., y.... mire.... con dos mil cuatrocientos.... porque vea vd...

— Señor, esto es ya indecoroso...

— Bueno, bueno, no se enoje, *mi doctor*. Aquí tiene y... ¿no baja nada más, doctor? Mire que...

El abogado se calla. Está pálido de rabia, y con razón.

El cliente cede ¡al fin! Paga los dos mil quinientos pesos, toma su recibo y se marcha con el aire de un hombre que ha hecho un servicio.

— ¡Inaguantable, amigo doctor! exclamo fuera de mí.

— ¡Oh sí, inaguantable! Y ha de saber vd. que ha sido un cliente de esos que no lo dejan á uno un instante tranquilo. Día á día, á todas horas me ha venido á buscar; es el hombre más incómodo que se puede vd. figurar. ¿Y sabe vd. más? Ese individuo que hereda tales sumas y no quiere pagar mi trabajo, que vale mucho más de esa suma, ha gastado veinte mil en poner de nuevo su casa para casarse...

— ¿Qué dice vd?

— Y con una vieja millonaria, que le lleva doce años. Es un hombre que especula con los casamientos. Nueva testamentaria tendremos pronto, nueva declaratoria de herederos y nuevos regateos...

— Pero ¿por qué le ha bajado vd?...

— ¿Por qué? Porque... porque necesito mucho

hoy esos fondos. ¡ La ley de la necesidad, amigo D. Bruno, que es implacable!

La puerta de comunicación se abrió.

— Señor procurador...

— Doctor, perdimos el incidente. ¿Apelamos?

— ¿Cómo no? ¿Qué dice la sentencia?

— No toma en consideración su último escrito y los documentos presentados...

— Pero ¿cómo puede ser eso?

— Dice el escribano que el Juez había ya dictado sentencia cuando fué el escrito.

— Apelaremos.

Y escribió en una hoja de papel sellado.

Nuevo cambio de escena. Aparece la negra.

— ¿Qué dices, tía Juana?

— Á ver, señor, si puedo conseguir que me den alguna cosa. La patrona me dejó esos pesos...

— Sí, pero no está arreglada la testamentaria. Hay que esperar.

— ¿Y yo me muero de hambre? ¿No me podría adelantar alguna cosa, doctor?

— Pero, hija, ¿cómo te he de adelantar? ¿Cuánto necesitas?

— Yo debo como cuarenta pesos. El alquiler atrasado, el carnicero...

— Bueno, bueno, te daré algo, pero por esta sola vez. No me vuelvas á pedir, porque será inútil.

El abogado prestó cincuenta pesos. La negra no dió recibo porque no sabía firmar.

— ¿Y si se muere esa mujer? pregunté.

— La cosa sería grave para mí; ¿pero qué se va á hacer? Es una pobre mujer favorecida en un testamento con doscientos pesos.

Entró la vieja pintada, seguida de su hija.

— *Dotor*.....

— Señora, señorita, siéntense vds.

— Veníamos *dotor* porque nosotras tenemos un terrenito ¿no? Sí, lo tenemos en..... un pedacito de tierra, *dotor*, y nos lo quieren quitar...

— ¿Quiénes?

— La Municipalidad y un *extranjero dotor*. Porque ha de ~~saber~~ vd. que ese terrenito lo ocupó mi abuelo, que era un hombre que sirvió al país muchos años. Fué militar, y aunque no se puede decir que *de la independencia* (con sonsonete)..... pero como si hubiera estado, *dotor*. Él estuvo en el fortín X cuatro años y peleó con los indios. Por cierto que recibió un *reflón de bala* una vez en la pierna izquierda de un tiro que se le escapó á un compañero..... Ahí tenemos en casa dos lanzas que él mismo *debió* habérselas quitado á los indios. Después estuvo de servicio en Patagones. De allí lo pasaron á la ciudad y lo hicieron entonces capitán..... Ya ve vd. capitán... ; entonces, que costaba tanto dar los grados! Es verdad que nosotros...

— Permítame vd., *señora*. Parece que vd. me habló de un terrenito...

— Sí, pues, *dotor*.

— Que perteneció á su abuelo de vd.

— Cabal, *dotor*, es decir...

— Pero ¿cómo pudo ocupar el terreno cuando anduvo en servicio tantos años?

— Le iba á decir á vd. El no ocupó, nó, el terreno, pero era de él...

— ¿Y cómo era de él?

— Porque nadie se lo reclamó nunca... y él hizo un pozo allí y plantó...

— Ah ¿plantó algunos árboles?

— Dos peros, que después según dicen, una tormenta los echó abajo; pero abuelito nos aseguró siempre que los había plantado. Y del pozo ha de haber señal...

— ¿Y sus padres y vds. han continuado en la posesión?

— No, señor...

— No entiendo. ¿Y cómo reclamarían vds. entonces?

— Un amigo nos ha dicho... di tú, Clarita, lo que te dijo anoche Anastasio...

(La muchacha con desparpajo y lengua muy suelta):

— Sí, *docctor*, un amigo estudiante de derecho, nos ha dicho que en el Código *hay una ley* que da la propiedad cuando uno tiene un terreno por más de treinta años...

— ¡*La prescripción, dotor!* interrumpe la vieja muy satisfecha.

— Señoras, vds. se equivocan. • Para alegar la prescripción se necesita una posesión continua...

— Y mi abuelo, señor, que hizo el pozo... y plantó dos peros.

— Pero vds. no han ocupado ese terreno, ni sus padres.

— Es verdad.

— Y entonces, no tienen derecho á reclamar...

— ¡Valiente, *dotor*, qué ocurrencia! ¡Cómo pueden *ser* así las leyes!

— Siento mucho no poder serles útiles, pero...

— ¿De modo que no podemos impedir que sigan edificando?

— ¿Están edificando?

— Sí, señor; ya el año pasado un extranjero que se habrá *arreglado* con la Municipalidad hizo dos piezas... Ahora sigue el edificio, y según diligencias que hizo mi primo el teniente Rompesquinas; vd. debe conocerlo estuvo en el Paraguay seis meses...

— No, señora. Y vds. me van á permitir que reciba á otras personas...

— ¿Cómo, no, *dotor*.....? ¿Pero entonces no hacemos nada? Pues tendremos que ir á otro abogado... ¡porque un asunto tan justo como éste!

— Como vds. quieran.

— Y dígame *dotor* ¿por los servicios de mi abuelo no podría yo pedir *pensión*? Porque vea vd., somos hijos de servidores de la patria ¡y estamos tan po-

bres, *dotor!* Y ahora las pensiones se consiguen con tanta facilidad!

— No veo cómo podrían vds... con el permiso de vds...

Madre é hija se levantaron y despidieron.

¡Ya era tiempo! Yo sudaba á mares, aunque el día era frío.

— ¡Qué paciencia la de vd! ¡qué resignación evangélica! Yo ya habría estallado como una gruesa de cohetes, exclamé :

— Esto es de cada rato y de cada día, amigo Don Bruno.

Entró el joven de luto, de mirada triste.

— Hola, amigo, ¿cómo está?

— Doctor.....

Los dos se abrazan. El muchacho, pues, casi lo es, llora sin poderse contener. El abogado está blanco como un papel; no derrama lágrimas pero se conoce que está profundamente emocionado.

— Doctor ¿cómo agradecerle?.....

— De esta manera, amigo mío. Estoy compensado, bien compensado. Pero exijo una cosa de vd...

— La que vd. quiera, doctor.

— Que me prometa.. ..

— Basta, doctor amigo. Empeño mi palabra de honor.....

— ¡Venga esa mano!

Nuevas expansiones, nuevas lágrimas.

El joven se retira. Yo quedo sorprendido; no me explico aquella escena.

— Amigo don Bruno, de esta escena no le doy explicación.

— Ni yo la pediré.

— Es un joven que he salvado de la perdición. Soy su tutor, me quiere y respeta, y lo he de regenerar.

Apareció el viejo grave, de ceño, y cara inmutable.

— Tenga vd. buenos días, doctor.

— ¡Señor Don Santiago! ¿Qué me dice vd?

— Hoy es el informe *in voce*.....

— ¿Hoy? Hombre.....

— No se excuse, doctor, vd. conoce mi posición; vd. conoce la situación de mi familia, la de mis pobres nietos.....

— Es verdad, es verdad..... pero, amigo Don Santiago, con toda la razón que les asiste, la prueba contraria es laboriosa.

— ¡Pero falsa, doctor!

— Falsísima..... ¿qué me va á decir vd. á mí? conozco á esôs bribones que han declarado; ni siquiera han visto una vez el campo...

— Entonces, doctor, haga un esfuerzo..... se lo ruego.....

— Vamos, vamos; la verdad es que es un deber por mi parte..... ¡el último deber!

Iré. Conozco muy á fondo el asunto. Hablaré con calor y con verdad, y allá veremos.

— Gracias, doctor.

— ¿Á qué hora es el informe?

— Á las dos de la tarde.

— Es la una y media. Voy á acompañarlo.

Yo quise levantarme y despedirme.

— No, Don Bruno, me dijo mi abogado que me había conquistado por completo; vd. me va á acompañar al informe. Es una buena causa. Se lo pido á vd.

— Hombre, yo.....

— ¡ Vaya, haga vd. el sacrificio !

— Convenido, convenido, no es sacrificio.

— Voy á vestirme. Un instante.

Y desapareció. Yo quedé reflexionando en la gran misión de un abogado. Defender lo justo, me decía yo, amparar... al débil, proclamar el cumplimiento de la ley, perseguir y anonadar al enredista, hacer el bien..... ¡ oh ! así comprendo yo esta profesión. Ese es el sacerdocio, la gloria, el martirio, la satisfacción del deber cumplido. El Dr..... morirá pobre, pero honrado, querido, respetado, colmado de bendiciones..... Se necesita energía moral constante, abnegación, estudio, corazón magnánimo, espíritu severo, cabeza inteligente.

Llegué á envidiar la profesión del abogado, yo que tenía para ellos tan mala disposición. ¡ Cuántas veces, pensé, es uno injusto en sus simpatías ó antipatías !

Estaba entregado á estas reflexiones, cuando oí

la voz de mi abogado que despachaba aún en la sala de espera á dos ó tres personas.

Después entró donde yo estaba. Traía en la mano varias hojas de papel. Era el escrito copiado por el tinterillo con una preciosa letra. Lo leyó, corrigió y firmó. Tomó sus guantes y el sombrero; se abrochó la levita y me invitó á acompañarle.

Una hora después, mi abogado, sentado en los *estrados* del alto tribunal de la Provincia, hablaba con una facilidad sorprendente, y una seguridad y fondo de verdad admirables.

„ Yo no defendería, decía, con este calor á mis clientes si no estuviera apasionado de mi causa, y estoy apasionado de ella en honor de la justicia y la verdad. He demostrado la falsedad de esas declaraciones; toca ahora aplicar la ley, condenar el falso testimonio, aprisionar al falso testigo, revindicar para los oprimidos el goce de esos preciosos derechos consagrados en nuestro Código. Sólo pido justicia, completa, reparadora y enérgica también...”

Los jueces seguían la palabra del abogado con marcada atención.

Cuando terminó y salió fuera, el viejo de ceño le abrazó con lágrimas en los ojos..... Yo le abracé después. Me ahogaba la emoción.

El abogado estaba pálido y emocionado.

.....
Ayer supe que mi abogado había ganado ante la Corte aquella cuestión.

Corrí á felicitarlo. Estaba en su gabinete, en medio de la tarea abrumadora de todos los días.

— Dos palabras, le dije. Vengo á felicitarlo de corazón...

Gracias, don Bruno.

— Yo lo consideraré á Vd siempre como el tipo acabado del abogado que cumple dignamente su misión. Si los hay malos, explotadores y enredistas, también hay malos médicos, malos comerciantes, malos funcionarios. En cada gremio social, en cada esfera del pueblo, hay hombres malos, pero los hay también como vd., buenos y honrados.

— Amigo Don Bruno. Vd. habla con mucha verdad. Yo no soy un modelo. Eche vd. la vista á nuestro foro y hallará muchos abogados buenos y honrados.

Yo procedo como ellos. No hay sino un camino, Sr. D. Bruno, para conciliar durante la noche, el sueño reparador que nace de la tranquilidad del espíritu y la satisfacción del alma, es el camino del deber, la línea recta.

Yo saludé al abogado estrechándole la mano y bajé la escalera murmurando :

— ¡ Ese es mi hombre !

Hoy que trazo estas páginas, termino diciendo á los jóvenes abogados :

— Cumplid vuestro deber. Tendréis cada noche el dulce sueño que Dios concede á las conciencias

tranquilas. Aspirad á esa tranquilidad; no soñéis con fortunas improvisadas. Huid de las curvas; ¡siempre la recta, la recta!

QUERER NO ES PODER.

(OBSERVACIONES DE UN DESOCUPADO).

Es ardua empresa aprender de golpe todos esos pequeños detalles del buen gusto, que constituyen el *savoir vivre* de la elegancia y el buen tono.

Atravesamos una época en que las fortunas y posiciones improvisadas en un abrir y cerrar de ojos, hacen nacer en los favoritos el vehémente deseo de figurar en todo en primera línea : querrían ser modelos de elegancia, modelos de educación, modelos de buen tono.

Y hé ahí una lucha secreta, no revelada jamás, ocultada, por el contrario, con un empeño y una tenacidad no desmentidos en momento alguno.

Esa lucha existe, tremenda y persistente, en el corazón del que amanece á una vida nueva, con los medios pecuniarios de adquirir todos los caprichos de la moda, y no atina por impulso propio y aspiración de cultura, de educación y de ejemplo, á satisfacer los infinitos detalles de la moda, el confort, la existencia agradable, el lujo, el arte, el sibaritismo. que son primicia de las fortunas sólidas y los espíritus delicados.

Esa lucha trae un tormento incesante á los ricos improvisados ó á los que un golpe de audacia lleva á la posición política espectable.

Spencer ha desenvuelto admirablemente los principios sociológicos que rigen al mundo, estudiando aquella transformación lenta del hombre y de los pueblos que señalan los grados de la civilización.

Así como no hay posibilidad de suprimir de un golpe los anillos que forman la cadena del progreso para pasar en un día del estado primitivo á la mayor cultura social, así también no se consigue de un salto pasar de hombre sencillo, ignorante, desenvuelto en un medio social rudimentario, á un hombre de gustos y costumbres delicadas, ilustrado, apto para los goces exquisitos y dotado de ese tacto finísimo adquirido en los grandes centros en que todos los sentidos se aguzan.

Hay, pues, una petulancia insoportable en pretender la imposición social de los tipos medios, en nombre sólo de la infatuación, de la riqueza, de la audacia, y fustigar á estos « improvisados » es un castigo merecido, cuando la modestia y la virtud de buena ley quedan por ellos olvidadas, si no escarneadas y vituperadas.

Obsérvense á estos ricachos zurdos que adquieren grandes casas ó las construyen gastando un dineral; que compran mobiliarios de príncipes, ó los encargan á Europa, sin limitación de costo; que espían á los hombres de fortuna histórica, heredada de padres á

hijos ó recibida sin violencia en los hábitos de vida, que están pendientes de la compra *a* ó *b* hecha por los hombres de moda y de buen gusto; que imitan servilmente al vecino millonario en el traje, el coche, el servicio, el palco, el paseo, las fiestas domésticas.

¡Qué inagotable tema de estudios sociales!

Ese hombre rico improvisado, político aparecido, fastuoso y aparatero, tiene dentro de sí mismo en cada instante el torcedor de las dudas que le asaltan al hacer un saludo, al pretender formular un cumplimiento, al inclinar su cuerpo para retribuir una cortesía, al presentarse en un salón, al hallarse en un círculo de hombres de Estado, al penetrar al club, al entregar su sobretodo al guardarropa y deslizarse al salón de baile, al abrir la puerta del palco en Colón, al tomar en él asiento, al contestar con la cabeza los saludos de los palcos vecinos; al pasar llevando una dama entre las filas de curiosos.

¡Cuántos colores importunos asomando á las mejillas, cuánta palidez intensa revelando emociones íntimas, cuántos movimientos descompasados, cuántas torpezas y dificultades, cuántos tropezones con las sillas, las puertas, las ventanas; cuántos encogimientos involuntarios, cuántas desenvolturas rayando en la grosería, cuánta impropiedad en la frase tal ó la gracia cual, cuánto desasosiego en el fondo del alma por no hallar ese equilibrio moral que hace el equilibrio físico!

Es que la experiencia de la vida culta, ese roce

diario con los hombres de todas las posiciones, ese frecuente trato con la gente de fortuna y de talento, ese constante estudio y observación de las costumbres refinadas, traen consigo la adquisición del buen gusto, las maneras desenvueltas, el saberse expedir lo mismo en una asamblea de hombres de talla que en un círculo social.

No es que se trate de clases sociales ni de títulos nobiliarios, inaceptables en una república democrática; donde el más humilde puede aspirar al más alto puesto de la nación.

Hablamos de esos aparecidos que á nombre de su fortuna improvisada ó del asalto á una posición, se ostentan pretendiendo imponerse con menosprecio de los demás y un atrevimiento injustificado.

Eserico impróvisado es un aereolito; cae en medio de la sociedad escogida como una piedra; sorprende á todos aunque brillen las vetas del metal en que viene envuelto.

El arquitecto más renombrado le hace los planos del palacio que proyecta; al inclinarse sobre la tela en que están proyectadas las líneas, hace preguntas tales que el arquitecto tiene que devorar alegres risotadas que pugnan por salir de sus labios.

El frente de la casa le preocupa: quiere que sus iniciales tengan el alto de las paredes; pretende un ángel de la guarda sobre cada ventana: indica que en el vestibulo se pinte toda una escena de la Biblia; exige un sótano inmenso en la sala; y así va

disparatando, revelando los descabros de su espíritu, la falta de gusto y de nociones de arte.

— ¡Eso no es de moda! le dicen, y entonces calla y acepta todo : ¡la moda! ¡él quiere la moda! ¡la moda sobre todo!

El mueblaje lo deja alorado : lo estudia con esa mirada recelosa de quien no quiere confesar su ignorancia.

— ¡Estilo Renaissance! le dicen.

— Sí, sí, ya sé, contesta; y va después al diccionario, á la enciclopedia y se traga un largo estudio sobre la materia, que no digiere porque el estómago está ya hecho á la carbonada y el pucherete primitivo.

— ¡Qué lástima, piensa uno muchas veces; esta hermosa biblioteca, estos bronce espléndidos, estos riquísimos grabados, y este hombre no sabe lo que tiene, mientras tantos literatos de buena ley, tantos artistas, tantos escritores, tantos hombres de gusto, están viviendo en la pobreza y trabajando en oscuras viviendas, de paredes desnudas y húmedos pavimentos!

Así miraba yo un día el bronce Barbedienne que representa la Meditación, cuando un hombre, un ejemplar de la especie, me decía :

— Es bronce *puro*; me costó 1.000 patacones : el doctor tal tiene uno igual, pero más chico; este es más grande; fijese ¡qué peso!

Y lo levantaba él mismo, haciendo gala de sus puños de changador.

Vds. los han oído hablar muchas veces; rascarse la cabeza con fruición con la mano enguantada; quejarse de un dolor de pie; mostrar empeñosamente el reloj que le han traído de Inglaterra; contar lo que ha comprado; renegar de los inquilinos y ponderar sobre todo que él tiene lo que en su casa tienen las familias « de la más distinguida sociedad ».

¿Y la señora del advenedizo? Primera exhibición: aros de brillantes, brillantes enormes, en las orejas, en el cuello, en el reloj, en los dedos.

Segunda exhibición: el vestido hecho por la modista del día y colocado como en un desairado maniquí de madera, en un cuerpo duro, cuadrado, rebelde á la gracia y las ondulaciones elegantes.

Tercera exhibición: recorrer en coche las calles Florida, Victoria, Rivadavia, Córdoba, Calao, San Juan, Junín, todas las calles de Buenos Aires, como para que se vea bien que hay coche, aunque los caballos suden, y el coche también.

Se gasta un dineral; pero es necesario rivalizar, rivalizar á todo trance: es necesario carruajes como los de L..., caballos de raza como los de C..., un lujo como el de la casa de U..., un vestido como el de la distinguida señora de Z...

Y es necesario también entrar á todo trance en sociedades de caridad, así como el marido protege las artes y las ciencias para tener diplomas y títulos que colgar en su escritorio.

En cambio de todo ese aparato artificial, nunca el rico improvisado ó el político aparecido consigue tranquilidad para su espíritu eternamente desequilibrado! ¡Maldita ignorancia! ¡malditos huesos duros! ¡maldito querer y no poder!

¡Hé ahí tu castigo!

SANDWICHES.

Hay en Buenos Aires media docena de casas que tienen la especialidad de la venta de sandwichs á mediodía, y curioso es observar, para el que tiene predilección por el estudio de estas escenas cotidianas el desfile de los gastrónomos ante las grandes campanas de cristal que encierran el apetecible lunch.

Así como hay sandwichs de todas marcas que llevan en sus entrañas la delgada tajada de jamón, ó de queso, ó de fino salchichón, y aquellos que guardan entre dos rebanadas de pan un trozo succulento de pollo, un sólido roast-beef ó media perdiz, así hay también consumidores modestos que se satisfacen con los primeros, ó tragaldabas que devoran los segundos, rociándolos con vinos generosos ó echándose á las profundidades de rotundos estómagos un atlántico de cerveza.

Todos son extraños entre sí; van á comer; van á hacer el lastre del mediodía; son representantes de todos los negocios y de todas las profesiones.

Escasean las sonrisas, cada uno va á su... objeto, es decir, á su lunch, á su sandwich á su vaso de *pale ale*, á su copa de oporto ó de jerez.

Aquí uno mastica á dos carrillos, allí otro pincha una aceituna, un inglés rubicundo abre las dos hojas de pan de su sandwich y les echa mostaza como quien pone manteca, un francés se deleita con un penetrante trozo de gruyère de ojos húmedos, un alemán enorme yacía un vaso-aljibe de pálida cerveza.

El dependiente se va á lo sólido; el tenedor de libros merodea en las vidrieras; el gerente de la casa de comercio se da el tono de un vinillo de fama y su botella especial; los corredores de bolsa se despachan pronto, como quien hace un negocio; los vagos ó sibaritas se dejan estar media hora incitándose el apetito con estimulantes y probándolo todo.

Hay en la pieza en que se despacha un hormigueo constante; nadie se sienta ó si lo hace es por unos segundos; se codea con franqueza, se mete la mano sin embarazo en los platos, suenan con estrépito en el mostrador los corchos de las botellas de soda, hacen su ruido peculiar las de sifón, las más extrañas bebidas caen en las más extrañas copas; hay líquidos claros, oscuros, negros, pegajosos unos, livianos otros, dulces, amargos, caros y baratos.

Son dos horas de vida activa para estos negocios. Á las 4 no hay consumidores: queda el piso lleno de fragmentos de pan, masas, frutas, carozos, papeles, palillos, cigarros, cajas de fósforos, cuentas rotas, tarjetas perdidas, algunos centavos caídos de los *vueltos*, el aserrín revuelto con la ceniza y el barro.

Y esas casas han enriquecido á sus dueños, que se han dado por Europa cortes de rentistas.

Observar estas cosas y escribirlas es permitido en días de temporal, cuando un quídam como yo aterido de frío, lánguido de estómago, humedecidos los pies, parado el cuello del sobretodo y endurecidos los dedos, entra y se da el placer barato de triturar un sandwich entre dos tragos confortantes de generoso jerez.

SOLISTAS.

Las imprentas tienen sus especiales mortificaciones.

Sea que se las tome por empresas en que el público tiene su parte, como contribuyente, y que como tal debe soportar todo lo que venga de los que hacen parte del público, sea que se cuenta de antemano con una paciencia decretada por la buena educación, lo cierto es que no hay redacción de diario en que falten visitas que de todo tienen menos de oportunas ó entretenidas.

El pretexto es el interés público unas veces, el deseo de conocer una opinión otras ó un cumplimiento social y no pocas la falta de rumbo, de quehaceres y preocupaciones del visitante.

No confundimos á los amigos antiguos en esta familia incómoda, ni á los que traen el contingente valioso de una noticia, de una opinión, de un consejo ó una insinuación sensata y oportuna.

Nos referimos sólo á aquellos desocupados, á aquellos impertérritos habladores, que toman al director, al redactor, al cronista, por blanco de sus divagaciones y por depositario de sus personalísimas opiniones.

Entra en la hora más activa del trabajo, con esa calma y ese semblante apacible del hombre que no tiene nada que hacer; llega á la mesa cubierta de diarios, folletos, libros y papeles con la mirada inquisidora, lo ojea todo rápidamente, sin perdonar las mismas carillas de originales; saluda afectuosamente y toma asiento con toda pachorra, disponiéndose á dejarse estar horas enteras.

Es la volubilidad personificada, siendo el tema principal de su oratoria familiar las más elaboradas recomendaciones de sí mismo.

Toca ligeramente las cuestiones políticas, hace preguntas indiscretas, da rápidos juicios en aire de hombre de mundo, y *un de repente* como dicen nuestros paisanos, se le afirma á un tema, á una operación insustancial, á una confesión pueril de sus asuntos particulares.

¡Qué esfuerzo hay que hacer entonces para mantener el semblante en ese medio tono cortés y amable que exige el código de la buena crianza! ¡Qué esfuerzo para sonreír á tiempo en contestación á un chiste malogrado; para mover afirmativa ó negativamente la cabeza en los períodos interrogantes; para pronunciar el sí ó el no, esas grandes llaves del lenguaje, que permiten por medio de un monosílabo mantener la vinculación de dos individuos, la atadura casi automática del coloquio!

Suele un movimiento nervioso incorrigible, demostrar nuestro cansancio; suele una valiente arre-

metida al trabajo interrumpido, insinuar al solista que está demás, pero él está hecho á esto, y no se intimida; es capaz de soportarlo todo sin pestañear, antes que abandonar la silla en que se halla clavado.

El sueño suele invadir á la víctima; los bostezos ahogados primero, francos y enormes después, no consiguen rendirlo.

Y si prosiguiendo en el trabajo, que siempre apura, se le oye como á la lluvia que cae ó al tramway que pasa, es lo mismo; ahí se está fijo, una, dos horas ensartando fruslerías y aburriendo profundamente.

Los solistas de las imprentas son invencibles.

Hay días fatales para las redacciones de los diarios, en que se dan cita y ellos mismos se barajan la palabra impidiendo toda tarea.

Son esos días terribles; los nervios de los periodistas se crispan, la paciencia parece que tocara á su límite, se siente algo como la proximidad de un ataque hidrofóbico; pero el dios de las imprentas, que es un dios de una benevolencia infinita, da fuerzas secretas á los torturados, y se aguanta y se soporta todo en nombre de esa divinidad que tiene por atributos el tipo fundido, la pluma mojada en tinta y el papel en blanco.

En momentos tales, reconcéntranse los furros secretos, tómate la pluma resueltamente y se trazan páginas como éstas, clavando al solista sobre la pared como á una de esas mariposas que en las

noches de verano se posesionan de las mesas de redacción, y hacen vibrar sus alas sobre las cuartillas de papel blanco.

Bien puede ser entonces este suelto un rasgo de íntima vida periodística y á la vez un anatema que contenga en el umbral de la puerta á los conversadores eternos, esos vampiros de la palabra que paralizan el trabajo ajeno, embotando la inteligencia misma de sus víctimas, y arrebatándoles el fluido nervioso de que han menester para su tarea de todos los días, siempre urgente, siempre sin espera.

EN LOS TRIBUNALES.

¡Qué hormigueo anteayer en los tribunales! El patio estaba lleno de curiales de todos aspectos y semblantes.

Pasaban de oficina á oficina escribientes con enormes mamotretos bajo los brazos.

Las discusiones de los grupos eran animadas; de cada bolsillo brotaba un papel; en cada frase se oía un terminacho leguleyo.

Aquí un hombre de pálido rostro y luengas barbas sostenía un levitón enorme, negro en un tiempo, raído y verdoso hoy, con esas vetas del uso y ese jaspeado de las piezas que han dado de sí cuanto les ha sido posible; estaba nuestro hombre recostado á la pared y tenía un sello en blanco en la mano. Esperaba á su abogado.

Á su lado una mujer de cabellos grises, cara almidonada, bozo y gran busto ajustado á duras penas en un vestido de seda negro, bastante usado también. Una indiecita con una cinta punzó en la cabeza, le servía de compañera. Su procurador, un rubio picado de viruelas y tuerto, le explicaba alguna cosa, repitiendo *cédula* á cada momento, lo que causaba la ira de la clienta que abría la boca, des-

bordábase en palabras, citas, nombres y detalles del pleito, mientras apoyaba cada argumento con un abanicazo descargado en el hombro de su apoderado.

Dos doctores, muy puestos, discutían el uno grave y solemne, enterrada la cabeza en dos acartonados cuellos que le quitaban todo movimiento, el otro accionando con la mano enguantada y en ella el bastón que servía para señalar en la pared los límites de un campo discutido.

Una viejecita oía con la vista baja la peroración de un tinterillo de escribanía, que resuelta la cabeza, sucios de tinta los dedos y afilado el pico, le explicaba los trámites de un asunto, con todo el aplomo de un pleitista consumado.

Un italiano fastidiaba á los grupos preguntando dónde se compraba *la foca per un sottoscrito*, y caía al fin en manos de un procurador machucho que lo sacaba del brazo con la más almibarada de las sonrisas.

Un abogadito novel se daba los aires de hombre abrumado de asuntos y hacía que leía una larga lista de apuntes imaginarios.

En un círculo se comentaba acerbamente la sentencia de un juez.

Más allá un francés enojado rompía un papel, diciendo en alta voz: *voilà la justice argentine!*

Un abogado curtido, entrado en años, con treinta de ejercicio de la profesión, gran abdomen y los pan-

talones caídos, saludaba á uno y otro lado, dispensando con la mano tendida protección á sus conocidos.

En alta voz hacía saber otro curial que el juez tal era un justo, el más justo de los jueces, porque le había confirmado su cuenta.

Un contador furioso renegaba de unos herederos que pretendían una ~~partición imposible~~.

En las oficinas se removían los estantes, caían como fardos sobre las mesas las pilas de expedientes, y los ~~eternos~~ interesados rebuscaban las fojas, se notificaban, reponían sellos, hablaban en voz muy alta, protestaban ó asentían, pedían edictos, testimonios, hijuelas.

Los tñteros chorreaban tinta, rodaban las lapiceras y tomadas por todos, se echaban firmas rápidas, algunas con esos arabescos interminables que no se secaban sino cerrando el expediente ó echándole encima otros papeles.

Tres jueces despachaban y las secretarías respectivas estaban en movimiento.

Los secretarios de jueces y sus empleados necesitan la paciencia de Job, para soportar ese clamor eterno de los pleitistas é interesados, nunca satisfechos, jamás contentos; para resistir las sugerencias del interés privado, la mala crianza de muchos, la exigencia insaciable de todos.

Eran los tribunales ayer un mare mágnum.

Por todas partes se oían sumas fuertes, cifras,

medidas, exclamaciones, citas, palabras sueltas, nombres propios, términos del *oficio*.

Después de respirar aquella atmósfera, de sentirse envuelto en aquel tiroteo de frases, réplicas, amenazas y reclamos, ¡con qué placer se salía del gran hormiguero, se llegaba á la plaza y se abría la boca respirando el fresco!

LEY DE PROGRESO.

El espectáculo de movimiento y de vida que presenta actualmente Buenos Aires, reclama especialmente la atención de los que observan y estudian las distintas fases del desarrollo de las sociedades.

La capital argentina se agiganta, crece y se desenvuele prodigiosamente, extendiéndose las construcciones á todos los rumbos, habilitándose todas las calles, surgiendo núcleos de población donde quiera que se tienda la mirada, por lejos que nos hallemos de lo que llamábamos antes *el centro*.

¿Cuál es *el centro* de la capital hoy día?

. Difícil sería determinarlo: hay diez centros de población compacta, de casas bien construidas, de fábricas y talleres, de modestas viviendas del pobrerío, de lujosas construcciones.

Si nos colocamos en los barrios del norte en el boulevard Callao, en la avenida Alvear, en la calle Santa Fe, contemplamos por todas partes moradas encantadoras, preciosos chalets, casas aireadas, llenas de sol y de alegría con sus persianas de cedro barnizadas, sus cristales bruñidos, sus techos de pizarra, sus elegantes cornisas y molduras, sus frentes pintados al óleo ó al fresco, sus jardines recién forma-

dos, las enredaderas que suben por las ventanas, las escaleras de mármol, las caprichosas balaustradas, los vestíbulos espaciosos.

Hay en aquellos alrededores las manifestaciones materiales de una vida nueva : es la comodidad, la higiene, el buen gusto, el lujo el arte mismo, revelando una nueva existencia : es la civilización que cunde y se enseñorea de las manzanas estériles, cercadas hasta ayer de paredes de ladrillo en que crecían los ruyos, merodeaban los vagos y jugueteaban los pilluelos remontando barriletes.

Una bandera de remate flamea cada domingo sobre *el lote* de tierra ó la casucha que conserva todavía las puertas coloradas de triste recuerdo : un grupo numeroso rodea al martillero que no necesita apelar á la elocuencia gastada de otros tiempos : hay ofertas empeñosas ; brazos que se levantan, empujones, una verdadera lucha por obtener el pedazo de tierra.

Cae el martillo y ese mismo día se ofrece usura al comprador que rehusa ganancias miserables.

Ocho días después una cuadrilla de peones abre zanjas ; se oye el repiqueteo metálico de las encharas en los cantos de los ladrillos ; se echan los cimientos ; se cavan sótanos inmensos, se cubre el suelo de maderas, de arena, la ladrillos ; álzanse por todas partes como siluetas de horcas los marcos de las puertas ; surgen sólidos muros y enhiestas columnas ; y tres, cuatro meses después la casa en esqueleto diseña ya sus hermosas proyecciones : las

banderas cubren las primeras vigas que van á formar los techos de nuevos hogares, y aquella casa valoriza la tierra limítrofe, cae avergonzado el vestuero caserío de enfrente, la cuadrilla de albañiles atraviesa la calle para dar á su vez paso á los pintores, estucadores, carpinteros y vidrieros.

Los carros en la calle pantanosa hacen verdaderas *descargas* de adoquines; nuevas cuadrillas de peones remueven el suelo, y en seis meses, en un año, todo está allí transformado: vense por todas partes primorosos edificios, familias en los balcones y ventana, niñeras que pascan: las anchas veredas con criaturas de la mano, carruajes lujosos que ruedan sobre el flamante empedrado, á la par de los coches bulliciosos del tramway, que ha echado por allí también su nueva arteria á la circulación siempre creciente.

Hacia el Once de Septiembre, otra transformación: allí se agolpa el comercio que vincula la campaña del Oeste con la ciudad, como en los barrios de la plaza Constitución, á los que el ferrocarril del Sud da su fisonomía propia: almacenes, depósitos, graneros, acarreo incesante de bolsas, barricas, tablas, materiales de construcción, frutos.

Y aquí y allá, galpones, fábricas, chimeneas, fraguas, martilleo, máquinas jadeantes, ruido de vapor, ruedas que giran, aserraderos, carpinterías, herrerías, curtiembres, con un enjambre de trabajadores de todas las nacionalidades.

Las construcciones en estos parajes son amplias, fornidas, sobre muros graníticos, con depósitos subterráneos, paredes macizas, chimeneas altísimas, claraboyas, ventanas, verjas, portones y grandes entradas.

Por todas partes se edifica, por todas partes se siente el movimiento, el bullicio, la actividad reveladora de la vida, de la savia poderosa que anima á un gran pueblo.

¿Es la política, es el poder, es el elemento oficial el que infunde aliento de progreso, el que lleva la iniciativa, el que hace fecunda la acción particular?

No; es la ley del desenvolvimiento de las naciones que se cumple: es el suelo pródigo, el clima benigno, los dones de la naturaleza que hacen próspero al país, fructífero el trabajo, que recompensan con usura el esfuerzo laborioso del industrial, del negociante, del capitalista, del empresario, del obrero, del simple agente de fuerza en la máquina complicada de la producción.

De la capital argentina puede decirse lo que de la república entera: sólo necesita paz y libertad para multiplicar su riqueza y su progreso.

¡Cuán poderosas serán por sí solas las iniciativas individuales, cuán fecundas las fuentes productoras, cuando en medio del desquicio oficial, del despilfarro administrativo, del lujo y de la prodigalidad de los que mandan, el país crece y prospera, á la manera de la planta vigorosa que burla la piedra

que la oprime, para extender sus ramas y demandar á la luz del sol y á la humedad de la atmósfera los elementos de vida que traerán la flor y el fruto sazonado!

Ante el vertiginoso moviento de los que trabajan, ante esa perspectiva brillante de un pueblo que así se transforma y se levanta, ¡cómo se empequeñecen las figuras de los políticos avaros que van tras el poder por el goce sensual del mando! ¡cómo desaparecen en este cuadro del desarrollo armónico de las poblaciones esas entidades que viven pegadas á la corteza del oficialismo, creyendo que ellas son el país y que dirigen realmente su evolución de progreso!

Un pueblo que así cumple su ley de vida, merece otros destinos.

Los progresos materiales, las fuerzas vivas de la producción se impondrán alguna vez ineludiblemente en nombre de la razón pública.

Esta civilización, esta exuberancia de vida triunfará al fin del politiquerismo oficial.

Ésto matará aquéllo.

EL DR. QUIJANO Y GOLILLA.

Presento á vds. á Misia Antonia Golilla de Quijano, apreciable mamá de Aurora, Eduviges y Gervasia, viuda de Don Crescencio Lauro Quijano, rico propietario que murió de una cornada en su establecimiento *El Pajonal*.

Misia Antonia tiene cincuenta y seis años : cuerpo voluminoso, cara ancha y estrechísima frente.

Sus tres hijas no pertenecen á la *high-life*, pero á fuer de ricachas se presentan en ciertos paseos y fiestas, dan la *vuelta* en el tramway Lacroze todas las tardes, conocen á todos los mayores y compran en los baratillos géneros en cantidad, por lo que en el barrio son miradas con envidia por sus vecinas.

Son visitadas por una docena de jóvenes de crespas cabelleras enacitadas con el más rico Oriza, levitas negras, blancos chalecos, corbatas de espumilla, pecheras con botones de amatistas y esmeraldas, pantalones campana, y botines crimea con grandes rieles de botones amarillos.

Todas las noches hay reunión alegre y chacotona en la sala.

El mate va y viene, y de vez en cuando, sobre

las voces del piano atiplado en que un aficionado toca el Miserere del *Trovador*, las tres muchachas levantan la voz hasta parecer cornetas de tramway. Hablan todas á la vez coreadas por las risas entusiastas de los visitantes, que, contentos de verse buenos, sacuden las lustrosas melenas y hacen remolinos en el aire con sus bastones de nogal ó jacarandá con virolas de plata ú oro.

Misia Antonia se ha hecho á aquel medio, y encaramada en un enorme sillón de hamaca se duerme con un sueño nervioso que es interrumpido por ella misma al dejar escapar de la garganta una columna de aire que hace ruido de fuelle. Entonces se despierta y suspira y vuelve á dormirse.

*
**

Misia Antonia Golilla de Quijano tiene un hijo que dice ella estudia para doctor. Y es éste el sueño dorado de la familia. ¡Un doctor en la familia Quijano!

El joven es muy inteligente, muy perspicaz, muy buen mozo, muy elegante, todo según su madre y sus hermanas que le miran como al niño Dios de la casa.

Lucrecio Quijano es de mollera dura, con la frente de la madre, de estatura mediana, raquíptico de formas y tiene un bigotito puntiagudo, como su pera y sus botines que parecen dos chalanas. Es un

candidato á abogado. Será el abogado número 3.000.

Ha estudiado *como un bárbaro*, como dice él mismo cuando pondera el tiempo que ha consagrado á los libros. Ha dado buenos exámenes, sin embargo, y conseguido altas clasificaciones como una prueba de que la inteligencia se suple con la perseverancia y de que camina mejor por los desfiladeros una mula que un caballo.

Lucrecio entra tarde en su casa, retumbando sus tacos en los patios y golpea puertas con aire de verdadero señor y dueño de lo que él llama *el bien raíz en condominio con sus hermanas*.

*
* *

Lucrecio Quijano *va á recibirse*. Al decirlo misia Antonia le tiemblan las carretillas y necesita una docena de fuertes abanicazos para apagar las llamas con que la sangre generosa enciende su rostro. El amor de madre la sofoca, y mucho teme su vecino don Gaspar que tales emociones precipiten un ataque apoplético fatal.

Eduviges, Gervasia y Aurora, esparcen la grata noticia entre sus relaciones y las tiendas y baratillos del barrio.

Lucrecio se encarga por su parte de hacerlo saber á todos sus amigos y conocidos; y en los últimos ocho días en casa de Misia Antonia Golilla no se come ni se duerme, haciéndose grandes prepara-

tivos para un baile en el que se invertirá la mitad del producto de la esquila. La otra mitad se destina al arreglo del *estudio*.

— ¡ El estudio ! el estudio del doctor Quijano y Golilla, como se firmará el hijo, perpetuando el nombre de la mamá que le llevó en sus entrañas ¡ siete meses ! El *estudio* significará para la señora algo grandioso, algo como *la Catedral* de la ciencia de su hijo : significará el gabinete de un sabio : dos cuartos sombríos : en el primero el dependiente, en el otro y entre libros el doctor Quijano y Golilla, de negro, grave, solemne, con sus bigotes afilados, su hermosa pera y su cabellera en sortijas negras sobre la frente estrecha.

Las muchachas sueñan entrar al Club de Progreso entre tules en el próximo Carnaval porque *el Doctor* se hará socio : irán á Colón á tertulias altas en el invierno, y miradas con insistencia por mil anteojos, todos murmurán : « *son las hermanas del doctor Quijano y Golilla* » y lloverán novios y quedarán en las redes tres maridos, otros doctores porque ¿ qué cosa más natural que tres hermanas de un doctor se casen con tres doctores ?

Hasta la negra tía Manuela, que crió á sus pechos aquel portento sietemesino anda rezando y dando gracias á Dios porque le ha conservado la vida para presenciar aquel acto trascendental. Ya no le llamará *Langosta*, apodo que ella le puso, porque de chico y antes de pretender clientela, pelaba las

plantas, comiéndose los gajos de las rosas y claveles : ya no le llevará á la cama el mate entrando al cuarto de su *nene* como al suyo propio : ya no le podrá decir : *Langosta, te buscan*, como antes, sino respetuosamente « *lo buscan al Dr...* »

*
**

Lucrecio *se recibió*. Al volver á su casa rodeado de amigos que sabían que los esperaba un espléndido *lunch*, su aire era grave, estaba pálido y resonaban sus tacos en la vereda.

¡ Soy doctor ! pensaba por el camino : *Ego sum docto*, decía en un latín macarrónico que él creía sublime. Tengo acordada la facultad de abogar, de defender, de... y tosía porque el gozo le traía carraspera.

Cuando llegó á su casa cayó sobre él la familia entera y tras ella un grupo de vecinos, antiguos conocidos : el almacenero, el confitero, el boticario, y muchos amigos, todo lo más distinguido de nuestra sociedad. Don Pedro Ortigas, Don Mamerto Vidrioso, Don Eleuterio Frascati, Doña Ángela Manteleta, Doña Fabiana Trepanación de Cerebelo, Carmencita Burbuja, Amanda Villademoros, Teresita Veraniega, Catita Ratuín... y allá detrás de todos la tía Manuela con su vientre como altar, y levantada la punta del delantal para enjugar sus lágrimas.

— ¡El doctor! ¡el doctor! ¡doctor! ¡Lucrecio de mi alma, mi hijo, mi doctor! ¡hermano doctor! ¡Doctor Quijano! ¡Doctor Golilla! ¡doctor! ¡doctor! ¡venga esa mano! ¡un abrazo! ¡otro! ¡felicitaciones! ¡muchos clientes, amigo!

Y la negra, recostada en la pared, decía sollozando: ¡mi do... tor... cito... querido! ¡Langosta! ¡Do... tor... Lan... gusta! ¡mi hijito sietemesino!

Escena conmovedora que arrancaba de los labios de Lucrecio, sonrisas benévolas y protectoras. Les permitía que lo felicitaran...

Ya en el comedor vinieron los brindis.

— ¡Por el Doctor Quijano y Golilla!

— ¡Por el nuevo miembro del foro argentino!

— ¡Á la salud de mi amigo el doctor!

— ¡Por mi hijo Lucrecio, por mi hijo el Doctor! exclamó haciendo pucheros Misia Antonia y ahogándolos dentro de un vaso de cerveza Bieckert, que desapareció de un trago en las profundidades en que fué concebido el sietemesino.

Á la noche siguiente era el baile.

Un cronista alegre que lo supo y quería bailar y bromear á sus anchas una noche, puso en su diario este suelto.

El Dr. D. Lucrecio Quijano y Golilla — El foro argentino cuenta con otro distinguido abogado. El Dr. Quijano y Golilla, lleno de méritos personales, con una alta inteligencia, favorecido por la fortuna, profundo en el derecho, perteneciente á una de

nuestras más distinguidas familias, se inicia bajo los más gratos auspicios en la ardua carrera de las leyes y la jurisprudencia aplicadas á la defensa de la justicia.

Felicitémosle de corazón, felicitamos sobre todo al foro de Buenos Aires por la adquisición que hace de esta joya de la ciencia.

El cronista fué invitado personalmente por el Dr.

Se bailó furiosamente. Todas las ansias comprimidas de las tres muchachas y todo el orgullo del amor materno se desataron en valeses y carcajadas de gentes satisfechas.

Se bailó desde las diez de la noche hasta las cinco de la mañana. El pianista no podía más á esta hora y se dormía dando cabezadas.

El doctor fué el héroe de la fiesta. Todas las muchachas del barrio, cargadas de polvos, con vestidos abigarrados, con tules lavados y planchados, con grandes florones de trapo en la cabeza, con flequillos absurdos hasta los ojos, abanicos monstruos, le rodeaban, le giñaban los ojos, le decían mil alabanzas á boca de jarro.

Era aquel un gran partido: un partido sin igual en veinte cuadras á la redonda.

Y el Doctor apenas si se sonreía otorgándoles una que otra palabra atenciosa, pero dicha con voz grave.

El Doctor no bailaba. Eso no le estaba bien ya: un Doctor no debía bailar, según él, porque perdía toda su importancia. « *Solemnitas faciam docto-*

ribus » le decía á la madre, que afirmaba que sí con la cabeza.

En un momento de delicioso triunfo el Doctor era el alma de un círculo de sus admiradores. Eran éstos los visitantes de la casa y amigos de sus hermanas. Se hablaba de otro joven pobre que se había recibido ese día : mozo de talento y modestísimo.

— Es algo inteligente, dijo Lucrecio con aire pasivo.

— Y Vd. es voto porque ha sido compañero de él.

— Sí, y es justo reconocer que ha estudiado algo. *Suum quique tribuere*, ante todo, y agregó con un gesto de desdén : *Cum patientiam potest laborare*.

¡ Por poco se desmayan los circunstantes ! El doctor se abrió paso, siempre tieso y sombrío ; y para ir á hablar con su padrino de tesis, un doctor machucho que venía del comedor con la boca llena y una masa *de repuesto* en cada mano.

— Doctor, le dijo alzando la voz, tengo una duda respecto á un escrito que debo hacer mañana. Un inquilino que debe tres meses de alquileres ¿ puede impedir el embargo de un reloj de señora, so pretexto de que pertenece la alhaja á su esposa y le fué regalada á ésta por la madre, es decir por la suegra del inquilino ?

— Si es de la señora no es del inquilino.

— Sí, pero vd. recordará que el Código dice « que el locador puede retener para seguridad del precio

todos los frutos existentes de la cosa arrendada y todos los objetos con que se halle amueblada, guardada ó provista. » ¿Qué le parece á vd. mi memoria?

— Bien, pero el reloj no es un fruto.

— Pero es una *guarnición del mueblaje*...

— Una guarni... guarni... ción del... Vea, mejor es que hablemos de esto mañana en el estudio, porque ahora...

— Comprendo : ~~es~~ un punto serio de derecho ; en los Fallos de la Corte no hay jurisprudencia establecida sobre el caso... Le mostraré mañana mi escrito. Pero observo que nos escuchan : *Conticuer omnes... !*

Cuatro señoras gordísimas que están contra la pared como « *guarniciones del mueblaje* » y que han oído la conversación suspensas de las palabras cambiadas por el doctor padrino, hablan entusiasmadas.

— Que monada de mozo, misia Aurelia, ¿ no ?
Qué doctor tan lucido y tan aprovechado, ¿ no ?

— ¡ Ha visto ! ¡ Estoy encantada !

¡ Y tan joven !

— Mire qué partido para Catita...

— ¡ Jesús qué ocurrencia ! Mi hija no puede aspirar á tanto. ¡ Una Ratuín ! Todavía Teresita Veraniegual.

— Favor que usted le hace, misia Fabiana. ¡ Pobrecita ! es *lo más* buena... pero está visto, ¡ el mérito no se aprecia hoy !

El doctor oye todo aquello y sigue impertérrito. Al pasar frente á un espejo se mira, se acomoda el pelo, y cree tener ciertos rasgos fisonómicos de Justiniano, á quien conoce por un retrato inventado por un artista de buen humor.



El cronista que ha tomado apuntes riéndose para sus adentros á carcajadas, se ha divertido mucho con Catita Ratuín, dejándola extenuada y con los vestidos marchitos de tanto bailar. Catita cree que es verdad todo lo que le ha dicho el cronista buen mozo con sus ojos dormidos y su sonrisa amorosa, y levanta castillos en el aire, tan altos, tan altos, que sus castillos ideales, rematan en punta. Lo cree su futuro marido á aquel diablón, ¡ el cronista más refractario al matrimonio !

Pero el sueltista quiere divertirse : pretende reuniones todas las semanas y asedia á la Sra. que al saber que aquel joven es el que « *ha puesto en el diario* » el suelto consabido, intenta una sonrisa coquetona, fulgor del sol que se fué y que alumbra hoy como fogonazo su ancha cara.

— Señora, tan delicadas reuniones deben repetirse.

— Si no es más que eso.....

— ¿ Y qué más ? Una palabra de usted y tendremos todas las semanas una noche del más dulce refosilamiento y de las más íntimas fruiciones.

— Gracias, señor. Pero eso depende de mi hijo...

— ¡ Oh ! ¡ el doctor, señora, el doctor querrá, el doctor es tan amable, oh, señora ! ¡ el doctor, el doctor !.....

Misia Antonia, arcabuceada por aquel *doctor* tan repetido, no puede más, y riéndose y moviéndose con los temblores del budín de gelatina, declara que si el doctor lo quiere todos los sábados se bailará.

El cronista promete un *reportage* :

La palabra cunde ; la alegría llega al delirio : el doctor está á punto de perder la cabeza : Justiniano agoniza de placer.

Un nuevo brindis con una copa de oporto lo reconstituye. El pienso de la mula, diría Wilde al llegar aquí. No tal : el estímulo al cerebro debilitado por la ciencia, digo yo.

Al día siguiente los placeres siguen, las emociones se suceden unas á otras.

Las piezas del doctor están amueblándose. Los tapiceros cuelgan cortinas de pesado reps ; los muebles arman el gran escritorio ministro, los sillones voltaire, el gran sofá de tres cuerpos, las tres bibliotecas, que cubrirán tres paredes y sobre ellas bustos de jurisconsultos célebres.

De las librerías llegan los atados de libros flamantes. Demolombe, Marcadé, Troplong, Toulhier, Merlin, Bedarride, los Códigos Españoles... Prensa de copiar. Gran tintero de bronce con el busto de otro jurisconsulto romano (anónimo). Cabo

de pluma de oro, mapas, medallones, retratos ; un cuadro colorido representando la libertad.

Ya están clavadas en la puerta de calle las bruñidas chapas de bronce con grandes letras negras.

El dependiente espera en un rincón, sin saber lo que le pasa.

Fué á llevar unas tarjetas del doctor y los tintorrillos de las escribanías le han tirado con papeles con tinta, gritándole :

— Recuerdos al *Doctor Polilla*.

El apodo de Langosta y el apodo de Polilla eran un pronóstico fatal.

El muchacho vuelve llorando al estudio.

— No llores tonto, dice el doctor. *Guardare lebet lacrimis per parentem tuos !*

Los gastos suben á una alta suma, pero la esquila paga.

*
**

Justiniano se instala ; Quijano y Golilla se acomoda en su gran sillón giratorio ; ante su escritorio ministro ; sobre éste hay cien sellos de cincuenta centavos, pilas de estampillas.

— ¡ Para un par de meses ! murmura atuzándose los bigotitos el doctor.

*
**

Pasan dos meses. El doctor no ha hecho más

escrito que el referente al inquilino de la madre.
Pleitea el reloj consabido.



Á los seis meses, un buen día en que Lucrecio hace un alegato sobre un pleito imaginario para dar expansión á sus inspiraciones jurídico-golillenses, el muchacho dependiente abre la puerta, restregándose los ojos.

— Lo buscan, doctor.

— Que pase adelante.

Y se estira y levanta en el aire la pluma y arruga el ceño. *Cientes ad portas*, murmura.

El que entra es un dependiente de escribanía.

— Vengo á notificarlo, doctor.

— ¿Algún nombramiento de oficio?

— No señor, una providencia de...

— ¿En qué asunto? ¡tengo tantos!

Y toma la hoja de papel sellado en que lee al pie de un famoso escrito: *No ha lugar con costa*.

• — ¡Estúpido Juez! exclamó. ¡Ya veremos en la apelación!

Total á los dos años: dos clientes, el boticario que cobra una cuenta de una testamentaría y la negra tía Manuela que quiere arreglar un título de un sitio que posee en los confines de la parroquia de Monserrat.

*
* *

— ¿Y no tienes clientes ? le preguntaba un amigo ayer.

— *Pasavit tempora ciencia ; sapiencia non es seculum actualis.* Si Justiniano viviera en Buenos Aires hoy, no tendría clientes. *Sed Doctorinus !*

ESCENAS CRIOLLAS.

Santiago Benavides se despierta. Son las ocho. Santiago se despereza, se tira de la cama, abre un postigo, cierra los ojos, pestañea, afronta la luz, es derrotado, insiste, vuelve á cerrar los ojos, vuelve á abrirlos, hasta que triunfa, no sin ceño, de los vivos resplandores.

Ropas ligeras, las zapatillas holgadas y cómodas, y al baño ; á la tina llena á puño con agua del pozo *recién tirada*, por el gallego Juan. ; Zas ! ; fuff ! ; chiff ! ; faff ! ; fuff ! ; fff ! ; ab ! ; aah ! ; fuff ! Baño tónico, criollo, barato y cómodo. Santiago sale contento, se envuelve en su gran toalla rusa : grandes refregones ; el pelo y la barba protestan contra la toalla y los pelos se paran.

Santiago se dirige á su cuarto de vestir. Á su paso lo saluda el cardenal aleteando : Santiago le muda agua, y el cardenal, como su dueño, se baña gozoso entre la taza de porcelana, salpicando la pared con los aletazos.

El perro *Sultán* le sale al encuentro, queriendo abrazarlo, pero es contenido con una amenaza.

Santiago entra en su cuarto ; abre el ropero, extiende sobre la cama una camisa en cruz, previa re-

visación de botones y colocación de los *manchettes*.

Santiago silba un trozo de *Boccacio*. ¿Está contento? No sé, pero silba y piensa : piensa en los quehaceres y preocupaciones del día. De vez en cuando arruga la frente : algún pensamiento fastidioso. ¿ Quién no los tiene? Y Santiago es un buen mozo de 30 años, trabajador, honrado y activo, pero pobre. Tiene pues por qué arrugar la frente á menudo. ¡ Un mate! grita por la rendija de la puerta. Y diez minutos después se lo alcanza una sirvienta vieja con las canas alisadas sobre la frente y su delantal blanco, limpio y bien planchado atado á la cintura.

Tras del mate entran dos diarios, que, doblados, van á caer sobre una silla.

Santiago se afeita con la cara levantada á dedo hacia arriba y lleno de gestos ridículos. Todos los hombres que se afeitan hacen los mismos gestos.

Gran zambullimiento en la palangana : jabón, espuma, resoplidos ; toalla, agua de rosas en la cabeza, escobillas grandes, escobillas chicas, jabonamiento de brazos y manos.....

La camisa desciende sobre la cabeza, armada como un espantapájaros : ya se acomodó en el cuerpo. Operación de abotonar el cuello ; ¿ no alcanza? Sí, un poco más, nada ; ahora sí..... paff, saltó el botón. Lo de siempre ; vuelta á sacar la camisa y pase por la rendija á manos de la criada. Ya vuelve con botón ; ya está puesta y abotonada.

— Qué calor va á hacer hoy, piensa Santiago poniéndose la corbata, y se declara mil veces torpe. Jamás pudo hacerse un moño gracioso.

Mientras deshace el lazo diez veces y termina por atarse la corbata, oye que entran y andan los *marchantes* y sirvientes de la casa, que Santiago no necesita ver para conocer: los adivina. El lechero golpea el tarro de leche contra las botas fuertes, que retumban en el zaguán: el panadero se anuncia con el crujido peculiar de su gran canasta llevada al hombro: el carnicero por dos golpes de llamador: el frutero por un gruñido de mastín dado en la puerta: la cocinera porque arrastra las chanclas: el muchacho sirviente por las pasadas de escoba en el patio: la sirvienta por los plumerazos en la sala y la estrepitosa limpieza de las persianas: el cartero por el golpe seco dado en el llamador.

Viene el chaleco y la levita y caen bajo el cepillo que tiene arriba y abajo, á un lado y otro, las señales de la mano de Santiago. Hay manchas rebeldes en aquellas piezas que el frasquito de agua Prat hace desaparecer al fin.

El calzado, bien lustrado, aparece sostenido por una mano tosca con manchas de betún y caen los botines uno para cada lado, sobre la estera.

Ya está listo Santiago. El pañuelo, desdoblado rápidamente, recibe un par de golpes de la boca abierta del frasco de Agua de Atkinsón. La cartera revisada y cerrada, cae al bolsillo interior del ja-

quet : fósforos, cigarrillos y.... una cepillada al sombrero de felpa.

— ¡Listo ! murmura Santiago apoderándose de los diarios y pasando al comedor, que no por ser comedor ha dejado, como Santiago, de ser arreglado y está también listo.

Los diarios son desdoblados y recorridos rápidamente por Santiago que lee telegramas, noticias, todo lo corto, lo breve y que despierta algún interés. Las correspondencias, los artículos de política trascendental, se dejan para después : no se leen antes de almorzar, ó indigestan. Gracias que haya tiempo de leerlo todo antes de dormirse.

Las diez. Suena la campanilla. La sopera viene rebosante de caldo color oro, con sus apetitosas partículas de zapallo y papas, sus hojitas rotas de pejeñil y sus pedazos de choclos que sobrenadan allí escapados de la fuente de las verduras.

La familia se reúne en el comedor, cruzándose afablemente los « buenos días » y cada uno ocupa su asiento.

Se rompe el fuego de los diálogos y se mantienen las más sabrosas pláticas y discusiones entre plato y bocado y bocado, mezcladas de risas, de francas carcajadas, de alegres dichos ; salpicadas las conversaciones de bromas y estribillos propios de los de la casa.

Algún muchacho derrama un vaso de agua, una copa de vino, la salsa de tomate. Son las pinceladas alegres del mantel y de la escena.

Santiago toma á breves sorbos su café, arrolla la servilleta, retira su silla, se sacude las migas y se despide con un « hasta luego » acompañándolo hasta la puerta las sonrisas cariñosas de los suyos.

Ya en la calle, y al tomar el tramway, oye con la más dulce emoción la rápida escala que hace su hermana en el piano.

Santiago saluda á sus conocidos de tramway. Otros que como él van todos los días al trabajo.

¿ Queréis seguir á ese buen criollo en sus correrías diarias ?

En cinco horas ese hombre animoso y activo recorre la ciudad en diversas direcciones. Seguidle conmigo y le veréis entrar en la Bolsa, preguntar por uno, hablar con otro, hacer con éste un negocio, comenzar otro con el de más allá, salir y escurrirse luego en lo de Moreno y Sánchez, retirarse á pasos largos para aparecer en el Banco de la Provincia, pasar al de Italia, al de Carabassa, al de Londres: detenerse en la calle con veinte personas á quienes tiene algo que decir; ir á su escritorio, despachar á varios que le esperan, escribir, salir, llegar al correo, echar varias cartas á los buzones, subir á la casa de Gobierno, atravesar apresuradamente las plazas, entrar en los tribunales, volver á salir, tomar un carruaje, recorrer diversas casas y largas distancias.

¿ Es corredor, Santiago? preguntarán ustedes. Yo no lo sé: sólo sé que es un hombre que se gana

honoradamente la vida haciendo por ella cuanto puede pedirse á la actividad y á la hombría de bien. Por eso es estimado.

Santiago á las cinco cierra su escritorio. Es la hora en que los bolsistas, los empleados, los dependientes, los abogados y curiales, los propietarios, etc., etc., se retiran, dando por terminadas las tareas del día.

Las hormigas negras vuelven á sus cuevas; hormigas que tienen sus cuevas aquí ó en el campo.

Los tramways se llenan: las apreturas son grandes: muchos corren en dirección á la Estación del Paseo de Julio con una canasta ó una pequeña valija en la mano, el guarda polvo en la otra, flotando como bandera, y bajo los brazos los paquetes de encargos de las mamás y las niñas.

Santiago no puede tomar campo, pero vuelve á su casa satisfecho si no contento, con los diarios de la tarde en la mano.

At home! otra vez y otra vez las manifestaciones cariñosas de los suyos: y otra vez el baño de agua fría, la *toilette* sencilla de la tarde: el saco de seda, el chaleco blanco, la pantalla de paja, el sillón de ídem, el mate, los diarios, la comida, la conversación animada, el grupo feliz de los que se quieren bien.

En la noche, un tramway, una visita, el jardín

Florida, un helado en la confitería del Gas, la lectura de un buen libro, los artículos que hacen el lastre de los diarios de la mañana, y por último, un sueño de los hombres de bien.

UN CONVERSADOR.

Me tocó en suerte hacer un largo viaje de tren, con Anacleto Villademonos, joven de treinta años, bonito, de bigotes finos y manos cuidadas, blancas y suaves, como las de una mujer.

Yo le conocía hacía tiempo, pero de vista, porque no es conocer bien á un individuo, una presentación en una ocasión y algunas palabras cambiadas en dos tres reuniones sociales en que nos habíamos encontrado.

El destino no me había colocado nunca frente á frente de Anacleto, trabando una conversación animada, y esta vez él se vino á mí derecho, instalándose á mi lado, colocando bajo el asiento común sus valijas, y saludándome con ese aire peculiar de confianza, con que un hombre se acomoda en un tren, para hacer un largo viaje.

Viajar es aprender, es estudiar, es adquirir experiencia. El hombre que viaja sin observar profundamente, pierde su tiempo de una manera lastimosa. Yo, que sin ir á Europa, he viajado mucho en vapores, en trenes, en galeras, he aprendido más observando en mis largas excursiones, que leyendo en los libros.

Anacleto, pues, se prestaba voluntariamente á un examen. Iba á calarlo como á una sandía.

Á las primeras de cambio se entregó con armas y bagajes : se lo hablaba todo él solo, en un torrente de palabras, accionando, gesticulando, riendo á carcajadas, dándome golpecitos en las rodillas ó los hombros con una confianza inusitada.

Me contó su vida entera, sus amores desgraciados, felices, dramáticos ó románticos ; había en esos amores mujeres muertas de pena por los desdenes de Anacleto, tísicas que murmuraban su nombre á cada momento, alguna encerrada en un convento, jóvenes casadas que le habían dado citas en pabellones cubiertos de jazmines y madreselvas; cartas, retratos, cintas, pañuelos perfumados, relicarios, anillos, todas las prendas de amores ignorados por el mundo, pero de los que Anacleto había sido siempre el protagonista, el héroe, el mortal feliz.

Atribuía sus triunfos modestamente á la debilidad del bello sexo, y al arte que conocía bien (según él mismo, siempre) de emborrachar á las mujeres lindas con cuatro frases de ocasión, un ramito, una mirada y un golpe de audacia.

Mientras Anacleto Villademonos hablaba, yo me admiraba de que hubiera caído también en el error de tantos otros, suponiéndolo *inteligente*, porque así venía tomándosele hacia largo tiempo y él hacía gala de aquel título anónimo.

Anacleto hablaba, mentía creía explotar mi cre-

dulidad, me hacía víctima de su lengua charlatana.

Cuando los amores embusteros terminaron, Anacleto pasó á la política, á propósito de unas vacas que comían pasto en medio del campo.

Recorrió los temas manoseados con la volubilidad de una mujer casquivana.

Me declaró que no pertenecía á ningún partido; que el país se perdía por las luchas políticas; que no teníamos hombres de Estado; que la solución de nuestras grandes cuestiones dependía de tales y cuales proyectos y planes que había comunicado una vez á Avellaneda, otra á Sarmiento, más tarde á Mitre, á Roca, á Rocha, á del Valle, á Eduardo Costa, á Goyena, al doctor don Vicente López, á Wilde, á Irigoyen, á todos nuestros hombres notables.

— Así me dijo López: así le dije yo una noche á Mitre: así le constataba una vez á Rocha; eso era lo que me decía en casa, hace pocos días, Aristóbulo.....

Esta era su manera de ensartar palabrotas, grandes y vacías, como los globos de jabón.

El embustero se aprovechaba de mis movimientos afirmativos de cabeza, de mis sonrisas bondadosas, de mi silencio profundo, que tomaba por pleno asentimiento á lo que llamaba sus teorías patrióticas.

La política no le ofreció gran tema, pero dió un paso de langosta á la literatura, y el tema, fecundo entonces, alimentó sus elucubraciones durante hora y media. Y la langosta hizo estragos.

¡Qué carnicería tan espantosa de obras y de autores!

Como yo, contestando á sus preguntas, le dijera que no había leído la mayor parte de las obras de que me hablaba, se fué á fondo en las apreciaciones más originales que pueden Vds. figurarse.

Hubo momentos en que toda mi pachorra pareció acabarse y temí no tener voluntad bastante para dominarme; pero, felizmente, me contuvo una, cien, mil veces; y dejé á aquel insigne *conversador*, que dijera todo lo que se le ocurriera.

Hugo, Lamartine, Shakspeare, Dante, Dickens, Dumas y mil otros más, me eran servidos en forma de ensalada rusa, por aquel fondero literario.

No había leído las novelas y romances que todos estamos obligados á leer desde que salimos de la escuela, y como los malos tocadores *de oído*, desafinaba y me trocaba temas, escenas, autores y obras, con una lengua pelada que daba gana de cortársela para hacerlo feliz, como el héroe del cuento de Fernández Bremón.

¡Qué ~~des~~voltura, qué aplomo, qué *toupet*, qué satisfacción, para decir tanta vaciedad, tanta mentira, tantas cosas ridículas y tontas!

Pensaba, sin embargo, que Anacleto era un hombre feliz. Su felicidad estaba concretada á hablar, á poder mover la lengua, á poder conversar, si es conversar, qué de dos personas, una sola se lo hable todo.

Era más que un hombre expansivo; era un *conversador*.

Nada parecía que tenía ya que decirme, y faltaba todavía una hora de viaje: pero lloró una criatura cerca de nosotros, la madre lo hizo dormir, arrullándolo, y esto fué bastante para que Anacleto volviera á suministrarme á altas dosis, su *jarabe de pico*.

— El hogar, amigo, me decía; allí está la verdadera felicidad de la vida, el cariño sincero, las afectaciones dulces, el amor firme, duradero, eterno, indestructible, infinito, siempre igual, siempre noble, grande, generoso..... ¿Se ríe usted? ¿Es que no cree acaso. ...? Pero no, Vd. es un hombre de corazón y los hombres de corazón son partidarios de la familia, de los vínculos indisolubles, del matrimonio, porque el matrimonio es la paz de dos existencias, como dice Pérez Escrich, y la paz de dos existencias es la felicidad en el amor! ¿Y qué hay más allá del amor? ¡Nada! Oh, el amor, mi querido amigo. ¡Quien no cree en el amor, es capaz de cometer un crimen! No es esto decir que yo crea en la inmortalidad del alma; no, eso no; yo creo que la vida termina en el sepulcro, que no hay más allá; pero por eso mismo, la felicidad suprema está aquí ó debe buscarse aquí en el mundo. ¿Y dónde se encuentra esa felicidad? En el amor. ¿Y qué es el amor? La aspiración al matrimonio. ¿Y qué es el matrimonio? La fusión de dos almas. ¿Y el resultado de esa fusión? La familia. ¡Y la familia es el hogar, el amor, pues, el amor siempre!

Algo parecido á eso era su peroración.

Todavía faltaba media hora, y, ¿de qué hablaría Anacleto?

¡De los campos, de las haciendas, de caballos, de ovejas, de vacas, de yeguas, de aguadas permanentes, de pastos fuertes, tiernos, mezclas de todo!

Llegamos, y Anacleto no acaba de despedirse : le parecía poco la tarjeta que me dejaba entre las manos ; ¡quería que le prometiera una visita!

Aquello era el colmo de los insultos, y yo necesitaba vengarme á mi vez de aquel *inteligente* de contrabando.

Y abrí mi cartera y escribí :

Día dos de Marzo — Anacleto Villademonos — Orden de los ignorantes — Género de los embusteros — Familia de los conversadores.

EL DESPERTAR DE MARTA.

Me despertó la voz de Marta. Su camita en un extremo de la habitación se divisaba apenas; pero yo percibí la silueta de mi chiquilina, que incorporada, con su camisita blanca, se destacaba confusamente en la penumbra.

Bajé de la cama, di á tientas con la bata y las chinelas y llegué á la puerta que da á la galería, abriendo un postigo, lo bastante para dejar entrar un rayo de luz, que fué recto á inundar la camita de Marta. Ésta, herida por la claridad vivísima del día, cerró los ojos, volvió á abrirlos, volvió á cerrarlos, y fué poco á poco, ayudada de restregoncitos con los puños, acostumbándose á la luz, me echó los brazos y sin decir palabra me la traje á mi cama, en la que entramos, yo con un escalofrío, ella retozona, cubriéndome de besos y cariños.

Tiene ya dos años y vds. saben lo que significa esta edad en una mujercita de regulares dotes físicas. El cutis es seda japonesa, el color de las mejillas es una aurora con sus tintes de nácar y hay una frescura y una morbidez en las carnes, encantadora; los dedos de las manos y los pies son hojitas de rosa, la boca tiene un perfume de durazno;

son los labios suavísimos y húmedos, blanquísimos los dientes que se dejan ver como granos de maza-morra; la sonrisa es de una pureza angelical, el metal de voz un canto; todo en aquel cuerpito en formación tiene una gracia natural y una exhuberancia de vida que atrae y subyuga.

Habla mal, pero habla deliciosamente, en esa media lengua que es el VOLAPUCH de todos los niños.

Con raras excepciones, á esa edad no hay criaturas feas; díganlo todos los padres del mundo, que con un escalofrío se traen á la cama, como yo, una Marta.

La somnolencia medio me rinde, pero le tomo el olor peculiar de sus cabellos rubios, enmarañados en la noche, en las vueltas y revueltas sobre la almohada; le veo los ojos negros con ese brillo de las lacas (vds. ven que trato de hacer comparaciones modernas); siento en mi cuerpo sus golpes de pies, lo que me da ocasión de aprisionarlos en mis manos como un montoncito de carne del más exquisito tacto, unos piccecitos vivarachos que encogen los dedos y los estiran buscando libertad y acción.

¿Qué habla Marta en aquellos momentos? Recita todo un poema; el poema de sus gracias. Sus frases arreveradas me despiertan con una sonrisa; un tirón que me da de la nariz ó el cabello me obliga á parecer enojado; enderezo la almohada y la acomodo y la abrigo cien veces, y acabo tocando el timbre para pedirle alimento.

La madre duerme, pero siente todo aquello y

repara las horas robadas al sueño por las despertadas de Marta durante la noche.

Ocúrreseme á veces darle yo mismo la mamadera (que protesten los relamidos contra el término) y héteme entregado á una tarea que tiene también sus encantos.

Ávida se apodera con las dos manitas de la pieza más popular del servicio de la infancia; yo sostengo la mamadera, ella la acaricia y chupa, y chupa, sin soltarla una vez, dando resoplidos por la nariz como una máquina de vapor en movimiento; chupa gravemente, llenando una misión importante, hasta que agotada la leche, sueñan con su ruido peculiar las últimas gotas en el fondo del frasco.

— ¡Toda! ¡Toda! exclama ella alegre y sabiendo que eso arranca mi aplauso, y le paso el pañuelo por los labios húmedos de leche.

Entonces sí que acaba la hora del sueño y los momentos de dormir; Marta exige más luz, el postigo se abre francamente; se piden los juguetes; viene la muñeca predilecta; el libro de figuras, los cuadernitos de historias célebres; la lengua de la muchachita comienza sus ejercicios: quiere designar nombres propios y dice disparates tales, que lanzo las más entruendosas carcajadas.

Ella me mira sonriéndose y ensaya repetir lo que ha causado hilaridad, con una gracia y una pillería tal, que no la cambiaría ni me cambiaría por nada de este mundo.

Naturalmente que Marta es la niña más inteligente del Universo : esto sin perjuicio de estar de acuerdo con todos los padres que en idénticas circunstancias declaran á sus hijos celebridades y genios.

Lo que es Marta es la criatura más viva y perspicaz que he conocido. Lo mismísimo pueden, repito, declarar todos los padres de familia de Buenos Aires, que es muy posible que esté de perfecto acuerdo con ellos en presencia de cien mil Martas como ésta.

Marta me hace la historia de las más famosas peleas de animales, arruga el ceño, imita los ladridos y maullidos ; me muerde á veces demasiado á lo vivo ó me araña, describiendo, siempre en su jergonza, altercados de perros y gatos.

Son mis cuentos de todos los días reproducidos en aquellos momentos, idealizados, pintorescamente comentados ; ; manifestaciones primeras de la inteligencia que asimila ideas y sabe guardarlas y darles después formas inimitables !

Yo que conozco cómo pone la boca para contarme ciertas historias, le pido que recuerde el canto del canario, y cuando sus labios se acomodan en cucurucho le planto el más sonoro beso que padre alguno puede dar en plena boca de su hija.

Hay en aquella cabecita todos los resplandores de las primeras pasiones ; reflejan aquellos ojos todas las aspiraciones vagas de una alma que nace á la

vida; tienen aquellos movimientos la gracia más ingénita; nada hay en todo aquel conjunto que esté ajustado al arte y al disimulo: todo es en esa edad espontáneo, franco, sincero y es por lo mismo gracioso é interesante.

El pedacito de pan ó de bizcocho se tritura con fruición; la leche se bebe con deleite; el caramelo se chupa con avidez. — Es un constante pedir golosinas, como si la edad requiriera almibar y azúcar para devolverla en besos y gracias sabrosísimos.

Ahí está la muñeca, fría, inmóvil, sin alma; y Marta quiere transmitirle el calor de su vida naciente; la arrulla en su pechito, que es un almohadoncito de mullidas plumas; le besa y le ofrece en símbolo la mamadera, poniéndole un dedo en la cara pintada del juguete.

Paréceme imposible que la muñeca no se sienta repentinamente animada de calor vital con el roce, el aliento y la palabra amiga de Marta.

¡Y pensar que mañana desarrollándose este cuerpito móvil, rotundo, libre, de carnes mórbidas y blancas, sea aprisionado en un corsé, entallado en una bota, y exhibido su busto en el palco de un teatro ó en un salón de baile! — Pensar que en vez del muñeco de cera inanimado será mañana un hijo de sus entrañas el que arrullará en su seno.....

¡Pobrecita! ¿qué te guarda el destino? — Pero... ¡estúpido de mi! filósofo, me pongo serio, ¡cuando lo

grande y lo sublime de este cuadro, está en sus realidad presente!

Venga Marta otra vez, siéntese en mis almohadas, póngame sus pies chiquitos y mullidos sobre la cara, arránqueme el pelo, pídamme el reloj, rómpame la hoja del libro que leía anoche, cuénteme historias, imite á la madre, rete á la muñeca, proteste contra la sirvienta que viene en su busca para vestirla.

Yo quiero vestirla hoy : venga para acá esa ropita : vengan las medias y los zapatitos risueños cuyas puntas medio peladas tienen mil recuerdos gratos de los correteos de su dueña por toda la casa.

Torpeo para ponerle las medias ; se ríe la madre al verme enredado en las cintas de la ropa blanca ; no atino á hacer un lazo con ellas y hago un nudo gordiano ; las mangas de la bata están mal ; la misma Marta protesta con una sacada de brazo ; me gritan que hay que lavarla, que así no se viste ; que no está peinada ; que es muy tarde y la entrego al fin cubriéndola de besos y apretándola contra el pecho hasta hacerla llorar.

Más tarde, en la calle, en el trabajo, en la tarea diaria al volver á mi casa, se me aparece en el cielo de la imaginación su imágen adorada, y muchas veces algún amigo me pregunta :

— ¿De qué te ríes? — De un recuerdo..... — ¿Te estás burlando de alguno ó de algo?

— No hombre, nó. — Es una idea, un recuerdo,

te repito, una puerilidad, que me ha venido á la memoria y sería una verdadera tontera que te la contara!

Es Marta con quien sueño, sueño con ella ó con una de esas otras cabecitas adorables que hacen mi fortuna sin igual y mi felicidad sin límites.

En momentos tales no envidio á los ricachos sus estancias y sus casas. ¡ Me basta y me sobra el rinconcito en que puedo, colocando una silla, sentirme atacado por los muchachos, registrado y robado por todos ellos!

NICOLÁS BECASINA.

La verdad es que Nicolás Becasina me fastidia, me carga, me desespera, me anonada, me enferma, me aniquila, me altera los nervios, me estropea la inteligencia, me embrutece y me hace desear la muerte por explosión súbita y sin más trámite.

Con su onda crespa sobre la frente, cerquillo mujeril pegado con goma, su nariz de ventanas abiertas de par en par, su boca en tajo, grande é insolente; su lengua pelada, sus bigotitos y su barba puntiaguda, sus cuellos altísimos, su corbatita roja, su chaleco con solapas, su jaquet chupetín, sus pantalones bombillas y sus zapatos forma torpedos, es un tipo completo; el tipo del insignificante y del parlachín, del corre ve y dile de los chismes sociales, del infaltable á cuanta fiesta y reunión alegre hay en Buenos Aires, y del pretencioso petimetre que pretende ser el figurín andante de la moda y el introductor de las novedades fútiles de sombrereros y sastres.

¿De qué vive? No lo sé. ¿En qué se ocupa? En no hacer nada útil. ¿Qué hace de su tiempo? Perderlo. ¿Cómo vive? Como el zángano de la colmena.

Su aspiración está en la corbata ó el sombrero y

tiene el arrojo incomprendible, el arrojo temerario de afrontar las miradas de todos, con sus trajes de cortes femeniles que le señalan la cintura.

Sus triunfos se cuentan por sus trajes, que los tiene de mañana, de mediodía, de tarde, de oraciones, de noche, de dos de la mañana y de venir el día.

Me mostraba un día sus estantes y sus perchas y en ellas las filas de piezas de ropa nueva de todos colores y formas y se reía de mi admiración experimentando la satisfacción más completa.

Su cuarto de baño es el de una dama romana: su lavatorio se lo envidiaría la más hermosa y remilgada porteña, en una noche de baile.

Todos los perfumes inventados por los sibaritas y por los que especulan con las debilidades humanas, todas las aguas, pomadas, extractos, brillantinas, polvos, jabones. etc.; todos esos merjurjes y toda esa fila de frascos de diversos colores y formas, le son necesarios, absolutamente necesarios, á este ciudadano para... *coquetear* de día y de noche en las calles y las salas, dondequiera que se presente y sea mirado... por hombres más que por mujeres, que para él la satisfacción de su orgullo está en ser la admiración de sus amigos y sus conocidos.

Tiene así su coquetismo particular; sus movimientos ondulosos, sus pininos, la manera estudiosa de saludar levantando el sombrero y extendiendo el

brazo para describir una gran curva; la sonrisa que permite ver dientes blancos y cuidados; los golpecitos con la mano blanca y fina sobre el flequillo ó la barba, remedo de los golpes de cisne de las mujeres frente al espejo.

Nicolás Becasina conoce á todo el mundo; es el director del gran cotillón social; el más obsequioso amigo de las ~~g~~muchachas á la moda, visitador insigne de los palcos en noches de función, impertérrito paseante de Palermo, bailarín de wals y cuadrillas en los clubs, anqtado en todos los programas de todas las niñas bonitas á quienes casi tutca; sirve de compañero para bajar las escaleras, abre las portezuelas de los carruajes, levanta primero que ningún otro el abanico que se cae y tiene siempre en el ^{momento} oportuno una risa y ¡qué risa! una risa feliz, radiante, de hombre satisfecho y contento de... verse bueno.

Becasina no se enamora nunca. Las mujeres para él son *mechantes* como me ha dicho cien veces; el matrimonio es una carga odiosa, su *bête noire* me repetía otras veces, riéndose siempre con toda la boca y atuzándose su barbijo que él cree Enrique IV.

— Vivir libre, es *savoir vivre*. ¡Oh, el *savoir vivre*!

Y se volvía á reir agachándose y estirándose como por casualidad las medias con rayas coloradas.

— Allí viene Becasina, dicen las muchachas, con un aire de aburrimento que para otro que Becasina sería un insulto.

Es que Becasina significa la saciedad, el palabreo fofo, el hombre insustancial, inofensivo es cierto, pero insoportable.

Siempre las mismas frases, las mismas gracias, los mismos dichos, las mismas posturas y la mismísima risa de pato marrueco.

— Su abanico es precioso, Clarita. Él viene muy bien á su traje. Lola recibió ayer uno de Paris. *Nouveauté! nouveauté!* ; Oh! ; es de mucho *pschut!* ; Se puede asegurar que está Vd. *à la dernière!* ; Y no va vd. á lo de X? Allí estará la *crème*. Vd. no puede faltar. Y luego habrá algo que á vd. le interesa ; no, ; no me lo oculte! Si yo lo sé... pero una pieza para mí... eso sí, la comprometo desde ahora... *Parole d'honneur?* ; Ah! ; no sabe que se casa Matilde? ; Ja! ; ja! ; ja! Se casa á pesar de su cuerpo de sapó... ; oh! la pobre mujer ; *cómo* es feliz encontrando marido!

Y así se lo habla todo él solo, sin darse por entendido del fastidio profundo que causa su insulsa charla.

Pero ¿qué le importa eso á Becasina? Lo que él quiere es poder contar que ha estado en tal casa, visto el último vestido traído de Londres ó Paris, la gorra ó los guantes de la señora, porque esto le dará ocasión de azuzar los celos de la familia Z. ó tema para las críticas en otra casa.

Lo que Becasina quiere y consigue es introducirse en todas partes, hacerse el indispensable, husmearlo y averiguarlo todo y aparecer en primera

fila con el sombrero en la mano y saludando á las gentes de lo que él llama : ¡ *nuestra high life* !

Él dice que pertenece á la *high life*, y aun llego yo á suponer que lo cree sinceramente porque han dado por ahí en entender por *high life* el mostrarse en todas partes y seguir rigurosamente la moda, sus exageraciones y ridiculeces.

¡ *High life* Becasina ! ¡ *High life* en Buenos Aires donde las fortunas grandes no pasan de media docena, y gracias ! ¿ *High life* un escuadrón de empleadillos, *rentistas* de cien duros al mes, de jovencitos que llevan contados en el bolsillo los cobres para el tramway ?

Así le decía yo á Becasina y él me contestaba furioso (como si dijéramos de una mujer, abanicándose acalorada) :

— ¿ Y qué entiendes tú por *high life* ? Es la vida á la moda, feliz, agradable, del *bon ton*. Llevar la palabra en el círculo de los *amateurs* de novedades : ser un *habitué* de los salones, los teatros y los paseos y no un *parvenu* como serías tú presentándote en un baile. ¿ Crees tú, *parbleu*, que se puede ser *high life* con un frac que conservas hace tres ó cuatro años, con un sombrero del verano pasado, con una corbata de colores antiguos ? ¿ Pero y las solapas y el talle y el ribete y los botones ? ¿ y la corbata *fraise ecrasée* ? ¿ y los cuellos ? ¿ y los puños y los botones ? ¿ y los anillos ? ¡ Pero es que *tú estás* ignorante de las *cosas queridas* ! Tú no sales del traje común de la

bourgeoisie. Para ser *high life* es necesario dar el *coup de gracia* en las reuniones — Necesitas frecuentar la *haute société*; tener tu caballo, tu pequeño *pannier*, tu *groom*; Palermo, calle Florida, Colón, Progreso, paseos de campo, cenas en el Café de París... ¡Pero tú te vienes fastidiado... tú no entiendes nada de eso! *mais c'est ne pas ma faute, mon cher!* .

Y seguía y seguía riéndose siempre con su risa de pato marrueco.

¿Hombre feliz? Quizá. ¡Pero tonto, tontísimo, archiprototonto .

¿ VIUDA ?

Pues señor, estas son dos muchachas, Clara y Dolores, dos hermanas hijas de misia Artemia, sin padre, de escasos recursos, y que viven las tres, gracias á la pensión de que goza su mamá.

Clara es rubia, delgadita, pecosa, con un cuerpo incorregible, de puros ángulos y puras puntas.

Dolores es bonita, morocha, frescachona, apetitosa, de ojos negros, boca graciosa, labios gruesos, pero no abultados, con unos hoyitos graciosísimos en las mejillas. Buen busto, redonda espalda, redondos brazos, redonda cintura, redondas caderas. Por todas partes curvas suaves.

La rubia se parece al padre, milico que llegó á capitán en un fortín y de quien no se sabía nada hacía 20 años. Se le dió por muerto sin gran pena : todo fué cuestión de *un lutito*, como decía misia Artemia.

La morocha es el retrato de la madre, señora de alegre pasado, alegre porvenir y estrepitoso futuro. Á estar en el fortín, hubiese llegado á comandante.

Esta familia vive alejada del centro y muy á su gusto, en una casita de una calle lejana de los barrios del Sud.

Tres piezas y media : sala con sofá y consola ; tres sillas, dos sillones, mesa de mármol llena de ornamentos, perrillos, candeleros, floreros de loza y un botecito que trabajó en el fortín el Capitán Corneta, es decir, el *pater familiæ*.

Gran cuadro sobre el sofá : retrato á... la escoba, de cuerpo entero : misia Artemia á los 30 años.

Un almohadón sobre el sofá con un bordado... indescifrable. Dice Clara, su autora, que es la Virgen del Rosario.

Una rinconera : sobre ella una palma bendita trenzada con cintas descoloridas. Está pidiendo plumero.

En la ventana alfombritas. El loro suele venirse hasta allí y pararse en las rejas.

Un brazo de pared sosteniendo una lámpara de kerosene con pantalla de papel de color, picado á alfilerazos. Obra también de Clara, que es la habilidosa.

En la otra pieza tres camas, sillas, cómodas, muchos cuadros con santos, un lavatorio, dos perchas, un ropero de pino, vestidos colgados en clavos, gran revoltijo de toallas, géneros, ropas.

La tercera pieza sirve de comedor. Las sillas de la sala viajan todos los días hasta allí, á la hora de almorzar y comer.

La última media pieza sirve de cocina, despensa, depósito y cuarto de baño.

Clara tiene 26 años : parece que tuviera 35.

Dolores tiene 20 : parece que tuviera 16.

Clara suspira mucho, lee á Pérez Escrich. También sabe de memoria la *Flor de un día*, se baña en agua asoleada y se queja del corazón. Dolores no lee sino la parte alegre de los diarios que le presta el tendero de la esquina, tendero que fia á la familia, pero que sabe muy bien cuándo pagan las pensiones. Á Dolores, á pesar de su nombre, no le duele nada ; tiene hambre á todas horas, rompe nueces y turrones con sus blancos dientes, come duraznos con cáscara y se baña en agua del pozo *recién tirada*, chacoteando en la tina como un pato.

Clara tuvo un novio que murió de la fiebre amarilla. ¡ Una joya ! Ella lo asistió, y sin tener sino un amago de la fiebre, se quedó desde entonces flaca y amarilla.

El novio, muerto hace 13 años, yace en... un medallón colocado sobre el pecho de Clara, un pecho de tabla de naufrago.

La morocha, que no ha tenido novio, lo busca con ansia, sin ocultarlo, y de despecho, al ver que no se presenta candidato, ha mordido ya y ha roto una docena de abanicos, pellizcándose ella misma sus mórbidos brazos.

Misia Artemia, que considera hipoteca á Clara, tiembla que Dolores se quede también soltera, y en esos trabajos está hace dos meses, en que se decidió á hacer conocer á su hija, creyéndola, con razón, manjar apetitoso.

No bien salió del barrio Misia Artemia y se acercó *al centro*, como ella dice; no bien Dolores se paseó una noche por las calles de Victoria, Piedad y Florida; no bien dieron madre é hija unas cuantas *vueltas* en el tramway, cuando mil moscardones comenzaron á volar en su torno.

Tres estudiantes las siguieron, dos mayores se pelcaron una tarde por la fresca Dolores; una noche se encontró ésta un billete en el bolsillo del vestido; otra, le puso un *atrevido*, como decía la mamá, un ramito en la mano, que ella no tiró... porque le causó placer la cosa.

Una tarde Misia Artemia halló en un tramway á un capitán que le había sido presentado en la casa de una amiga, hacía tiempo y se lo presentó á su hija, á su vez.

Este capitán, era un joven de 30 años, bien plantado, con una cicatriz de bala, una cicatriz interesante á un lado de la frente, cabellos y ojos negros, cabeza levantada y finos bigotes. El capitán Enrique era un buen mozo, con su fama de valiente bien sentada y bien probada.

¿ Naturalmente... qué ?

¿ Qué piensan vds ? ¿ naturalmente qué ? ¿ Que se enamoró el capitán de la morocha ?

Efectivamente, así fué. Pero se enamoró militarmente. ¡ Apunten, fuego ! ¿ Dió en el blanco ? No sé.

Á las 24 horas el oficial ponderaba el famoso retrato de Misia Artemia ; declaraba que era una obra

de alto mérito el almohadón y... se sentaba en la ventana con Dolores.

¿Se entendieron? No sé tampoco : lo que sé es que Dolores se quedó pensativa, y el oficial se retiró á las doce de la noche, mordiéndose el bigote.

Misia Artemia quiso explorar el terreno, sabía de qué se había hablado y Dolores le contó cuentos tártaros.

Noches después Clara suspiraba desnudándose.

Misia Artemia se quedó sentada en la sala tomando el fresco. Pero en la cabeza, en el pecho, en el cuerpo entero de la madre ardía un volcán : el capitán la había trastornado, enloquecido, enfurecido y una oleada de sangre lava le había encendido el rostro.

Cuando se fué á acostar había adoptado una resolución tremenda. Su hija era su rival y era necesario triunfar de ella y perder la pensión, casándose con el oficial. Y D^a. Artemia, al desnudarse, parecía que se quitaba la casaca militar y la espada : tal era su aspecto varonil y guerrero.

Antes de meterse en cama contempló dormidas á sus hijas. Clara parecía un pedazo de andamio cubierto por la sábana ; Dolores parecía... lo que era ; una muchacha bien desarrollada, en la madurez de la fruta pintona : la sábana que la cubría dibujaba sus perfectas formas, con las curvas suaves de los almohadones de plumas.

Misia Artemia acercó mucho su rostro iracundo

al de Dolores. Iba á morderla furiosa y la detuvo... el tranquilo sueño de su hija, su hermosura, su boca entreabierta, su aliento de manzana.

.....

.....

Á las 2 de la mañana dormían Misia Artemia y Clara, pero no Dolores que se escurría de la cama, se vestía con el mayor sigilo y se deslizaba hasta la sala.

¿Una cita, creen vds?

Cabal, una cita... pero no con el oficial, sino con otro. ¿Con otro?

¡Sí, con otro... oficial!

¿Y cómo pasó aquello? Muy sencillamente. El capitán llegó á su cuartel y lo recibió su jefe con una nueva terrible : debía partir inmediatamente, sin pérdida de un segundo : pidió, rogó... nada. Ó perdía su carrera ó tomaba el tren expreso para estar en Carhué tal día con su tropa.

Triunfó el deber y partió ; però hizo depositario de su **conquista**, como él la llamaba, á un oficial nuevo, un **mayor** que habia llegado al cuartel hacía dos días y que le habia ganado toda su confianza.

Misia Artemia se despertó en aquel momento y notó la falta de su hija... Se bajó de la cama y se deslizó también en ropas **menores** y tanteando muebles, hasta la sala.

Oyó voces bajas ; un murmullo : se acercó más hasta percibir las palabras distintamente.

— Yo querría ser más explícito, decía el militar, pero ha sido tan rápida la partida, que el capitán no ha podido decirme más sino esta sola recomendación : ¡ que se confíe vd. á mí !

En ese instante apareció Clara con una vela encendida en la mano. Parecía un espectro. La luz dió en pleno rostro al militar.

— ¡ Jesús ! exclamó Misia Artemia, cayendo desmayada en brazos de Dolores.

.....

¿ *Estaba loca*, como dice Pérez Escrich después de cuatro líneas de suspensivos ? ¡ No : muy cuerda !

Aquel militar era su propio marido rescatado á los indios : ¡ viejo, obeso, inservible !

El capitán se casó en la frontera.

Dolores se casa también mañana con un cochero buen mozo, que toca en la corneta el *errorró* cada vez que pasa por sus ventanas.

Clara va de preceptora á Puan.

— Lo que siento, me decía Misia Artemia, anoche, es la pensión que he perdido y estas segundas *nucias*.

— ¡ Estaba tan bien viuda ! agregó.

NOCHES DE TEATRO.

No bien descende el telón en cada **entreacto**, prodúcese en la enorme sala del Politeama el sordo rumor de una inmensa colmena; por todas partes se conversa con **animación** y se discuten y comentan los incidentes de la representación. Levántanse los hombres, y los anteojos, asestados sus ojos de cristal en todas direcciones, mantienen guerrillas de palco á palco, de palco á platea, de platea á cazuela y vice versa; muévense las plumas y cintas de los sombreros de las damas, que agitan sus **abanicos** vistosos, y abarca la mirada del observador un conjunto de telas de todos los colores imaginables, alternando el blanco con el rojo, el celeste con el rosado, el negro con el verde y chispeando por todas partes los brillantes, las esmeraldas, zafiros y rubíes, turquesas y amatistas que cuelgan de las orejas ó están incrustados en los collares, brazaletes y prendedores de oro.

Curioso es entonces examinar las cabezas de hombres y mujeres: los perfiles acentuados ó de líneas confusas; los semblantes animados ó insulsos; los ojos vivaces y los desteñidos, las bocas de todos **tamaños** y todas expresiones; las flacuras extremas y las gorduras en demasía.

En tan inmensa aglomeración de cabezas humanas, todos los tipos tienen su representación, como la tienen todas las nacionalidades. La rubia desvaída, de ojos incoloros y pestañas blancas, contrasta con la morena tez de su compañera, una criolla de ojos y cabellos renegridos. La faz apergaminada de una solterona, pide á los vivos colores y á los afeites luces de juventud aparente, y la vejez resalta al contemplarse al lado de la cara marchita la sonrosada de una muchacha de veinte años.

Hay allí el semblante adusto y el sonriente; la cabeza inteligente que se mantiene alzada como buscando su justo nivel arriba de las demás y la cabeza gacha de quien ahoga los hostezos, aburrido de no entender lo que se habla en el proscenio.

Hay el hombre joven de cabellos vigorosos, bien plantado y rebosando de savia juvenil y el viejo acartonado, pintado con tintes y cosméticos.

Hay el elegante que lleva bien su traje correcto y el zurdo y de mal gusto que ostenta prendedores y anillos deslumbrantes y abigarradas corbatas.

Hay los diálogos sotto-voce de las muchachas y el cabeceo disimulado de las ancianas : las miradas rápidas, la crítica femenil que hace la crónica de los trajes, el tijereteo de las vidas ajenas, las revelaciones de amoríos, los suspiros, los saludos significativos, las sonrisas burlonas, las frases sarcásticas, los celos y los desprecios que no se ocultan, y las grandes vaciedades de la tontera humana.

Esas vaciedades se oyen principalmente en los corrillos, en las galerías, en el vestíbulo, donde autores, obras, artistas son juzgados entre el humo de los cigarros; se hace gala de ignorancia ó de pedantería y los impresionables y frívolos mezclan á sus frases rimbombantes los nombres propios de celebridades, frases ó palabras en francés de *cocina*; se habla fuerte y campanudamente haciéndose mérito de las lecturas precipitadas del día á propósito de la pieza representada; se manosea la literatura dramática ó se hacen confesiones infantiles; se habla, en fin, con ese desparpajo que á ser llamado á cuenta ante el buen sentido y á fijarse taquigráficamente las palabras que se desbordan, harían el proceso público de esos satisfechos ignorantes.

En cambio hay también, para suerte de todos y nuestro propio crédito, la masa formada por gentes sensatas que oyen, observan, comparan, maduran sus juicios, enfrenan los entusiasmos ruidosos, moderan las expansiones y se gobiernan por la voluntad y el seso. Ese es el público.

Dentro de la sala aparecen unidos (por los asientos) políticos que han campeado cada uno por sus respetos, guardándose allí las fórmulas urbanas, y al verlos que hablan de acuerdo, nadie duda que se trata de Sarah y no de las cuestiones consabidas.

Entran en los palcos las visitas; las colas de los fracs y las pecheras blancas se divisan por todas partes; vuelve cada uno poco á poco á tomar su

asiento; la murga que ocupa el lugar de la orquesta toca unas piezas que nadie oye y que parece son el conjunto imposible de inspiraciones parciales y completamente independientes entre sí del trombón, la flauta, el clarinete, y la corneta pistón: todo ello dentro de un lapso de tiempo señalado por un director que no se vé, quizá porque racionalmente no existe.

Y en fin, coronando los círculos de palcos, allá sobre la cazuela, el paraíso turbulento, mejor dicho, el limbo de los dilettanti: cuerpos macizos, brazos morrudos, caras anchas y barbudas, racimos apretados de hombres que se mueven dentro de la cintura de hierro de las barandas, con todos los rumores de las masas humanas comprimidas, que buscan en aquella estrechez asfixiante un acomodo y una estabilidad imposibles.

Fatigados los ojos de aquella revista de tres mil caras, se vuelven á la escena, el telón se levanta, y el murmullo de voces va apagándose; se tose fuerte todavía para dejar tranquila la garganta, ocupan los asientos los remisos que entran en puntas de pie, toma cada uno postura, y el silencio se hace al fin.

Sarah aparece en la escena, y todos dirigen á ella los anteojos.

Así ha debido sentirse envuelta por una corriente magnética al ser centro y foco de tantas emociones profundas, estableciéndose el vínculo secreto y estrechísimo entre la artista que revela sus dotes su-

periores y el público que los atesora y los recompensa con esas explosiones de aplausos que cada noche resuenan dentro del teatro como truenos de una tormenta colosal.

\

DOMINGO.

Penetremos hoy, con la imaginación, á cada casa, y hallaremos en todas las mismas escenas.

Es el día de descanso y cada uno se cree con derecho á trastornar su vida y el orden doméstico.

Es el día en que los madrugadores de toda la semana, encargan que no se les despierte, y permanecen tapiadas las puertas y ventanas hasta muy tarde, mientras se desquita el alcanzado de sueño, de las horas robadas á éste en los días de trabajo.

Es el día en que se almuerza tarde, despacio, en esa situación tranquila y expansiva del espíritu que no está alerteado á cada instante por los recuerdos de las tareas y preocupaciones que le esperan más tarde.

Es el día de holganza decretado para todas las familias y todas las edades y posiciones sociales.

El rico como el pobre pueden demandar al sol su rayo alegre; respirar en el campo, pasear en tren; recorrer una calle, alguna plaza pública, y después de un día de holganza, en palco unos, en luneta otros, darse el agradable espectáculo de una función de teatro.

Sálese de las casas con aire reposado; nadie se

apura, nadie se echa á andar con ese trote inglés de los días comunes; llévase un aspecto tranquilo, un paso medurado, hasta sonriente el semblante. Se observan accidentes y detalles que pasan desapercibidos todos los días: los que nos detienen en la calle no nos molestan; se habla larga y sabrosamente y aun se cambia de rumbo sin esfuerzo, por el sólo placer de disponer del tiempo al antojo de cada uno. Pero, si hay seres privilegiados el día Domingo, no son otros que los muchachos; son los niños y las niñas los escogidos; es la infancia la edad envidiable para la que el Domingo es la suprema aspiración del alma.

Para ellos aquel día es el punto de mira de toda la semana; el centro de las esperanzas, el programa de eternas novedades, el día feliz, el único estímulo á la aburrida tarea escolar, que los hace abandonar la cama, atropellar la palangana y el agua fría, soportar las pasadas de jabón, cepillo y peine, el odiado delantal blanco, el almuerzo temprano y casi siempre frío y la severa exigencia de los maestros.

La noche del sábado es la víspera que tiene ya todos los halagos de las esperanzas próximas á cumplirse; ellos y ellas resisten ir á la cama; siempre es temprano; la madre pierde un tanto de su autoridad; el padre se hace el sordo á los reclamos de la dueña de casa; la abuela insiste en que « mañana es Domingo », y una sonrisa benévola sorprendida, da la licencia de media hora más de holgorio, aun-

que acaben dormidos y tirados en los sofaes, echados de bruces sobre las mesas, medio colgados del respaldar de las sillas, y sea necesario llevarlos *en peso* á desnudar, entre cabezadas y monosílabos que responden á sueños color de rosa.

Así es de alegre el despertar; se abren de par en par los postigos, entra por ellos la luz á raudales, vienen los juguetes á las camas, se canta, se salta, se hace una revolución contra las sirvientas y se les pierde todo respeto.

Todo ello lo permite el Domingo, el día clásico de la alegría.

La intervención de la madre para que estén listos á hora de misa ó almuerzo, pone á la buena señora desesperada, por que ella también es impotente para acelerar aquel vestirse sin término, para conseguir que den con piezas de ropa que no se encuentran, esas medias que andan siempre revueltas con las cobijas ó en camas ajenas; para abrochar botines y zapatos rebeldes, hacer lustrar unos, darles barniz á otros, pegar este botón que salta, dar con el abrochador, consolar al atacado de sabañones, repartir pañuelos, y enderezarlos por fin al comedor ó á la calle.

Ya están listos, frescos, rozagantes, con las mejillas pintadas como duraznos maduros, del más delicioso carmín; los cuellos blancos, lustrosos, bien almidonados; el cabello vigoroso, negro ó rubio, perfectamente peinado; los ojos brillantes y llenos

de vida, rojos los labios y sonrientes, dejando ver los dientes sanos é iguales.

Después del almuerzo, el paseo, el circo, la quinta, el amigo que viene, la excursión con padres ó sirvientes..... ; un día eterno por delante con un programa interminable!

Pero cata aquí, que son ya las ocho de la noche y el día se ha ido y con él las diversiones y la silueta alegre del payaso, el ruido de los flecos del harrilete, los botes de la pelota, las violetas recogidas en los jardines de la quinta, el relincho del petiso que se dejó sudoroso en el pesebre, las corridas y el salto, todo va fundiéndose en la paleta de la imaginación con los tintes de una felicidad que huye.

En vez de aquellas visiones surgen otras terro-rificas : el despertar del lunes, el agua fría, el baño, el vestido, la escuela, el perfil del maestro, la mirada inquisidora de la maestra, la banca de trabajo, las lecciones, todo ese mundo de librotos de geografía, de aritmética, de gramática, de historia.....

En esta lucha del espíritu, entre el día huído y el día próximo, el sueño vuelve á los párpados y caen en la cama como plomo.

Ahí están, dormidos como unos ángeles, entrea-biertos los labios, y al acercarse á cada boca se aspira el más delicioso aroma de manzana.

SESENTA CRÁNEOS DE LOCOS.

Tengo ante mis ojos, alineados en seis tablas de un alto estante, sesenta cráneos de locos.

Ahí están, dirigiéndome, asestándome sus ciento veinte ojos cóncavos y profundos, como aberturas de fosas y de abismos.

Es una colección de un hombre de ciencia : para mí es una colección de cabezas que mi imaginación reviste de carnes, de músculos, de nervios, presentándoseme como evocada una legión de demones.

¡Cuantos sueños de gloria han encerrado esas paredes de huesos, esos cráneos de frentes enormes ó chatas, alargadas ó deprimidas, lisas ó protuberantes, braquicéfalos ó dolicocefalos, como dicen los que restauran la historia del hombre por el hombre mismo para distinguir las que son largas como melones y las que son redondas y macizas como una bocha!

¡Cuántas ambiciones defraudadas en esos cerebros, y estallando con ruptura ó mortificación de células! ¡Cuánta desesperación perturbando esas cabezas que pasaron de la luz á la tiniebla! ¡Cuántos cráneos también que se desarrollaron estúpida y

automáticamente, heridos de muerte intelectual desde la concepción en el seno materno!

Aquí han existido sesenta mundos maravillosos con pasiones estupendas, alegrías infinitas, dolores eternos.

Esas bocas desdentadas, han reído antes con estrépito, han devorado como fieras, han mordido como hidrófobas: de cada una de ellas han brotado á torrentes las palabras como fuegos pirotécnicos ó se han cerrado pavorosamente en un mutismo absoluto: por muchas ha pasado la sonda esofágica llevando el alimento á la naturaleza rebelde: esas bocas lanzaron las carcajadas peculiares á los enajenados, que tienen el eco de los amargos dolores, de las alegrías más inusitadas, de las más estrafalarias veleidades, explosiones de espíritus ciegos que vagan en la penumbra de la locura.

Cada una de vosotras tiene su historia médica: para mí su historia mundana, de luchas y vigilias, de desencantos sangrientos, de esperanzas defraudadas, de herencias fatales: todo lo absurdo, lo ilógico, lo extravagante, lo fantástico, lo desatinado, ha calentado vuestra envoltura huesosa, y hoy estáis ahí reunidos en la estabilidad y el quietismo de la materia inerte, sirviendo al estudio de la ciencia que os palpa, os mide, os observa escrupulosamente, para buscar después con fría experiencia la analogía con otros cráneos que andan por ahí animados aún del soplo vital.

¡Venid, rodeadme, fantasmas huídas de los manicomios: contadme vuestras cuitas, formad en mi torno, accionad como antes, haced gesticulaciones y desbordaos en palabras!...

Estos han sido cráneos de tres atacados del delirio de las grandezas. ¡Cómo trabajaron estos cerebros extrañamente felices, proyectando y realizando magnas conquistas, dando batallas, sintiéndose vencedores, coronados de gloria, aplaudidos por las masas, victoreados por los pueblos, dueños de fortunas colosales, cargados de honores, de medallas, de piedras preciosas, prodigando á manos llenas tesoros, títulos y riquezas.

Eran quizá felices. Habían hecho su mundo aparte: tenían con la imaginación extraviada, lo que tantos que por cuerdos pasan, buscan en la vida real, exaltados por las ambiciones desmedidas.

Al lado de esos tres cráneos están otros dos de atacados de otro delirio, horriblemente tristes: el delirio de las persecuciones.

Eran en vida un hombre y una mujer, extraños entre sí, uno europeo, otro americano, los dos torturados por sombras y espectros, por asesinos impalpables, por estranguladores de feroces semblantes, por verdugos implacables, por apariciones siniestras.

Tenían en sus ataques el espanto reflejado en el rostro, abierta la boca en el paroxismo del terror, y les temblaban las carnes y eran inútiles todos los

esfuerzos de los médicos y la luz derramada á torrentes en sus celdas no penetraba en sus cráneos, ni la demostración evidente del vacío que se les hacía en torno les convencía.

Éstos sí que eran profundamente desgraciados como los otros eran felices : los unos vivían de ilusiones encantadoras y de triunfos fáciles ; los otros de torturas sin nombre : aquéllos reían alegres, pintándose en sus semblantes el bienestar de almas satisfechas ; éstos contraían los músculos de la cara con los gestos del espíritu.

Hé ahí los cráneos de dos imbéciles é idiotas : fueron dos seres que nacieron, vivieron y murieron en perpetuas tinieblas : jamás la inteligencia alumbró sus cerebros enfermos : afectaban actitudes de bestias estúpidas ; tenían como ojos pupilas de talco, la cabeza caída, caído el labio inferior, entreabierta la boca, llena de saliva y reían siempre con la risa de los cretinos, una risa grabada con líneas y comisuras á un lado y otro de los labios como pudiera perpetuarla el cincel en la piedra bruta y en el mármol inerte.

Los médicos han querido galvanizar estas cabezas, estimular estos cerebros, excitar la sensibilidad de este sistema nervioso embotado, provocar el llanto, exaltar las pasiones... y todo fué inútil, vegetaron esas existencias como árboles agrestes y espinosos, desarrollándose huraños, embrutecidos, ajenos en absoluto á la vida mundana, incapaces de

atacar, incapaces de defenderse y únicamente capaces de morir de inanición ó precipitándose inconscientes en un abismo.

Tomo en mis manos otro cráneo ; es el de un lipe-maniaco, cuya historia mundana conozco. Tenía la herencia en la sangre, el germen transmitido en la célula, adormecida allí la locura como el rayo en la nube de la tormenta y un día estalló al choque de una pasión humana, de una desgracia que le arruinó y le derribó de las alturas de la riqueza á los despeñaderos de la miseria.

Y se hizo torvo, hosco, triste, intensamente melancólico, como una estatua del dolor infinito, de la pena inmensa que busca fuera del mundo alas y atmósfera para nacer á otra vida.

Mientras en las celdas cercanas reían y cantaban, él lloraba, inclinada la cabeza al suelo, fija la mirada, preñados los ojos de lágrimas, con velos de tristezas sepulcrales en la frente y los labios contraídos que dejaban escapar sollozos y suspiros.

¡Qué existencia tan dolorosa fué la de este cráneo! Una existencia de desolación, sin que pudiera tampoco la ciencia amenguar este eterno sufrimiento, este desamparo, esta orfandad injustificada de todos los momentos.

Vuelve á tu puesto, cráneo triste; vuelve á esa fila á ocupar tu sitio ; ahora, por primera vez tienes la mueca alegre, la risa de todas las calaveras que abren sus bocas con idéntico aspecto.

¡Otro cráneo! otro terriblemente desgraciado : los tigres deben tener esta cabeza, estos huesos, estas envolturas musculares sobre las cavidades de los ojos..

Era éste un cráneo enfermo de manía aguda. El que llevaba esta cabeza sobre sus hombros, fué una fiera : tenía ímpetus sanguinarios, ceguedades de pantera ó impulsiones de león; sus brazos nervados se estiraban como cables, sus manos se contraían como garras, destrozaban sus uñas la propia carne : con sus dientes despedazaba sus ropas ; y la sangre brotaba de sus labios al golpe de sus dentelladas, la sangre roja mezclada á la espuma blanca que revelaba el acceso furioso del epiléptico desatentado.

¡ Ah, basta ! Quedad ahí, cráneos horribles que tan tristes pensamientos levantáis en los cerebros sanos, y demos gracias del fondo del alma, por esta ventura inefable de la luz intelectual.

Devoremos los dolores de la vida comprendiéndolos, soportándolos, consolándonos unos á otros con la palabra reflexiva que alumbra los cerebros debilitados por los pensamientos melancólicos, y si un voto puedo hacer y merece ser oído, que venga la muerte á herirme en medio de mi hogar feliz y en la plenitud de la vida, antes que perder ese equilibrio inestimable de la inteligencia, del sentimiento y de la voluntad !

ÍNDICE.

	Páginas
¿ Ocaso?... ¡ Aurora !	1
La familia Quillango... ..	9
Dos tipos de virtud.....	94
Un pasado feliz.....	114
Cuadros de á bordo.....	127
Elixire d'amore.....	134
El cliente chinche.....	140
Un examen de filosofía.....	147
Pedro Cañas.....	155
Un idilio.....	160 ^r
Viajes en el tren.....	172
Carnaval.....	188
Ciencia de la observación.....	196
Navidad.....	208
Remedio contra el spleen.....	215
El abogado.....	227
Querer no es poder.....	247
Sandwichs.....	254
Solistas.....	257
En los tribunales.....	261
Ley de progreso.....	265
El Dr. Quijano y Golilla.....	270

Esgenas criollas.....	264
Un conversador.....	265
El despertar de la patria.....	267
Nicas Becasán.....	268
¿Viuda?.....	310
Noches de teatro.....	317
Domingo.....	322
Sesenta cráneos de.....	323

FIN DEL INDICE

De esta obra se han impreso 25 ejemplares sobre
papel de Holanda numerados á la prensa.

